



Antología de Obras

MENCIÓN HONORÍFICA
EN LA CONVOCATORIA
2022

ÁNGELA ROSANA GARCÍA DONIS
FREDY ARMANDO VELÁSQUEZ FUENTES
LIC. JIMMY SALVADOR VÁSQUEZ MAZARIEGOS



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Antología de Obras

Mención honorífica en la convocatoria 2022
de la Editorial Universitaria

Esta Antología es una colección de 3 obras escritas por dos estudiantes y un docente de la Universidad del Valle de Guatemala. Durante el 2022, la Editorial Universitaria lanzó una convocatoria concurso para publicar un libro y, debido a la calidad de las propuestas de Ángela, Fredy y Jimmy, el comité de selección decidió ofrecerles la oportunidad de sobrellevar un proceso de coaching literario con la M.A. Alejandra Osorio, docente del Departamento de Comunicación y Letras de la Universidad. Presentamos acá una antología que permite dar a conocer su talento y el resultado del proceso de coaching.

1000 CARTAS PARA NADIE	01
De Ángela Rosana García Donis, estudiante de la Facultad de Ingeniería- Departamento de Ciencia de la Computación y Tecnologías de la Información. UVG Campus Central.	
SOBRE LAS CONFUSIONES DEL AMOR	220
De Fredy Armando Velásquez Fuentes, estudiante de la Facultad de Ingeniería- Departamento de Ciencia de la Computación y Tecnologías de la Información. UVG Campus Central.	
CUATRO CUENTOS FANTÁSTICOS	283
De Lic. Jimmy Salvador Vásquez Mazariegos, Docente de la Facultad de Educación. UVG Altiplano.	
M.A. Alejandra María Osorio Morales, COACH LITERARIO	
Docente de la Facultad de Ciencias y Humanidades, Departamento de Comunicación y Letras. UVG Campus Central.	

CRÉDITOS:

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin consentimiento expreso y escrito de UVG.

© **Autores:** Ángela Rosana García Donis, Fredy Armando Velásquez Fuentes y Lic. Jimmy Salvador Vásquez Mazariegos

Coach literario: M.A. Alejandra María Osorio Morales

© **Edición, coordinación y gestión:** Vanessa Granados Barnéond
Diseño y Diagramación: Lic. Alejandra Díaz

Universidad del Valle de Guatemala

www.uvg.edu.gt/servicios/libros-editorial-universitaria

ISBN: 978-9929-8202-3-4

Nota de los editores: Hemos respetado la redacción y ortotipografía de los textos originales.

ANTOLOGÍA DE OBRAS

1000 Cartas para nadie

Ángela R. García

Dedicatoria

No sé a quién revelarle la verdad...

No sé cómo decirles que esto es acerca de ustedes, que aquí están impregnadas las

1000 emociones que me han hecho sentir con su existir.

No sé si decirle esto a ti que me lees,

no sé si decirle esto a mi hermano y padre,

no sé si decirle esto a mi familia y amigos, que son los que me han acompañado en todo

este sufrimiento interminable,

no sé si decirle esto a Alejandra, que me ha ayudado en este proceso.

No lo sé, tal vez es simplemente para las personas que viven en un limbo entre la vida y

muerte,

no lo sé, tal vez simplemente no es para nadie.

Pero de lo que sí estoy segura es
que es para cada instante,
para cada recuerdo que murió,
para cada ser temporal,
para cada ser caduco.

*«A veces piensas que quieres desaparecer,
pero todo lo que realmente quieres es ser encontrado».*

— Derek Hough

Explicación de las cartas

Este libro es una recopilación de varias cartas, poemas y sentimientos que he escrito; sin embargo, nunca me he atrevido a entregarle los textos a las personas a quienes se los he escrito, por vergüenza y miedo de lo que pensarían. Por ello, la mayoría de las cartas no tienen nombre. Además, muchos de estos sentimientos murieron con el pasar del tiempo.

Si tú supieras lo mismo que yo

Si tú supieras lo mismo que yo.
Si tú supieras todo este sentimiento que me atrapa.
Lo que me pasa cada vez que te veo.
Los nervios que siento recorriendo mi cuerpo.
Al crear toda esta historia que seguramente solo se quedará en
mi cabeza.

I. Recuerdo

Primero

No pensé llegar a este punto.

Ver tus bellos ojos, cómo me miraban directo, al igual que yo.

Toda esa sincronía, compartir varios sentimientos contigo fue algo totalmente inesperado para mí.

Esa conexión que sentí es de las pocas veces que la he sentido.

A pesar que estábamos cerca, los nervios en ese momento no existieron para mí.

Me has hecho sentir en confianza en cuestión de segundos.

Tu risa tan contagiosa y lo bien que nos entendimos fueron algo bonito de experimentar.

A tu lado todo fue tan lúcido que perdí el sentido de lo que tenía que hacer.

Pero a la vez me preocupaba por ti y lo que estabas haciendo.

A pesar de que todo fue tan lúcido, sentí esa atracción.

Pero sin complejos o penas, llegando a ser tan fluida nuestra conversación.

Segundo

Es una lástima que ese recuerdo solo se quede en mi memoria.

Al menos solo quiero tener el recuerdo de tu mirada.

Lo bien que nos llevamos en ese pequeño momento.

A pesar de que lo nuestro no siga, espero que el recuerdo viva
en mi memoria.

La verdad no te entiendo, tal vez lo nuestro solo fueron
ilusiones. Y por eso fue tan lúcido, pero no quiero llegar a
olvidar nuestra conexión.

No sé qué nos pasó, tal vez fue tu desinterés o yo no entendí
esto desde el principio.

Pero no quiero olvidar esa sonrisa contagiosa que apenas aún
logro recordar.

Espero que sigas un camino donde no te vea, para que esto no
duela.

A pesar de que espero nuestro encuentro otra vez.

Sé que suena tonto todo esto, pero fue lindo experimentarlo
una vez.

Tercero Ilusiones

No sé qué es lo que tanto me atrae de ti.

Tal vez tu forma de ser.

Tal vez tu amabilidad.

Tal vez tu dulzura.

Tal vez tu humor.

Tal vez tu originalidad.

Tal vez lo lindo que eres.

La verdad no estoy segura qué es, pero me gustas tanto.

Que me gusta todo de ti, incluso cuando sueles ser algo tímido
y frío.

Los momentos contigo son tan lúcidos y bellos que hasta
disfruto esos momentos de nada, esos momentos de silencio,
donde te puedo apreciar.

Tal vez me pongo un poco nerviosa.

Tal vez a veces te extraño estando juntos.

Tal vez esto no sea para mí.

Diría solo con verte me basta para ser feliz, una sonrisa, una
mirada, un gesto tuyo, basta más que las palabras para saber
qué es lo que siento por ti.

Cuarto

Vuelve a destrozarme el corazón.

No quiero nada más, no sé por qué me sigo ilusionando con estas cosas.

No sé por qué sigo teniendo una esperanza sabiendo que no va a terminar bien.

No sé por qué aún quiero algo.

A pesar de que ya sé que no pasará nada, sigo con la poca esperanza y dignidad.

Esperando para que sea un paso, sino no sé qué fue todo eso del día pasado y todo lo que hablamos.

Pero no puedo hacer nada más, yo no quiero volver a caer en algo así.

No quiero volver a escuchar de ti.

No quiero volverte a ver.

Te odio por volverme hacer sentir de esta manera.

Quinto Sentimientos no correspondidos

A pesar de que mis sentimientos no sean correspondidos, sé que al menos fui feliz buscándote.

El recorrido para llegarte a alcanzar fue bastante interesante, salir de esa «zona de confort» y sentir esos nervios.

Como si de verdad fuese pasar algo, tal vez solo son ilusiones el momento, pero vivirlo es algo lindo.

A pesar de que te rompe el corazón, te lástima y duele mucho.

Al menos quiero que todo el «proceso» quede en mis recuerdos.

Como algo bueno, como algo que no logré alcanzar, como algo que algún día quise.

Sexto Consciente

Ahora que te miro, pareces tan inalcanzable, sabiendo que estás cerca, pero no pasa nada.

Parece que no hay nada, me gustaría decir que es así, pero no sé por qué no puedo.

Tal vez me quiero engañar a mí misma diciendo que no, pero en realidad yo siento que sí.

Pero pareces estar tan lejos de mí.

Sin buscarme o sin tanta muestra de interés, si supiera en qué estás pensando.

Tal vez ya te hubiera dejado de buscar,

tal vez te hubiera contado esto, pero aún no lo sé,

tal vez solo me siento así porque me da curiosidad.

Pero no es algo que yo pueda preguntar, mejor me quedo con la duda tratando de descubrirlo.

Pero tal vez no llegue a una respuesta nunca, aburriéndome de ti.

Séptimo: lado A Noción

El anhelo de volver era tan grande, el olvido de cómo era antes me daba fuerzas para querer volver, pero no podía, no se podía hacer nada más que esperar una respuesta del tiempo, pero las ganas no hacían falta.

La desesperación que sentía en ese tiempo no se puede comprar con la felicidad de ahora, a pesar de una preocupación de volver a tener ese mismo anhelo.

Y la desesperación de volver a caer en esa tristeza profunda de no poder hacer nada por mi propia cuenta, a tener que depender de algo no seguro, a volver a sentirme igual de inútil, con ese poco tiempo y flexibilidad.

Y, a pesar de que ya pasó bastante tiempo, la experiencia que me hizo vivir fue bastante interesante, dándome la conciencia de la realidad de uno todos los días... vivir así es casi imposible.

Y pensar que de una manera tan poco probable yo estaba allí con todos esos sentimientos no correspondidos y pensar que lo pude superar, aún no lo puedo «realizar».

Séptimo: lado B Enamorada

No sé por qué me siento tan perdida, siento como si las cosas no fueran para mí, como si no estuviesen pasando.

No puedo soportar esto, siento como si no supiese nada.

Ya quiero que termine esto.

No logro comprender dónde estoy ahora y lo que quiero hacer no me sale.

Todo ha cambiado de un segundo a otro, lo que no creía que sucedería, sucedió.

No lo sé, pero ahora ¿qué se supone que debo de hacer sin un fin que quiera encontrar?

No puedo recordar tu mirada y lo que causaste en mí.
No sé por qué no lo logro recordar, sé que fue interesante, pero qué lástima que no lo seguimos.

No puedo creer que olvidé esa mirada que me había hecho enamorar, ahora solo queda el sentimiento de falta y de recuerdo.

Octavo Vano

Cosas que nunca pasan, o tal vez tener pocas expectativas, sabiendo que al final nunca vamos a obtener nada, sabiendo que nunca existió un inicio para encontrarle este final.

Pero, por alguna razón, estar en este lugar sin saber qué más hacer... la verdad siento que no debo seguir así, no debería seguir buscando.

Dicen que el que busca encuentra, pero ya busqué mucho en donde no hay nada, así que me rendiré y dejaré de buscar cosas y rebuscarlas en mi memoria.

No tiene sentido lo que hago, no tiene más que buscar, solo en mis pensamientos se quedarán estos sentimientos muertos. Prefiero seguir errando en lo que sigue.

Quiero olvidar todo y mirar para adelante, pero siento que mi pasado los sigo arrastrando, quiero soltarlo y dejarlo ir ya, pero no entiendo por qué me cuesta tanto.

Noveno Descripción

La verdad no sé por qué me gustaría volver a ver esos ojos verdes bellísimos y su tierna mirada; era inocente, pero algo tenía que tener.

Si supieras lo que esperé por esa sonrisa y mirada que nunca llegué a tener. Qué triste historia, pero fue divertido conocerte por un momento.

No pensé llegar a volver a tener un poco de nervios, pero así fue, nada más con ver tu nombre recordé lo que pasó y lo que no.

Pero no puedo hacer nada más, así que allí lo dejo como algo bonito que adorna mi historia sin fin.

Décimo No quiero

No seas tan amable conmigo...

No entiendo por qué eres así, por qué me das todo.

No entiendo lo lindo que eres, no logro entender por qué me tratas así.

No entiendo si soy la única.

No entiendo la emoción.

No entiendo la ilusión

Pero la verdad es que me hace feliz por momentos.

Y no sé cómo reaccionar, no sé qué decir, soy una boba inexperta en todo, así que no me extrañaría que todo termine en un segundo.

Undécimo Confusión

A pesar de que cada vez tenemos más casualidades,
no entiendo por qué no coincidimos.

¶Duodécimo ???

Si supieran todas las veces que estuvimos frente a frente, pero
ninguno de los dos pudo decir un hola.

Pensar en eso duele, pero, si supieran los nervios que se sentían
cuando te tenía enfrente, luego de tenerte tan cerca.

No sé qué pensabas tú en esos momentos, pero está bien, al
menos viví esa emoción contigo.

Una emoción que nadie nunca me había hecho sentir.

Decimotercero El recuerdo de tu risa

Tan bonita que es tu risa, no sé qué tiene, pero me encanta escucharla, me gusta escuchar lo feliz que eres con «cosas simples».

Tan ocurrente que eres que conviertes momentos simples en algo más, que valga la pena escucharte y estar contigo.

No quiero pensar en que no volveré a escuchar esa risa contagiosa, que me tiene aquí escribiendo por lo bella que es.

Simplemente no puedo ya, ya no quiero estar así, pero es inevitable.

Sé que debo parar, ya que esto no es recíproco, pero aquí estoy.
Aquí siendo de todo cuando no existe nada.

Decimocuarto Solo no

Cómo me gustaría volver a vivir experiencias juntos.
Me haces sentir tan segura a tu lado, viviendo con la
incertidumbre.

Pero los dos somos unos imbéciles... A pesar de eso, no sé cómo
es que en ese momento supimos llevar las cosas tan bien.

Pero eso siempre fue variando, dependiendo de cómo
estábamos, no sé cómo llegamos hasta aquí.

Pero extraño todo lo que me hiciste sentir en poco tiempo.
Cada vez que escribo ahora me recuerdo de ti, porque estuviste
allí conmigo a pesar de todo.

Ya logré recordar tu mirada.
Es algo que olvidé, pero siempre tuve presente, gracias por
darle luz a algo que yo lo encontraba muy oscuro.

Quiero a alguien como tú, pero, a diferencia, que funcione.
Aunque yo sé que no soy la indicada para ti.

Decimoquinto Odio

No sé por qué me duele el pecho. Siento como que quiero llorar,
pero no sé por qué no puedo... odio eso.

Ya quiero dejarte, pero no sé por qué no puedo.
Por qué no puedo dejar esta historia de desamor que ya acabó.
Odio sentir algo por ti, odio que nos hayamos conocido alguna
vez, odio, odio eso.

Odio el hecho que coincidimos muchas veces, odio eso, odio a
pesar de que ya no te veo y aun así siento algo por ti.

Odio este juego, donde siempre pierdo.
Odio saber que todo lo que siento solo son ilusiones.
Odio eso.

Decimosexto Triste

Es triste decirlo, pero de alguna forma creo que te extraño...
mejor dicho, no sé si extraño cómo me haces sentir.

Pero, sin duda alguna, pienso que extraño tus pendejadas y lo
ocurrente que eras de repente.

Extraño hasta todas esas cosas que no pasaron.

Incluso hasta los sueños en donde apareciste.

Todo siempre en mi mente, los planes junto a ti, los encuentros
y miradas.

La música que escuchas, hasta tenía planeada una *playlist* que
nunca escuchaste.

Todas las cartas que te he escrito y nunca leerás.

Es increíble pensar en el sentimiento de vacío que me dejaste.

Decimoséptimo ¿Y ahora?

Y ahora cómo le hago para borrar tu nombre y tus recuerdos.

Simplemente no puedo ni tampoco quiero.

Quería que te quedarás más, pero eso no era posible.

Ninguno estaba listo ni lo estaremos nunca.

Espero que nunca llegues a leer esto.

Porque, si lo llegaras a leer, significaría que me equivoqué.

Porque pensé que no te volvería a encontrar.

Decimoctavo Misma mirada

Después de tanto verte, volverte a encontrar ha sido raro,
volverte a ver a los ojos y ver que aún tienes la misma mirada.

Cada vez me duele ver tu mirada, la quiero evitar lo más que
pueda, pero siempre te encuentro por algún lado.

Quiero que me digas que me equivoqué, que nuestro encuentro
fue un error.

No quiero verte.

No quiero seguir con estos sentimientos.

No te quiero ni saludar.

No puedo seguir con esta tragedia.

Ya quiero terminar esto de una vez, pero siempre estás allí con
una mirada que se siente bastante profunda.

Tengo 1000 dudas sobre qué te ha pasado, sobre qué nuevas
experiencias aprendiste, quiero que me enseñes.

Pero no ya no puedo hacer nada más con todo esto.

Porque siempre es igual, sin futuro, solo un momento lúcido,
que me deja con el recuerdo de más.

Entonces te quiero decir adiós por última vez.

Decimonoveno Dolor

Y a pesar de todo el tiempo que pasó, todo el dolor que pasé por tu amor, pensé que se había terminado, pero hoy que vi tu foto me recordaste de lo que pasamos.

Y hoy hiciste palpitarme mi corazón otra vez, pero no sé qué decir al respecto, de verdad, no tienes ni idea de la sonrisa que me causaste cuando te vi.

Y simplemente no pude evitar esa tristeza de saber qué pudo haber pasado.

Pero cuando más te extrañé fue mientras comía un helado, viendo a la ventana, escuchando una canción de la época cuando te amaba, en donde coincidimos.

De noche, la calle estaba mojada y justamente pasamos en donde nosotros una vez tuvimos esto que se llama historia.

Cuando vi dónde estuvimos, no pude evitar sentir toda esta tristeza y nostalgia y a la vez impotencia, por saber que, gracias a todo esto, no pudimos seguir con nuestras vidas como se suponía que sería.

De verdad hoy te extrañé y te extrañé de una manera que no te imaginas, también extrañé cómo me hiciste sentir, tú y tus ocurrencias.

No puedo evitar el querer volver a verte o sentir todas estas emociones que por ti sentí un día.

No puedo estar más agradecida y triste por lo que pasó entre nosotros, qué triste que no te haya podido ver más, de verdad no sabes lo que me duele.

No puedo dejar de tener este sentimiento de pena y melancolía.

Pero, bueno, me gustó coincidir contigo al menos una vez. Es el destino que me tocó y no puedo hacer nada más por ese amor perdido.

Vigésimo Oscuridad sin fin

«Que todo tiene su final», palabras tan ciertas, pensé que nunca te dejaría de querer, tenía miedo de que, si te volvía a ver, volvería a sentir todo eso que me hiciste sentir.

Pero me estaba engañando a mí misma... de alguna forma poco a poco te dejé de querer y ni me di cuenta.

Es raro, ya que me había acostumbrado tanto a quererte, tanto que se me olvidaron mis verdaderos sentimientos por ti.

Esto del amor es muy raro, no lo comprendo, pero gracias por hacerme dar cuenta de que tengo que seguir porque esto no debe durar más.

Ni siquiera sé si se vale una simple amistad, pero gracias por el recuerdo tan lindo en algo que parecía estar de color negro, tú me diste esa iluminación.

Así que no me puedo quejar a pesar de tener un final «triste».

Pero ahora sí ya con eso te puedo decir adiós.
Ya fue lo último de mi amor para ti.

Siempre miraba el cielo y la luna preguntándome hasta cuándo te volvería a ver, imaginándome lo que pasaría.

Pero hoy veo a la luna y al cielo despidiéndome de ti, qué bellos recuerdos me dejaste, pero allí quedan, sin nada más.

Adiós al amor que tanto creció dentro de mí,

adiós al recuerdo, la emoción del momento,

adiós a todos esos sentimientos tan confusos que no me dejaban ni dormir.

Ahora simplemente estoy agradecida por el único instante que fuimos.

Luna llena

Solo el cielo es testigo de lo que siento por ti.
Quisiera que tú también lo fueras, pero no debo, no puedo.
Debajo de la luna llena tengo un delirio por ti.
Pero es igual que la luna, inalcanzable.

II. Noche de Verano

Noche de verano

Eres como el verano cálido y pasajero, muy lindo.

La arena en mis pies, los bellos atardeceres llenos con colores cálidos, la brisa y las olas que van a tope, igual que tú.

Ni encuentro las palabras para poder describirte, todo tan fluido y rápido, contigo no siento el tiempo.

De la nada paso del día a la noche.

La confianza y comodidad que siento contigo no puedo ni describirla, pero te quiero.

Y siento que te conozco desde siempre, aunque no te conozco para nada.

Contigo no me importaría ser ese amor de verano, de esos que no vuelves a ver nunca.

Quedarme con la incomodidad de la arena en mis pies por no conocerte realmente...

solo por la experiencia.

Reflejos

Aún siento tan cerca tu mirada, esa mirada cálida, que me decía que todo estaría bien, esa mirada que tanto anhelaba, esa mirada que quería que se quedara.

Pero ahora lo único que me queda de ti solo son reflejos.

Equivocación

No sé por qué ahora luego de casi un mes de haberte conocido,
te extraño.

Creo que extraño el poco calor que me diste y ese abrazo que
me llenó y me hizo sentir más de lo que pude imaginar.

No sé por qué, pero me gustaría volverte a tener en mis brazos,
pero es imposible y ya no hay espacio para mí, solo fui un juego.

Una prueba de verano, sin embargo, me gustó haberlo sido y
haberte conocido.

Es una lástima que no pueda volverte a ver de la misma manera.
Porque sé que ya no te encontraré.

¿Y qué va a hacer sin mí?

Ojalá que un día te digan las mismas palabras que yo te decía
para que te acuerdes de mí.

Ojalá así te recuerdes del bonito momento que tuvimos,
un momento que solo no lo quedaremos nosotros dos,
un momento que no podremos hablar con nadie más,
un momento que nadie más lo entenderá.

Ojalá lo recuerdes porque no te entiendo y hay cosas que no
me convencen, sin embargo, sigo adorando nuestro momento,
aunque ya se haya esfumado junto a las olas.

Ojalá te hubiera abrazado un poco más para que no te fueras.

Tiempo

Con el tiempo, sé que olvidaré esa sonrisa, esa mirada y esa voz.

Para el próximo verano seguramente encontraré a alguien más,
solo me quedaré con el recuerdo de lo que pasó.

Y yo que pensaba que nadie te podría hacer sombra, pero
al parecer estaba equivocada, tanto que alguien, en menos
tiempo, llegó más lejos que tú.

Cómo es que llegué hasta allí, no tengo la menor mínima idea,
pero sé qué me gustó.

Aunque definitivamente, ya no sé qué pasará, pero no quiero
esperar nada, así que a todo esto le diré adiós.

Aunque estaré esperando de vuelta, a que vuelva ese verano,
cálido, pero pasajero.

Miradas que solo se quedan en mi memoria

Qué raro, buscamos miradas, pero ¿por qué?

¿Por qué buscamos insaciablemente a alguien que se quede a nuestro lado?

¿Por qué creemos que vamos a encontrar a alguien?

Todo empieza por una mirada, pero esa mirada no sabemos a dónde nos va a llevar en un futuro y por eso nos atterra tanto, pero nos engancha también.

Ojalá nunca nos hubiéramos topado.

Pero nuestro encuentro fue inevitable.

Fue un error, nada más.

Miradas

Una mirada.

Un presentimiento y emoción de verte.

Un algo que tienes que no sé qué es, pero me gusta.
Pero que quiero seguir indagando y experimentando.
Pero parece un secreto haber coincidido una y otra vez.
Entonces déjame verte.

III. **Abismo**

No olvido

Quiero ver tus ojos hipnotizantes una y otra vez, quiero que me mires con esa mirada intensa.

Quédate conmigo un poco más, quiero saber más de ti, quiero acompañarte y ayudarte.

Por favor, déjame descubrirte e indagar en tu ser.

Alguien como tú

Quién podría ser como tú, pareces tan único, tan diferente a lo que yo pensaba de ti, me pareces tan interesante, pero a la vez tan inalcanzable.

O tal vez fue porque te conocí en diferentes facetas, o yo era la que tenía diferentes facetas, no lo sé, pero sé que alguien como tú no lo vuelvo a encontrar.

Distancia

Me pregunto si tal vez mis sentimientos te lleguen algún día,
pero no tengo idea.

Me pregunto qué pensarás de mí y qué es lo que sientes.

Me pregunto si esto podría funcionar... pero tal vez solo son mis
altas expectativas.

Mil

Si pudiera, me gustaría revivir el momento contigo 1000 veces,
pero no debemos, no, porque todos estos sentimientos se
desarrollarán más y no puedo.

Si supieras que los reflejos y recuerdos aún corren en mí cabeza,
como si fueran inolvidables, como sí aún quisiera abrazar esos
recuerdos.

Lo que pasó solo sé quedará con nosotros, pero ¿no es raro
pensar en una historia que nunca se contará? Recuerdos que se
borrarán con el tiempo, sensaciones que se remplazarán y vidas
que morirán junto a sus sentimientos.

Vueltas y vueltas

Por más que quiero, no puedo sacarte de mi mente, mis sentimientos se desbordan de mi ser y lo quiero decir, pero no es correcto y no es bueno para nadie.

No te lo puedo decir porque tengo miedo de que me descubras y te decepciones de mí. Porque sé que es algo que no te esperarías y menos de la imagen que tienes de mí.

Cómplices

Quiero que escapemos de este lugar y de todos para poder
estar juntos.

Quiero seguir estando contigo.
Quiero que sigamos siendo cómplices.

Confesión

Aún no abro tu chat, porque me gusta ver tu foto y mensaje con cada notificación que me llega.

Porque me gusta verte y te confieso que
quiero seguir viendo tu notificación,
quiero que me sigas buscando,
quiero que me sigas hablando.

Lo siento por ser tan egoísta, pero sigo atrapada en este sentimiento y no quiero que el tiempo pase, porque no sé si seguiremos con todo este juego que inició por error.

~Sal de mi cabeza

No lo sé, pero ahora te veo en todas partes.

No quiero.

No debo.

Pero no puedo evitar pensar en ti.

Siento

Siento un dolor en el corazón.

Dolor que aún no quiero dejarme experimentar, ni dejarme experimentar esta clase de sentimientos que se han ido desarrollando poco a poco en el tiempo, pero con tanta intensidad.

Porque desde un principio lo sabía, sabía que allí era el lugar, pero no el tiempo.

Y al parecer estoy en la espera de algo que no creo que pasará.

Porque quiero pensar en la confusión y abstracción del asunto, pero no puedo, ya que conozco y lo sé.

Pero aun así espero, espero a tu respuesta ante todo esto, pero estoy segura de que la respuesta ya la tengo y aunque no la quiero ni pensar, por eso tanto lío en mi mente.

Porque quiero seguir siendo ignorante para tenerte un rato más.

A pesar de que hay acciones que hablan más que las palabras y sé que no somos sinceros con nosotros mismos.

Indagando

No puedo, no puedo, no quiero imaginarme más escenarios
posibles en mi mente, pero
se me hace imposible no pensar en ti.
Pero con una acción haces que se acelere mi corazón.

Desaceleración

Basta, basta, basta.

Odio quererte, porque no quiero, pero lo siento.

Quererte está en contra mía, pero a la vez sí quiero, pero a la vez no, muy dentro de mí quiere que pasen y no pasen cosas.

O tal vez solo es mi imaginación mezclada con todos los sentimientos.

O muy probablemente es la confianza que me transmites al estar contigo.

La verdad es que no lo entiendo y tampoco lo quiero entender, porque quiero olvidar todos estos sentimientos y dejarlos atrás.

Pero cada vez que digo eso e intento algo, hay algo que siempre me trae devuelta a ti y no sé qué es.

Pero ya no quiero más de esta sincronía falsa que hemos estado llevando. Quiero la verdad, pero no soy tan valiente para decirte y tú tampoco para dejar todo lo que tienes por algo muy pequeño.

Lo sé y creo que eso me duele, pero quiero verte en tu mejor versión y no te atrasaré.

Por eso iré en contra mía, porque te quiero lo suficiente para hacerte ganas.

Quiero, pero no quiero

No sé por qué creo que siento que quiero estar más cerca de ti,
como si la curiosidad me matase una y otra vez.

Quiero sentir esa sensación de que realmente me quieres, para
poder descubrir lo que我真的 estoy sintiendo.

Pero eso no pasará.

En busca de entenderte

Quisiera que me siguieras hablando, que me sigas buscando,
que me sigas viendo.

Quisiera, quisiera, quisiera,
pero, por más que quiero, no te atreves...
y no puedes.

Y no quiero sentir confusiones o algo, quiero estar segura de lo
que es, dame solo una señal más para saber qué debo hacer.
Porque no puedo hacer nada más que verte y verte, en algún
momento mis sentimientos se desbordarán por no poder
demostrártelos, ni siquiera con palabras.

Entonces dime qué sigue.

Sé que pedirte una señal es egoísta, pero la verdad tengo miedo
de hacer algo que esté fuera del lugar.

Entonces dime qué sigue y terminemos esto de una vez.

Dudas

Cuando hablamos y estuvimos cercanos, no sé por qué, pero con lo que me confesaste, me diste algo de esperanzas, aunque no fueron directamente, espero que estas no sean falsas y que pase lo que tenga que pasar con nosotros.

Pero espero que podamos ir creciendo juntos, espero ser esa persona para ti.

La persona que no pensabas que encontrarías, quisiera saber qué es lo que pasa por tu mente.

Aunque no me mires de la misma manera.

Pero realmente no lo sé y no lo sabré.

Pero, de por sí, me gusta mucho tu manera de pensar.

Y, aunque todo esto sea una mentira, fue bonito por un momento.

Presente

Lo tengo que admitir, pero no quiero, no quiero decir que tengo sentimientos por ti.

No quiero tener que pasar por todo esto de nuevo.

No quiero querer algo contigo.

No quiero quererte,

sí, igual, tu tiempo a mi lado solo es pasajero.

Quisiera

Quiero.

Quiero.

Quiero.

Pero no puedo quererte.

Pero no puedo seguir.

Pero no puedo soñar.

Tiempo directo

Quédate conmigo un poco más, unos segundos más para
apreciarte en lo poco de tiempo que nos falta.

Ilusiones dentro de mi cabeza y sueños imposibles.

Dentro de poco todo esto se acabará y me pregunto si este
sufrimiento por ti también.

No quiero contar los días que nos faltan, más bien quiero contar
astros en el cielo.

Pidiendo el milagro que escuchen mis deseos para que se
cumplan, porque nadie más puede saber todo este delirio por ti
que estoy sintiendo.

Algo destinado a no ser

Aún me sigo preguntando ¿por qué te encontré?, ¿por qué coincidimos?, ¿para qué coincidir si al final no va a pasar nada?, ¿por qué siento un vacío?

No entiendo este raro sentimiento que me dejaste luego de verte de nuevo, no sé por qué, pero me gustaría quererte, pero siento que no puedo. No puedo porque siento que no sería correcto, siento que fue un error conocernos, pero a la vez no, como si nos complementáramos.

Pero te odio por haberme hecho sentir de todo por ti,
te odio por haberme ocultado parte de la verdad para que no hubieran cambiado las cosas entre nosotros,
te odio por habernos alejado luego de esa larga despedida que tuvimos.

Me pregunto qué hubiese pasado si no me hubiera dado cuenta de quién eres realmente y de la verdad, ¿cómo hubieras reaccionado?, ¿qué hubiera pasado?, ¿qué hubiera pasado conmigo?

Constantemente me preguntó ¿qué fue lo que sentiste en aquel momento que te llevó hacia mí?, ¿qué te hizo dudar de ti y tus sentimientos?, ¿qué sentiste conmigo?

O quizás yo lo malinterpreté todo a pesar de que se sentía tan real para mí, me pregunto si tú también sentiste lo mismo.

Aunque sentir lo mismo es casi imposible, pero me pregunto si mis sentimientos lúcidos te llegaron o si simplemente fuimos unos ignorantes acerca de lo que sentimos.

¿Tienes miedo de mí?, ¿tienes miedo de que tus sentimientos por mí lleguen más lejos?, ¿por qué sigues aferrado al pasado?, ¿por el tiempo?, ¿por los recuerdos?, ¿por el miedo de perder lo que construiste?, ¿por no darte cuenta de lo que sientes?

Supongo que seguirá siendo un misterio que nunca se resolverá y solo quedarán las ideas en mi cabeza del por qué coincidimos una y otra vez.

Curiosidad

Ojalá me vieras con los ojos que yo te miro, quiero saber qué es lo que pasa por tu mente que tanto añora mi presencia en ciertos lugares, quiero saber, deseo saber, suplico saber.

No es justo que tú no pienses en mí como yo en ti.

Sinceridad

Quiero que me mires a los ojos y me digas la verdad de lo que sientes.

Línea

En línea, pero no conmigo.
Ocupado, ocupado, ocupado.
Ya sé que no es así, depende de tu perspectiva.
Pero simplemente no quieres ver una realidad.
La realidad que se ha vuelto parte de ti hoy.
Realidad de la que formo parte.
Parte que desconocías y tienes miedo de explorar.

Seguir

Aún sigo leyendo nuestra conversación, pensando que allí alguna vez hubo algo.

Aún sigo releyendo la conversación, para ver si encuentro algo más.

Aún sigo en la espera de una respuesta que nunca va a llegar.

Para ver una señal que no logré ver a tiempo, para ver si lo puedo reparar.

Para mientras, tengo la falsa esperanza de que alguna vez volverás a hablarme como antes.

Para ver si puedo volver a sentir lo mismo otra vez.

Que solo volveremos a ser tú y yo como desde el principio.

Pero sé que esos días quedaron en el pasado y que cada uno va por su lado, porque ya no somos lo mismo de antes.

Soñando despierta

Cierro los ojos esperando volver a verte, aunque sea en mi imaginación, con ese deseo de verte en realidad, queriendo y anhelando tu presencia.

Correcta

Quería tener una esperanza en ti, como la tuve en un principio. Pero, poco a poco, de todo lo que te he descubierto, nomás han sido confirmaciones y confirmaciones de cosas que ya suponía.

La verdad es que no esperaba que fuera así, quería equivocarme, pero, mientras más te conozco, más en lo correcto estoy.

Pero veo lo transparente que eres, pero no lo demuestras.

Cosa que no quiero, porque quiero mantener mis esperanzas en ti.

Por eso sé que me mientes.

Mentirosos

Con el tiempo te olvidaré, olvidaré todo lo que me dijiste y
cómo fue que me hiciste sentir, no quería dejarte, pero nuestra
despedida era inevitable.

Espero que al menos en otra vida sí hayamos sido sinceros.

Me tiene mal

No quiero que me mires como otra maldita amiga, no te necesito,
pero te quiero a mi lado.

Deseo que te quedes conmigo, hoy y siempre, porque no te
puedo olvidar.

Siempre, siempre presente, no puedo pensar en algo si no es sin
ti.

De lo contrario estoy perdida.

No puedo indagar sola en mi mente
porque siempre estás allí.

IV. Condenada a la Muerte

Amistad perdida

No me quejo de lo que fuiste o de lo que eres.

Tampoco me importan las opiniones que digan de ti.

Porque la única cosa que me importa es tu amistad, las opiniones las dicen cualquiera y solo me importa la tuya.

Sabiendo que todos tenemos errores que

tal vez no los sepamos reparar,

tal vez no es algo que con el tiempo se cure,

tal vez es algo que no podemos olvidar.

Una herida abierta que se quedará como un recuerdo más,

hasta que el sentimiento muera.

Pero, por favor, no olvides esa felicidad que un día fue.

Sé que nada dura, solo con un parpadeo y ya se fue todo de las manos.

Un momento en el que

olvidas cómo fue todo,

olvidas cómo fue todo,

donde lastimas a los demás

y a ti mismo por olvidar.

Me gustaría poder recordar de una manera igual a los demás.

Sé que no lo haré con exactitud.

Pero, con el simple hecho que me haya hecho feliz en ese momento, basta.

Duele

Me duelen todas las palabras bonitas que me dijiste una vez,
pero que solo fueron palabras.

No sé dónde quedó toda esa amistad que solo yo pensaba que
teníamos.

Porque al parecer todo fue una mentira, algo estúpido en lo que
creí, porque decidí creer en ti.

Porque dudo que de verdad lo hayas sentido como yo lo llegué
a sentir.

Pero probablemente no lo llegarías a entender, sino no lo
hubieras dejado como algo más.

Pero no sé qué es lo que pasa por tu mente, entonces allí te
dejo.

Lo dejo así, porque yo sí te quería y no dudo de lo que te quise,
por eso había decidido creer.

Pero me equivoqué contigo.

No te miro

No me miro contigo a futuro, pero quiero estar a tu lado y seguirte el paso. Quiero que te quedes a mi lado.

Quiero acompañarte, pero sé que es imposible...

somos totalmente diferentes.

Última

Si hubiera sabido que esa sería la última vez que te hablaría,
no hubiera dejado que te fueras por un momento que se volvió
eterno.

Yo sí quería seguir, quería seguir conociéndote y descubrirte
poco a poco.

Pero sé que eso ya nunca pasará.

Pensaba

En un momento quería pensar que éramos parecidos de cierta forma, pero somos totalmente diferentes, tanto que eso nos atraía.

Pero, al parecer, eso nos aterraba y de una u otra forma no volvimos a coincidir.

Mensajes

Cansada de escuchar notificaciones con respuestas que ya me espero, no sé cómo es que sigo teniendo una pequeña esperanza,
esperanza de una buena respuesta al fin.

Pero sé que es imposible, que mis expectativas están altas y siempre espero lo mejor de los demás, pero sé que es imposible y, aunque se equivoquen, igual me sigo culpando de todo. Simplemente no puedo con lo falso de este mundo superficial.

Eres la única persona que no me decepciona de la realidad, pero no estás.

Destinados a no ser

Destinados a no ser, sin embargo, coincidimos una vez y con eso
fue suficiente.

Estuvo bien en su momento, pero ahora ya no.

Tú no eres para mí, pero yo sí para ti.

Por más que quiera, no puedo, no puedo darte una oportunidad.

Porque, si te la doy, me pierdo.

¿Cuándo?

No sé qué día voy a olvidarme de ti o el día que te deje de admirar, siento que esta admiración y aprecio es para siempre.

Ojalá me pudiera quitar todos los recuerdos y sentimientos de encima.

Sé que esto no es mutuo y que nunca lo será.

Por eso te quiero olvidar ya.

Pero no te vas.

Infortunio

No sé por qué tenía la falsa esperanza de volver a verte solo una vez más, siempre estuvimos juntos.

Pero, estando juntos, casi nunca nos topamos.

Lo poco que nos llegamos a conocer me sorprende, me causabas mucha curiosidad y ahora no sé nada de ti.

Y parece que mi interés y curiosidad se quedaron atrás con el tiempo como quedaron los sentimientos que tuve una vez.

Esperanza

Yo que quise creer ciegamente que nuestra amistad duraría para siempre.

Sin embargo, llegó lo que no quería que llegará.

Ese duro cambio.

Sabía lo que pasaría, pero aun así me cuesta aceptar que no siempre estaremos allí para nosotras.

Yo las quiero mucho, pero sé que esto al parecer está por terminarse.

Poco a poco bajará nuestro chat de los más recientes, en donde siempre ha estado, y no habrá más remedio que olvidar. Olvidar y pasar todas esas conversaciones hasta la madrugada.

Y eso no está mal porque es parte de madurar, dejar ir, pero no lo sé, simplemente pensé tontamente que esto duraría un poco más.

Porque quería que durará un poco más.

Porque mi vida sin ustedes no tiene sentido en la actualidad, no puedo creer que en cuestión de segundos todos nos sepáramos de cierta manera. A pesar de que yo siempre las llevé conmigo, pero ustedes a mí no.

Porque esto siempre solo termina de un lado y ya sé cómo terminará.

Contigo

Quiero verte feliz,
quiero verte animado,
quiero verte bien.

Pero no a mi lado: por más que lo quisiera, creo que no podemos. Sin embargo, no entiendo por qué me tratas diferente a los demás, pensaría que no es nada.

Pero siempre que te veo me demuestras lo contrario. Y sé que no podemos ser iguales con todos, que no todos son «alguien más».

Pero, entonces, ¿por qué es tanta la emoción de estar contigo?

En un principio pensé que era algo más...

Pero, conforme ha pasado el tiempo, he visto más que solo eso, he visto una amistad. Pero viendo tus amistades, parece como si quisieras que esté allí toda la vida contigo. Como si me vieras en tu futuro, realmente no lo entiendo, pero siento que te agrado.

Pero no sé hasta qué punto, porque siento que tienes demasiada confianza en mí, de verdad no comprendo qué es lo que vez o si algo te está cegando.

Pero de cierta manera me gusta comprenderte y ver todas tus facetas.

Y yo lo único que quiero es seguir conociéndote y poder «crecer» contigo.

Soñar despierta

Quiero dejar de soñar despierta, porque no es una realidad,
porque no va a existir esa probabilidad más que en mi mente.

Soy tan ciega y torpe por pensar que existiría la posibilidad.

Pero no estoy más que equivocada contigo.

Extensa existencia

Parece que todo esto solo el final del principio, tengo dudas, pero no quiero seguir con las mismas preguntas, que parece que nunca se resolverán hasta que termine nuestra existencia.

Tanto miedo que le tenía a no conocer lo nuevo, pero ahora parece que lo único que quiero es volver a estar en cero, odio admitirlo.

Porque en cero no tenía tantas expectativas y recuerdos de todos.

Quiero olvidar lo que ya sé acerca todos ustedes, no quiero seguir descifrándolos y conocer sus secretos, porque conozco el peso que conllevan y lo que me dolerá el ser consciente.

Y no es como que realmente pueda hacer algo para cambiarlo, más que experimentar este dolor y aceptarlo.

Núcleo

Desde hace tanto que estamos rotos que no nos hemos dado cuenta de que entre nosotros nos lastimamos.

Pero, si no pasáramos por estas situaciones, sería diferente.

Pero no lo es, esta es nuestra desgracia de realidad, la cual no podemos evadir.

Pero tratamos tan fuertemente de escapar de nuestros problemas y de nosotros mismos.

No me agota

Quiero evitar a toda costa leer y releer las palabras que me escribes, pero no puedo.

No me cansó de leer todo lo que me escribes, porque me pareces tan interesante y divertido, a pesar de que llevamos hablando desde hace mucho tiempo.

De alguna manera, me sigues impresionando, quisiera que me siguieras hablando, pero sé que eso en algún momento va a terminar.

Tengo miedo de que lleguen las vacaciones y me olvides, como algo más.

Quisiera parar el tiempo por al menos un momento, pero cada vez que lo pienso más y más, más rápido parece ir el tiempo y sé que se acerca ese final al que no quiero llegar.

Pero es inevitable nuestro final.

Volver

Hoy solo quiero volver el tiempo atrás, para poder apreciar un poco más, para seguir dándome cuenta de lo que tenía.

No quería dejar esa vida, nunca quise, ni he querido.

Quiero unos días más, quiero unos segundos más para poder apreciar.

Quiero volverlo a vivir, pero sé que eso ya nunca pasará jamás, fue una utopía.

Utopía que quería que siguiéramos experimentando.

Llamada

Esperando por una llamada que nunca sucederá, donde nunca tendré respuesta, donde la incertidumbre te mata.

Aunque ya sabes cuál es la respuesta.

Conociéndote

Yo quería quererte de la manera que querías.

Pero sinceramente no sé cómo demostrarte la misma energía y emoción con la que te expresas, siempre tan positivo.

Aunque, siéndote sincera, siento que me cuesta comprenderte, porque eres un gran espectro y eres diferente a los demás, sé que no eres superficial.

Tienes una mente demasiado abierta y por eso no la logro terminar de comprender, porque parece que tus pensamientos no tienen un límite; pero, por lo mismo, los ocultas, tienes miedo del qué dirán.

Quisiera entender del todo tus pensamientos, ideas y razones.

Quiero conocer cada una de ellas y descifrarte poco a poco.

Y esta curiosidad que me causas siento que no es normal, quiero seguir conociendo tus facetas y a ti como persona.

No como todas las facetas que presentas a veces, quiero ver tu verdadero ser. Aunque suene un poco egoísta, quiero que me lo muestres, porque sé que te ocultas.

Extraños

Es raro pensar que con el tiempo no te seguiría el rumbo, como si de repente siento que me faltará algo.

Pero sé que no me hace falta nada y menos tú.

A pesar de que te admiro y te quería, no significa nada, todo quedará en la nada.

Me gustaba estar en silencio, pero tú eras muy ruidoso.

Ahora me siento vacía por la ausencia del silencio.

Ideales

Los dos tenemos los mismos ideales.

Pero, entonces, ¿por qué juntos no funciona?

¿Por qué estando juntos nuestros ideales han cambiado?

¿Por qué hemos cambiado de pensar y eso nos hace inseguros?

¿De verdad eso era lo que queríamos?

¿Acaso al estar juntos nuestros ideales se destruyen?

Definitivamente, sí.

No me gusta decir esto, pero nos correspondíamos y eso nos
aterraba.

Nos asusta cambiar nuestras ideas por alguien más.

Pero la única diferencia que tenemos es que yo por ti sí los
hubiera cambiado.

¿Chance?

Chance de perder, esta guerra está perdida desde que inició.
Nadie gana ni pierde: eso es una mentira.
Sin embargo, no se trata de ganar o perder, todo sigue en el
espectro imaginario
de querer, desear y la suerte.

v. Nada cambia

Día tras día

Los días pasan, nada cambia, no puedo hacer nada.

Todo se va de mis manos,

todo es temporal,

todo se desvanece con el tiempo,

como las personas y como tú y yo.

La único que nos queda es vivir en desesperanza un ciclo hasta
la autodestrucción.

Miedo

Le tengo mucho miedo a la juventud, ya que es falsa.

Sin tantos problemas, nuevas experiencias.

Sin tanto cansancio.

Sin saber las consecuencias a futuro de lo que hacemos.

Sin saber qué nos espera a la vuelta de la esquina.

Avanzando, viendo algo, pero sin saber cómo es realmente.

No sabemos lo que será de nosotros ni de nuestros conocidos.

No sabemos realmente nada.

Tengo miedo de lo que pase, pero toda irá a su rumbo.

Siendo o no siendo ciegos de nuestro entorno y de nosotros mismos.

Esto dolerá lo que tenga que doler.

Noches

Noches largas y solitarias, como casi siempre, luego de interactuar con gente, se vuelve algo monótono y cansado.

Se siente profunda esa falta de energía y de cambio de ambiente.

Me pregunto cuándo terminará.

Noches de música, noches de baile, noches de conversaciones, noches de ver a las estrellas, noches de estar.

Estar y no estar, se siente la diferencia de la conciencia y perspectiva.

Se siente un peso más grande.

Se siente la soledad.

Ignorancia

Ignorancia, ignorancia y más ignorancia.

Parece que vivimos en un mundo de tontos tratando de convivir, sin vivir, sobreviviendo a la situación dada por su ignorancia.

Estafa

La vida es una estafa, el ser humano es falso, las mentes son vagas, somos vacíos buscando llenar algo, algo que no tiene sentido.

Algo efímero, algo.

Que sea lo que sea

Quisiera que la angustia de vivir terminase,
como una fase,
aunque sea todo lo que pasé,
no quisiera que fuera un pase,
a todo eso que me nace,
que muera como una fase.

Tiempo

Quién diría que todo eso terminaría con una imagen demasiado lúcida del poco tiempo.

Sin embargo, no logro comprender por qué ha quedado a través de los años a pesar de ser algo tan superficial y superfluo.

¿Será la nostalgia que lo mantiene vivo? El sentimiento interminable del pasado que lo trae al futuro, pero toda esa nostalgia estaba dirigida al futuro, pero que se quedó en el

presente, una y otra vez.

Indefinidamente solitario.

Camino

Es increíble cómo se siente la noción del tiempo, porque ni se siente, solo se ve a través de todo este tiempo que ha pasado con el sentimiento de nostalgia atrapado en la melancolía del pasado que nos arrastra al futuro.

Igual no sabemos vivir teniendo en cuenta la noción.

Lluvia

La lluvia caía al mismo tiempo que mis lágrimas se desbordaban de mi cara.

El sentimiento de negación de la realidad nos evadía.

El sentimiento de tristeza que nos está destrozado.

El sentimiento de ya nunca verte jamás.

Y la esperanza que teníamos la perdimos.

Solos

La vida es efímera, como seres humanos vivimos haciendo lo que podemos, lo que tenemos a nuestro alcance.

Pero pasa el tiempo y los recuerdos se van borrando, olvidamos cosas importantes.

Y al final nos quedamos en la soledad y con la esencia de las personas que alguna vez nos acompañaron.

Frustración

Falsas esperanzas, golpe de realidad y desilusión.
Expectativas no cumplidas y un sentimiento de angustia y
desesperación. Escondido entre tantos sentimientos.

Juego

La vida no tiene ningún sentido, como para desperdiciar mi tiempo buscándole uno, no tiene ningún sentido no experimentar porque ya sé qué pasará.

Me molesta, porque sé que nada dura y nada durará.

Apenas estamos empezando y ya quiero terminar.

Insignificantes

Todo es tan raro, tan efímero, tan insignificante.

Pasamos los días poniéndole un valor a las cosas que no
deberían tener.

Le damos importancia a cosas que no tienen ningún significado
para nadie.

Límite

Cansada de sentir en una vida de estímulos interminables y efímeros.

Limitada a vivir.

Problema

Pasa el tiempo y aún más me desespero por encontrar una respuesta que no existe.

Una respuesta que no resuelve nada.

Una respuesta que yo quiero oír.

Una respuesta que nunca tendrá.

Nunca escucharé las palabras, porque no hay nada, no significan nada.

Nada tiene sentido, nada es nada y eso me deja con la sensación de vacío.

Efímeros

Somos instantes, nuestras relaciones con todo es instante, no duran, ni durarán.

Solo atrasan su separación.

Noches vacías

La sensación vacía, la nada del todo nos acompaña.

Sin regreso

No hay vuelta atrás luego de todo, la vida es injusta.

Pero nosotros tenemos la opción de no serlo, sin embargo,
muchos lo son, son injustos.

Los hechos al final quedan vacíos con un final inevitable, los
recuerdos se borran y todo se desvanece.

Con el tiempo no seremos capaces de volver a sentir.

No seremos nada.

Yo

Quién quisiera ser tú, cuando tienes un mundo caótico dentro,

quién quisiera ser tú si ni tú mismo te entiendes,

quién quisiera ser tú si puedes ver tu alrededor y entenderlo.

Pero no sirve de nada en una sociedad narcisista y egocéntrica.

Donde todos los inconscientes siguen las reglas del juego que
ya está perdido.

Entonces, ¿de qué sirve ser tú?

Vete

Vete de donde te persigue tu pasado, avanza a donde puedas,
no tiene sentido seguir atrapado en un lugar que no te
corresponde.

Donde solo existen sin ser.

Donde la soledad abunda.

Donde nadie quiere entender.

Donde nadie acepta nada.

Donde ni siquiera te sirve ser consciente de la realidad que
tanto te atormenta.

Donde todo está mal, como siempre.

Vida monótona

Me preguntó ¿cuándo cambiarán las cosas?

Quiero seguir teniendo esa falsa esperanza que habrá un
después.

Lo habrá, pero será igual, todo seguirá con las mismas
condiciones.

Pero de diferente forma, las cosas no cambiarán.

Lo único que nos falta es la autodestrucción.

Mundo de facetas

Caras, perspectivas, etapas, historia, pasado, presente.

¿Qué será?

Todo parece falso

Pero no.

No es.

El mundo sensorial se queda corto para la empatía.
Para poder sentir lo que sienten los demás de manera egoísta.
Miserables, parecen no saber nada.

Pregunta

Noches frías y sola, me gusta contemplar la tranquilidad y
frialdad del ambiente.

Mientras me pregunto si algún día todo esto pasará. Pero sé que
solo es una utopía y que los días no cambiarán. Que seguirán así
siempre.

Pero es nuestra culpa.

Víctimas de la vida

Todos somos víctimas de la vida,
con razones que no queremos,
con explicaciones que no necesitamos,
con historias que nadie nunca escuchó.

Personas

Mientras más pasa el tiempo,
mientras más personas conocemos,
mientras más entendemos lo que pasa alrededor,
más dolor se sentirá,
da más miedo vivir que morir.

¿Vivimos o nos preparamos?

Toda la vida pasamos preparándonos para no morir en vano,
para dejar un legado, el cual ni siquiera vamos a poder
presenciar o ver.

Siempre quedará la curiosidad y el misterio de todo esto.

Nunca sabremos cómo será el impacto.

Siempre quedará la duda.

¿Qué vamos a hacer?

¿Qué vamos a hacer con todos esos recuerdos que solo quedan
en nuestra mente y en el aire?

Todo ha cambiado y poco a poco fui olvidando.
Pero ¿y tú?

Me pregunto con qué momentos te quedaste y con cuáles no.
El tiempo pasa y tu sombra no desaparece, pero he aprendido
a vivir sin ti y solo con tu sombra te recuerdo.

vi. Odio

Amistad

Decían «confía en héroes y espera decepciones», una frase tan cierta de alguna forma.

A veces no puedo asimilar lo egoístas, orgullos, aprovechados que pueden llegar a ser con las demás personas.

Y esto siempre pasa con las personas cercanas que tenemos, eso es lo que me pone un poco más triste, ya que no sé por qué sigo esperando cosas de las demás personas.

Dándoles un puesto alto en mi vida a las personas, pero no sé por qué siempre me decepcionan, viendo de lo capaces que son y que por algo te digan no o rechacen algo, se me hace un asco de su parte cuando, conscientes de sus acciones, toman la peor decisión para todos.

¿Por qué las personas cuando ya tienen confianza descuidan a los demás por sus prejuicios que ya tienen de sí mismos y lo peor es que los siguen?

Maldita sociedad que no te enseñan a ayudar, pero sí a tratar de amar, ayudar debe ser parte de amar, pero entonces ¿por qué la gente no lo hace?, no lo entiendo.

No entiendo cómo es que la gente se queda callada viendo que alguien necesita ayuda y eso me caga, no entiendo su miedo de perder «orgullo». No lo entiendo porque, si haciendo eso, hacen lo opuesto.

Qué bajo debes caer para no querer ayudar a alguien, qué asco de persona y pensamientos debes tener en tu cerebro.

No entiendo esa discriminación hacia los demás, solo por no poder hacer algo o por tener diferentes capacidades a las tuyas, eso no significa que no seas igual.

Lo que nos hace iguales es la diferencia de nuestras capacidades, la sociedad tiene que funcionar con la ayuda de todos, no con solo uno.

Por eso es que en la realidad no llega a funcionar de una manera

adecuada, por la culpa de todos esos arrogantes que no prestan ninguna mínima ayuda en algo, no enseñan nada de nada.

Odio el mundo en el que vivimos y esta sociedad a que te enseña que solo tú debes salir adelante. Sin ayudar a los demás.

Hp

Hablan y hablan, pero nadie les calla la boca.

Hablan y no son conscientes de su entorno, ni de la situación, ni de las personas.

Hablan y prefieren pasar por encima de toda la realidad, por creer que tienen derecho.

Hablan haciendo daño a todo esto que han creado los demás.
Sus palabras me hicieron daño, porque siempre estuve
escuchándolos.

Miserables.

Odio eterno

Por todas las noches en las que tuve un cuchillo al cuello.

Debiste haber sido tú...

Por todas las noches en las que tomaba pastillas para calmarme.

Debiste haber sido tú...

Por todas las noches de ansiedad y desesperación.

Debiste haber sido tú...

Por todas esas en dónde nunca estuviste.

Debiste haber sido tú...

Me hiciste tanta falta que tu presencia ahora me estorba.

m

Mínimo fingí que te importa, de nada sirve que me tomes odio
por decisiones que ni siquiera fueron mías.

Por tu irresponsabilidad, por tu falta de conocimiento.

Por querer pasar por encima de los demás y de mí.

Por querer que las cosas fueran a tu conveniencia.

Por querer manipular el sistema.

Eres es un abusador.

Narcisos

¿Por qué te tenías que aprovechar de nosotros?

¿Por qué nos tenías que usar?

¿Por qué nos hiciste sufrir?

¿Por qué nos mentiste?

¿Por qué nos manipulaste?

Les hacía falta empatía para entenderme.

Pero prefirieron creerles a los que creían saber todo y tenían todo bajo control, pensando solo en sí mismos.

Creyéndose superiores, intocables.

Por todo lo que me abandonaron.

Por todo lo que pudieron haber hecho y no hicieron nada.

Los odio. Y odio a todas las personas los que les creyeron por haberlos apoyado en su ignorancia, miserables.

Un día

Un día me voy a arrepentir de decirte la verdad.

De haberte advertido lo que pasaría.

Que ella se aprovecharía de ti.

Que ella te manipularía.

Que ella te volvería a hacer daño.

Porque, a pesar de que sea la realidad, no la aceptaste, no
supiste cómo entenderla.

No valoraste mi sinceridad ni mis sentimientos.

Porque un día te vas a arrepentir de lo que perdiste por querer
seguir siendo un ignorante.

Pero ese no es mi problema, es el tuyo.

Ojalá nunca

Odio que te la hayas encontrado en tu camino...
Ojalá nunca la hubieras conocido y no hubiéramos nacido.
Ojalá nunca se hubiera aprovechado de ti, con todas sus
mentiras.
Ojalá nunca hubiéramos creído en ella y su manipulación.
Ojalá nunca la hubiéramos querido, para no sufrirla.
Ojalá nunca hubieras sido un ignorante.
Ojalá nunca hubiera sucedido nada.
Ojalá pudiéramos borrar todos sus recuerdos.
Ojalá, ojalá, ojalá.
Pero es demasiado tarde.

Sentido común

No saben nada de la vida y no es que tengan que saber.

Pero un poco de sentido común sí que les hace falta.

No puedo esperar a que dejen de ser tan falsos, lleven su vida propia.

No estén jugando con la realidad, porque de pronto algo pasará,
tomen conciencia.

No lo sigan haciendo porque yo ya no quiero ver cómo es que
la siguen cagando, una y otra vez. Como si de tomar decisiones
estúpidas se tratase.

Idiotas

¿De qué sirve la empatía si no vas a creer en las personas?
No sirve de nada si solo vas a juzgar, pero eso es obvio, es más
fácil juzgar que pensar.
Ponen etiquetas sin pensar.
No saben siquiera de que es lo que hablan o lo que están
haciendo
No saben del daño que hacen, de nada sirve si no conocen su
propósito.
Entonces déjennos ser.

Fan

Solo se hacen llamar cercanos cuando solo lo son por el título de familia.

Hablan mal de mí, porque no admiten su culpa.
No quieren admitir que abusaron de mí, no pueden verme a la cara o hablarme bien siquiera.

Por su falta de valor, infelices.

Incrédulo

Es claramente obvio que no somos iguales.

Ojalá pudieras verte en los ojos de otra persona.

Ojalá y así sea, para que mires bien todos los problemas que
tienes.

Ojalá y veas cómo es que arrastras a las demás personas a tus
problemas

Incrédulo.

Suéltame

Por favor, déjeme en paz, estoy cansada.

¿No es suficiente todo lo que ya hiciste conmigo?

Cansada con el dolor eterno que me dejaste.

Cansada de soportar todos tus recuerdos.

Cansada de tu sombra que me atormenta.

Cansada de ser yo.

Odio que haya cosas que solo yo pueda mantener en mi mente
y recuerdos.

Odio el hecho que siempre yo sea la de mala suerte.

Odio tener que ser la compasiva y sumisa.

Odio darme cuenta de las cosas.

Odio ser yo.

Y odio que tú me hayas criado.

Ignorantes

Si supieran la imagen que tengo de ustedes, no les gustaría.

Porque eso es lo que me han demostrado, se odiarían a sí mismos.

Pero cómo vivirán en la maldita felicidad.

Nunca sabrán cómo es que son ustedes en realidad.

Nunca llegarán al autoconocimiento y conscientes de su ser.

Nunca los llegarán a querer de verdad.

Mala compañía

La soledad es un arma de dos filos.

Me gusta estar sola si estoy rodeada de gente que no me importa, de personas que no tienen nada en común y no buscan cómo mejorar, no me importa.

Sin embargo, odio estar sola estando con personas que se supone deberían apoyarme, odio que las cosas no funcionen, lo odio demasiado.

Porque siempre soy yo la que se sientan mal de todo lo que hacen, pero eso es imposible, ustedes solo fallan porque son unos irresponsables afectivamente.

Ojalá pudieran ver cómo los veo yo para que se sientan mal de todo lo que hacen, pero eso es imposible, ustedes solo fallan porque son unos irresponsables afectivamente.

Estoy harta de tener que compartir palabras en donde vuelvo a no tener voz.

Harta

Honestamente estoy harta de que toda mi vida ha sido complicada desde un inicio.

No quiero seguir así, no quiero seguir dudando entre existir o no, de verdad no quiero.

No quiero seguir con todos los problemas que tengo.

¿De verdad tengo que llegar al suicidio para que ayuden?

¿Qué tengo que hacer además de mi existencia para seguir sufriendo?

¿Por qué yo?

¿Por qué todo esto solo me pasa a mí?

¿Por qué todo tiene que ser tan injusto y cruel?

Putos ignorantes, llegará el día de mi despedida y me pregunto si al menos allí se darán cuenta de todo.

Presencia

Tus malas vibras, enojo, decepción e ira, de todas las expectativas.

Tanto hablas y hablas de mejorar, pero eres el primero que no lo hace.

Cambios y cambios, pero vuelves a lo mismo.
Tú contaminas todo.

Basta

No me esperes, porque no llegaré nunca más.

Todo ya terminó, no quiero volver a verlos, no estuvieron allí
nunca, no esperen nada ahora.

No quiero tener que seguir en su juego interminable en dónde
todos parecen ignorantes de la realidad.

Aunque los tenga de enemigos, no mentiré, no cambiaré mi
realidad por caprichos y falso amor.

Aunque tenga que volver a morir otra vez.

Maldita

Todo por tu culpa, por tu baja responsabilidad, por tu impulso de idiotez. Quieres que todo el mundo gire alrededor tuyo y tener la razón.

Pero así no es cómo funciona.

Cada vez que oigo de ti, me da asco y repugnancia saber de tu existencia y lo que haces.

De verdad ansío el día en el que no vuelva a escuchar de ti.

Solo el título tienes

Quisiera ya no escuchar tus problemas ni necesidad, porque, viéndolo desde un principio, has sido una mierda con nosotros.

Ni siquiera lo merecíamos, pero nos hicieron creer lo contrario, los odio demasiado.

Pero a ti solo por ser ignorante de la vida, tantas oportunidades tuviste para poder alejarte, de poder ver la verdad.

Pero preferiste vivir en un mundo de fantasía que no existía, sí, sí cumplías, pero con el título.

Porque no fuiste alguien realmente para nosotros, aunque te duela, pero es verdad, no estuviste allí ayudando.

No sé cómo es que pude creer por un momento que las cosas serían diferentes contigo, pensé que mejoraría, pero realmente no existe una gran diferencia.

Ni hables

Ni en 1000 años lograrás entender lo que siento,

Ni el por qué soy así.

Ni siquiera podrías con todo lo que pasé y me culpas a mí.

Porque tú también apoyaste a la causa para destruirme.

Sin embargo, la diferencia entre tú y yo es que yo sí hubiera hecho algo y no me hubiera quedado en el pasado, tonto.

¿Y?

¿Y a mí qué me importa estar en tu mundo fantasioso?

Te juro que no entiendo cómo es que puedes seguir en
ignorancia.

Por eso te cuesta tanto ver el golpe de realidad.

¿De qué sirve solo ignorar la realidad si igual te duele más
ignorarla?

Dime

Dime que somos un estorbo,

dime que estarías mejor solo,

dime que somos una carga más, dilo.

Que ni significado tenemos de estar,

que somos inútiles,

que no somos nada, dilo.

Dilo si tanto lo piensas, por qué no lo dices de una vez, estoy
cansada de tener que soportar tu peso y la carga que traes,
entonces dilo.

Sueño

Tú eres ese sueño que tuve despierta.
Ese sueño que quería que siguiera para siempre.
Un sueño del que no quería despertar.
Pero todo lo que pasó se quedará como un recuerdo.
Como un sueño más.

VII. **Si tengo
la suerte de
envejecer**

Allí

Llévame otra vez allí, donde el verano y la noche es eterna, todo tan lúcido, tan libre, tan cálido y acogedor.

Lo único que me quedan son reflejos de experiencias únicas, la brisa, la arena, la gente y las vibras en sintonía, parecía otra realidad.

La sensación de estar allí es tan liviana, como el viento que pasaba, todo tan pasajero, acelerando al futuro.

Mientras el presente era toda una experiencia.
Quiero volver a ver el cielo de la misma manera que cuando estaba allí.

Amigos, la música, el ambiente, la incertidumbre, la libertad y confianza.

Qué se sentía, era extraño, no me sentía como yo misma, pero lo era, aún no puedo creer todo lo que hice.

Todo de lo que fui capaz allí, los límites simplemente no existían, como las cosas fluían tan espontáneamente.

Sin preocupaciones de un futuro, cómo todo cambiaba de un segundo a otro, era impresionante y apasionante, verlo y vivirlo.
Una realidad que apenas pude tocar.

Φ.Μ.:ParteΑ Φ.Μ.

Me pregunto qué pasaría si aún estuvieras aquí o si te hubiera conocido un poco más.

Definitivamente eso me hubiera gustado.

Pero aún veo al cielo estrellado, esperando que algún día me des una señal.

Que recuerdes que algún día me quisiste tanto como yo te quise a ti.

Sin embargo, sé que eso es imposible y solo me queda tu recuerdo.

Hasta el día de mi muerte.

Días que se quedarán en mi memoria

El sentimiento de esperanza con nostalgia del pasado, las personas con su calidez, simpatía y empatía.

Pasarán los días y años, y este momento será irremplazable, lo que todos sentimos, compartimos y vivimos.

Nadie nos lo va a poder quitar de nuestras memorias.

Quiero quedármelo como algo especial, algo que no quiero olvidar.

Quiero dejarlo ir, porque todo lo bueno termina, pero no quiero soltarlo.

No quiero decirles adiós, con ustedes me siento cómoda y libre.

Sin embargo, el tiempo se acabó y el adiós no es una opción.

Quiero grabar estos recuerdos en mi memoria.

Quiero que nuestros nombres queden por un instante.

Para mientras

Mientras la noche caía y veíamos el atardecer juntos, nunca nos imaginábamos lo que iba a pasar.

El momento parecía ser tan efímero y realmente lo fue.

Quisiera grabarlo en mi memoria.

Llegó la noche, pasó el día y quién diría que lo olvidaríamos y lo dejaríamos al tiempo, como si nada nunca hubiera ocurrido nunca.

Entonces, para mientras, quédate un poco más conmigo.

Aunque siento que me dolerá, porque no sé hasta cuándo está utopía durará.

En lo que olvidamos este momento y lo reemplazamos.

Mónica

Por todos los recuerdos que creamos, por todas las risas, secretos, conversaciones que nos hacían ver diferentes perspectivas acerca de las cosas.

Por todas esas memorias en donde creamos conocimientos nuevos, donde me di cuenta que estaba junto a una persona que aprecio mucho, por ser sincera y por tu forma de ser.

Por todas esas memorias que aún nos esperan y no sabremos hasta dónde llegarán.

De verdad no sé dónde estaría sin ti y todo lo que me has enseñado, eres más que una prima para mí, has sido mi mejor amiga, como una hermana.

No puedo creer en tener la suerte que seas parte de mi familia, pero no solo por el nombre, sino por el significado y de que realmente estás allí.

Espero algún día de verdad poder cumplir todos los sueños y metas que tenemos juntas.

Aún sigo esperando con ansias el día que nos volveremos a decir «hola».

P.M.:Parte B Estrella fugaz

Tantos años y aún no te olvido, una estrella fugaz fuiste en mi destino, sin embargo, aún miro al cielo para ver si un día chocas en mi camino.

P.M.:Parte C

Te necesito ahora, cómo me gustaría decirte: «mira esta sonrisa», como tú solías mostrarme.

Muchas veces miro el cielo esperando a ver tu luz.

A pesar de todo el tiempo que hemos pasado sin ti, aún siento la calidez de tu luz, ah, cómo me gustaría decirte: «miremos las estrellas juntos».

Recuerdo la última noche de año nuevo junto a ti, en el sillón de tres, cerca del nacimiento, viendo tu mirar hacia la ventana y tú junto a mí, admirando los fuegos artificiales, rodeados de familia.

Sin ninguna palabra, sin ningún «te quiero», cómo deseo habértelo dicho, pero no sabía que esa sería la última vez que vería el cielo así, junto a ti.

Yo solo recuerdo el deseo de estar contigo a pesar de no compartir ninguna palabra contigo, con un suspiro tuyo me bastaba para no sentirme sola.

Para sentir tu luz que a pesar de los años aún no se apaga, tal vez no siento la misma calidez sin ti, pero tu recuerdo es lo que me mantiene viva.

Espero un día volver a encontrarte, aunque sea en mis sueños, sigo con la misma esperanza.

Danpo

Lo siento por haber compartido mis penas contigo, lo siento por haberte abrazado. Pero no tenía a alguien en que confiar más que a ti.

Eres de las únicas personas en las que realmente puedo cerrar los ojos y confiar.

Y eso te lo agradezco por siempre.

Por haber estado allí, cuando nadie lo estuvo.

Por todas esas tardes en las que sentía que me iba a morir.

Por haberme escuchado cuando ni siquiera tenía voz.

Aún no puedo creer en la suerte que tengo por tenerte cerca.

Haces falta

Nada podrá hacerte volver,
nadie nunca tendrá el valor que tenías,
nadie nunca podría reemplazar todo lo que hiciste por todos
nosotros.

Tu esencia y valor nadie nunca lo podrá superar, lo que has
dejado en las personas es algo muy significativo, estoy segura
de que tu huella ha marcado a muchas personas y lo seguirá
haciendo.

Deseo

Si supieras lo mucho que me gustó abrazarte ese día.

Si supieras lo que me hacía falta ese abrazo y palabras.

Si supieras lo dulce que fue el momento para mí.

Además de lo dulce y agradable que eres.

Espero algún día volver a verte.

Tú eres una de esas personas que deseo que se mantengan a mi lado.

Tú eres alguien que quiero ver y admirar.

Arena

Aún tengo tan presente el sentimiento cuando bailamos en la arena hasta llegar al cansancio, no teníamos noción del tiempo luego de ver el bello atardecer.

Todo fue tan efímero, quería que el momento con ustedes se quedará para siempre.

La calidez del lugar que nos decía que nos quedáramos, la brisa que nos recordaba al presente en dónde estábamos.

Todo siendo tan espontáneo y nostálgico.

1000

Mil años pasarán y aún me aceptaste en tu recuerdo, la sensación de estar a tu lado se quedará intacta, intacta hasta mi fin.

Siendo

Siendo instantes,
siendo todo,
sin ser nada.

Nada de nada,
pero en todo.
Juntos, pero
separados.

En tu mente,
en mi corazón,
y en la nada.

999

No sé cómo te explico, me parece totalmente raro escribir de esta clase de cosas, pero estoy bastante impresionada.

Ya que todo este tiempo he hecho cosas que realmente nunca me imaginé que haría, porque pensé que nunca se me daría la oportunidad.

O que esas cosas simplemente no eran para mí y pasaba la vida pensando, pensando en un significado que no tiene. Pensando en un sentido que ni siquiera es un sentido de pertenencia.

Porque nada es para nadie, y nadie es para nada.

Luego de vivir varias experiencias sin sentido, pero con mucha emoción. Lo único que puedo decir es que la moral no se pierde. Ni siquiera tu valor y no vale la pena seguir pensando una y otra vez en lo mismo.

Las cosas se pueden dar en el lugar correcto e incorrecto, no hay tiempo, espacio ni siquiera una persona.

Porque al final eso no es nada, las memorias se borran y el tiempo da nuevas experiencias. Las cuales remplazarán a las anteriores una y otra vez, hasta morir.

Vivimos tan poco y morimos del todo, todo para no arriesgarse a probar hasta dónde podemos llegar.

Primos

No sé qué será de nosotros en un futuro, pero tengo algo seguro, lo seguro son las lágrimas de dolor que tendrán bonita relación.

Porque ustedes siempre creyeron en mí, aunque no haya sido desde el principio.

Pero allí han estado, como yo para ustedes.

Deseo de verdad volverlos a encontrar en otra vida, que esto sea real, tan real como los sentimientos que tengo por ustedes.

Y todos los recuerdos que hemos creado, a pesar de que se borren con el tiempo, siempre los atesoraré como lo preciados que son para mí.

Ya que todo esto que hemos pasado juntos es inigualable, nunca había tenido tanto aprecio honesto y real por ciertas personas.

Pero sé que existe y es tan real como la nada del todo.

Después de ustedes

Una vida sin ustedes no sé cómo será, tengo mucho miedo de no poder pasar tanto tiempo sin ustedes.

Odio el hecho de no poderlas ver, de no volver a convivir tanto como antes.

De que las cosas estén cambiando y poco a poco nos separemos más, que la distancia sea una excusa.

Una excusa para aún no decir adiós a todo lo que vivimos.

Desconocido

No te conozco, pero me haces sentir cómoda por alguna extraña razón. Cuando estoy a tu lado siento cómo todo es más relajado y me gusta la simpatía que tenemos.

Realmente no sé qué es, pero tienes algo que me agrada mucho, no sé si sea porque te siento muy ameno y sincero, pero me gusta.

Indagando

Déjame indagar en tu imaginación.

Cada parte de tu mente quiero conocer, déjame explotar esa curiosidad contigo una y otra vez.

Cada vez me siento un poco más cerca de saber.

Tan amena parece tu plática, pero también quiero saber qué es lo que escondes, porque no todo lo puedes encontrar en la superficie.

¿Amistad?

No lo sé, pero ya pasaron aproximadamente 3 meses y sigo dudando lo que siento.

Pero creo que, al ver la línea del tiempo, es fácil deducirlo, no me había dado cuenta de todo este tiempo que llevamos.

De lo rápido que ha sido para mí todo esto, esto te incluye, porque de la noche a la mañana ya éramos amigos.

De un día para otro te tenía demasiada confianza y, al parecer, tú a mí también. No sé cómo ocurrió todo esto, pero me gusta que de cierta forma nos complementamos, la manera en que nos entendemos.

Quiero seguir estando a tu lado.

Quisiera

Quisiera ser tú para ver tus perspectivas.
Quisiera ser tú para esforzarme.
Quisiera ser tú para tener tu inteligencia.
Quisiera ser tú para no sufrir lo que tengo que pasar.

Visión

No veo un futuro sin ti, tan poco tiempo siento que ha pasado y
me he encariñado contigo, no sé cómo, pero ha pasado.

Espero que pienses lo mismo de mí, me siento en tu visión
futura y quiero que sea así, quiero que esta amistad sea así
siempre, quiero que sigamos siendo compañeros.

Quiero creer en la amistad contigo.

Incómodo

Si es contigo, quiero vivir la vida al límite de esa manera.

Quiero morir con todas esas emociones que parecen pasajeras,
pero quedan impregnadas en mi mente
repitiéndose una y otra vez.

Seamos dos instantes incómodos.

¿Hasta dónde llegará?

No puedo creer todo el tiempo que hemos llevado juntos, no
pensé que esté amistad llegaría a tanto.

Que nuestra historia seguiría volviéndose más y más compleja.

Y yo que pensaba que moriría pronto...

Promesas

Puede que cumplamos con nuestra promesa, pero llegará el día en el que nuestra promesa se rompa.

El día que la relación que tenemos desvanecerá con la efimeridad del tiempo. Me pregunto constantemente hasta dónde llegará.

¿Tendrá el final que esperábamos o se quedará como algo más?

Voz

Hace mucho que no escuchaba tu voz y recordarla me hizo sentir y recordar todas aquellas risas, bromas y sarcasmo en nuestra conversación.

Todos esos momentos de desvelo y juegos que quedaron en el olvido.

No sabía lo mucho que extrañaba todo eso hasta volver a escucharte, como si nada y todo hubiera cambiado.

No sé cuándo vuelva a pasar luego de todo este tiempo, pero la verdad es que espero con ansias volverte a escuchar.

Qué rara la sensación de nostalgia.

Mamá Luisa

El día que ya no estés conmigo me dolerá muchísimo.
Quisiera que ese día no llegue nunca,
que quedáramos estáticas en el tiempo.
No puedo imaginarme una mejor figura materna.
Más que a ti.
De las únicas que, a pesar de que no le tocaba esa
responsabilidad, estuvo siempre allí.
La única que no me cuestionó nunca nada.
A pesar de que yo esté rota, nunca me diste la espalda.
Siempre me has dado espacio seguro y cariño.
No puedo imaginarme una vida sin ti.
Sin tu refugio, sin tu amor.
Es que simplemente no puedo.

Segunda casa

Por todas esas noches y tardes.
Que son de las únicas cosas que no me gustaría olvidar en todas
esas sensaciones.
El sentimiento, el olor de la comida, el sonido de la radio, la
tranquilidad, el sonido de los autos afuera.
Toda esa nostalgia quisiera guardarla en mi mente y recuerdos
para siempre.
La monotonía del corto tiempo que nos congelaba.

Gabriel

Odio que personas que no están bien nos hagan sentir como si nosotros fuéramos los rotos.

Si pudiera, te daría todo lo que tengo para que no te sientas así, pero el sentimiento que tengo es demasiado grande como para darte lo que no tengo.

Odio admitirlo, pero ya no puedo, me cansé de estar aguantando a todos, supongo que tú te sientes igual, porque somos parecidos en ese sentido. Quisiera que todas estas cosas no nos pasarán, pero no tenemos otra más que aguantar y seguir, seguir como si nada.

Como siempre lo hemos hecho, con todo mal.

Las cosas cambian

Harta de todos, menos de ti.

A ti sí quiero escucharte una y otra vez. Si pudiera, 1000 veces repetiría cada momento.

Pero no, no es posible, más que en mi imaginación y recuerdos. Espero que el tiempo no pase tan rápido, para no separarme de ti. Porque aún no quiero, aún quiero negarme a la idea de que todo esto es pasajero.

Y que, aunque no lo parezca, ya ha pasado bastante tiempo desde que nos conocimos.

Y me pregunto si aún recordarás con nostalgia cómo nos conocimos.

Y, si todavía lo tienes presente, sentiría que es un milagro para mí, como si fuera un acto histórico. Porque de alguna forma, no lo sé, siento que no podría vivir sin ti, pero tal vez tú sí podrías vivir sin mí.

Y ese dolor de no sentir lo mismo, ni de recordar las cosas de la misma manera, me mataría.

Aunque sé perfectamente que es imposible recordar lo mismo con los mismos sentimientos. Pero al menos quiero que sea parecido de alguna forma, aunque sea de una manera abstracta para mí y objetiva para ti.

Gaby

Volverte a encontrar ha sido una de las cosas que más me han gustado.

Luego de no volvemos a ver, luego de ese gran tiempo no pensé que volvería a encontrarte, mucho menos que nuestra amistad llegaría a tanto.

De verdad no sabes lo agradecida que estoy con el destino de toparte de nuevo.

Tú eres una de esas personas con las que espero poder tener la suerte de envejecer.

Han pasado los años y sé que no es lo mismo y por eso estoy feliz de poder verte mejor. Aunque sé no tienes todo resuelto y que las cosas han sido difíciles.

Pero sé que juntas lograremos varias cosas, tenemos que confiar y dejarnos llevar.

Sinceridad

Si te soy sincera, nunca pensé que hablaría con alguien como tú.

Ni siquiera pasó por mi mente conocerte en un principio.
No pensé que nuestra amistad llegaría a tanto.

La primera vez que te vi, pensé que ni siquiera te dirigiría la palabra un día.

Pero me parece tan impresionante que ahora eres de las personas con las que más hablo y eso me agrada. Porque no lo sé, simplemente pienso que eres una persona con la que me gustaría seguir conociendo.

Siento que eres esa clase de persona que quiero mantener en mi «círculo».

Porque siento que puedo aprender mucho acerca de ti y, si puedo, también quiero ayudarte a sacarte de tu zona de confort.

Me gusta el apoyo mutuo que tenemos y siento que juntos podemos mejorar, pero no sé cómo explicar este sentimiento y presentimiento.

Pero espero seguir sabiendo de ti.

Aún

Ha pasado el tiempo y, de todas las miradas que no he querido olvidar, la tuya es la única que de verdad no he olvidado por completo.

Esos ojos pragmáticos con demasiada intensidad, no la puedo olvidar, tampoco es que quiera sacarla de mi mente.

Pero no sé por qué aún la tengo muy presente, aunque ya hayan pasado los meses. Creo que es porque me he acostumbrado a ti, pero no entiendo por qué ese momento lo tengo demasiado presente.

Como si no te quisiera dejar, pero tengo que, porque esto no puede llegar a más, o al menos aún me quiero negar.

Mírame

Mírame así toda la vida, con esa sonrisa bonita que tienes, que la verdad es que es muy agradable y me gusta mucho, qué raro, está sensación de estar contigo.

P.M.:ParteΩ La mitad de mi vida sin ti

La última vez que te vi parece que fue ayer, en aquel momento dónde parecía que las cosas estaban bien.

Cuando yo no era consciente del presente, dónde no te pude apreciar.

El tiempo pasó y ahora solo quedó yo, pero ahora solo puedo apreciar tus recuerdos.

Escucha

No son las imágenes, son el sentimiento de recuerdo que traen
con ellos que nos condena.

P.M.:Parte E Tú

Tú sabías la verdad.

Es una lástima que tus predicciones no las hayas podido presenciar, sin embargo, estabas seguro, tu fe se mantuvo y nos ha conmovido con el tiempo.

Lo siento por nunca haberte mostrado afecto cuando aún estabas, pero tú conocías mis circunstancias, comprendiste lo que nadie comprendía y creíste en mí, algo que siempre te agradeceré.

Algún día

Algún día te volveré a encontrar, te buscaré de nuevo, espero que el tiempo pase rápido y me permita conocerte de verdad esta vez,

que te pueda ver de otra forma.

Desde las sombras

Te quiero, pero desde sombras.

Porque nunca seré capaz de decirte lo que me has hecho sentir
y quiero lo mejor para ti a pesar de lo que hiciste.

Porque me has hecho ver diferentes perspectivas que nunca
imaginé ver.

Porque me has enseñado cosas que nadie nunca lo hizo.

Y yo quiero confiar en ti.

Al menos

Gracias por hacerme dar cuenta de mis diferentes emociones y
lo que puedo llegar a sentir y hacer.

Gracias por destrozarme la realidad por al menos un segundo.

Ansiosas

Quisiera que esto aún no se acabe, porque ya me acostumbré a verlas a ustedes, tengo miedo de que, pasando el tiempo, la efimeridad nos lleve con él.

La verdad también me aterra mucho el olvidar este presente, el presente en el cual me siento cómoda estando y confiando en ustedes.

No sé qué será de nosotras en unos meses, pero quiero que este sentimiento permanezca o crezca.

Pero por ahorita quiero seguir cerrando mis ojos y repetir esos momentos una y otra vez, como si no supiera que esto un día acabará.

Comienzo

Desde que te vi ya sabía a dónde iba esto.

Desde el principio que te vi, supe que contigo me llevaría bien.

Ese aire de inseguridad que transmitías era el aire que quería calmar.

Porque supe lo difícil que son para ti los nuevos inicios, sabía que necesitabas a alguien en quien confiar y hasta la fecha lo seguiré haciendo una y otra vez.

Porque ahora somos confidentes y siento que, aprendido mucho de ti, como tú de mí.

Aunque me pregunto constantemente ¿hasta dónde llegaremos? Pero la verdad es que ahora no necesito una respuesta, porque sé que una persona de confianza eres.

Solo el tiempo dirá lo que experimentaremos y espero poder seguir teniendo los recuerdos presentes en mi mente.

Porque, a pesar de todo, sé que hay cosas que no me dices que ves.

Y por eso te agradezco mucho, por guardar mis secretos.

Pendiente

Si es por ti, esperaría hasta 1000 años para que me dijeras algo,
para que fueras sincero contigo y conmigo.

Ya que anhelo saber la verdad, comprobar.

Y estar segura de que lo que yo veo.

Y lo que tú sientes es lo mismo, quiero saber y que estos
sentimientos te alcancen algún día.

Y si tú tuvieras algo que decirme o enseñarme, siempre estaré
pendiente a ti.

Farsa

Aunque sepa que sea una mentira, quiero al menos unos segundos más dentro de toda esta farsa.

Quiero que me sigas viendo así, quiero que me quieras, lo siento por ser egoísta y pedirte cosas que parecen imposibles.

Pero sé que hay cosas entre nosotros que siento que no podemos negar, no sé qué sea, pero me gusta estar así, aunque todo sea una farsa.

Al menos mis sentimientos son reales y quiero pensar que los tuyos también.

Una vez que anhelas algo no tiene fin

Y ahora cómo le hago para terminar todo esto que espontáneamente empezó. Me pregunto si

¿Este latir tendrá un fin?

¿O al menos un sentido?

Pero ¿por qué tenías que ser tú y no otra persona?

¿Por qué te conocí en este momento y no otro?

¿Hubiera pasado lo mismo luego?

¿Te hubiera llamado la atención si nos conocíamos en otro momento?

Sigo sin entender todas estas emociones, pero no quiero que sigan creciendo, o al menos no sin esperarte, pero ahora mi corazón late mucho solo con pensarte y lo que hicimos, pero no debo, no quiero aún.

Siento que tengo que esperar, pero, si espero, la espera parece que será eterna y necesito saber qué pasará para prepararme para una decepción o algo bonito. Pero sin duda, sabiendo que eso viene de ti, estaré feliz por cualquier cosa que te haga estar bien.

Mis sentimientos realmente no importan en todo esto para mí.

Probabilidad

Si existiera algo después de la muerte, ojalá los pueda volver a encontrar de una u otra forma.

Realmente no los quiero dejar ir, pero sé que esto es parte de ello, que es parte de la vida ya no volver más y terminar todo. Sin embargo, aún tengo la esperanza de que, si existe algo, los quiero volver a ver, quiero volver a disfrutar con ustedes más.

Simplemente no puedo creer el poco tiempo que tenemos y lo aferrados que estamos a ello.

Antes de irme

Antes de irme, espérame... espérame donde siempre nos solíamos encontrar, cuando no pensamos que nos íbamos a separar, cuando nuestro encuentro sería pronto.

Bueno, yo sí lo pensé, pero lo dejé pasar. Lo miraba tan lejos que nunca me imaginé llegar hasta aquí y aún se me hace difícil de comprender.

Pensar que me tengo que dejar de aferrar y tener un desapego a todo, pero todo es un cambio que a la vez me aterra, pero me da curiosidad qué será de nosotros.

VIII. Luego de la Muerte

Para mi inestabilidad

¿Por qué?

¿Por qué tengo que ser como soy?

¿Por qué nadie me entiende?

¿Por qué solo yo los puedo entender?

¿Por qué nadie se da cuenta de mi sufrimiento?

¿Por qué estoy sola en esto?

Si supieran lo que pasa por mi cabeza.

Si supieran que por cada cosa me mato internamente.

Si lo supieran, me pregunto que se reconsiderarían así mismos.

Odio al ser humano, lo odio, porque es tan tonto, porque las cosas no son más simples.

Deberían dejar de buscar en ser siempre los mejores por sí mismos y enfocarse en ayudar a los demás y todos salir adelante.

Pero las cosas no son así y siempre hay competencia y odio.

Yo no logro entender bien esos sentimientos, sin embargo, estoy cansada de ver a los demás así.

Simplemente ya no quiero seguir más.

Ojalá tuviera una manera de desaparecer para siempre y ya no ver ni sentir tanto sufrimiento.

Ya no quiero que alguien más me haga más daño.

Sin mí

La noche no está fría ni cálida.
Sin embargo, no sé por qué siento un poco de frío, como si
sintiera que me hace falta algo, sé qué es y no es nadie...
Me necesito, pero no estoy para mí.

Vacía como esa noche, donde todo se nublaba.
Mientras mis ojos se nublaban también.

Qué será

No entiendo mis sentimientos,

¿por qué será que extraño cuando todo era más cansado?

Cuando vivíamos en un mundo donde todo era diferente, donde no existían límites al salir.

Extraño cuando me pegaba el sol nomás al salir de mi casa.

Extraño el poder apreciar la naturaleza y belleza de las cosas que me rodeaban.

Extraño esas frías mañanas, donde lo más claro que veía era el cielo resplandeciente que miraba a un presente prometedor.

Extraño sentir esa emoción por ver a las personas, por verlos.

Pero así fue, solo un presente sin futuro que se queda en el pasado. Definitivamente un mundo no ideal en el que me gustaría volver a estar, volver a experimentar.

Es raro, ¿no? Cuando de verdad ya estaba comenzando a disfrutar un poco más del presente que me gustaba, pero algo tan complejo te lo arrebata.

Como dicen, realmente no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes, en otras palabras, hasta que te haces consciente de las diferentes situaciones. Sin embargo, soy feliz sabiendo que sobreviví ese poco tiempo ni siquiera sé cómo.

Me pregunto si realmente hubiera podido llevar todo a la vez de esa diferente manera.

Pero nunca sabré la respuesta, porque no puedo volver.

Aprende a olvidar

Aceptar las cosas como son, como fueron,

aceptar la historia falsa.

Aceptar a dejar,

a olvidar todos esos recuerdos,

olvidar quiénes somos,

perdernos y encontrarnos en las sombras de la oscuridad que nos rodea.

Dejar toda esa dependencia que tenemos,

aprender a amar a la soledad que somos, a la nada que somos,

a lo pequeño e insignificantes que somos.

Perdí

El tiempo sin duda me ganó, por procrastinar, por tener planes a largo plazo, pero no es que eso este mal, lo malo es pensar que otras personas allí estarían en ese futuro ideal.

Esperar e idealizar a las personas, no está bien y lo sé, sin embargo, aún les tengo altas expectativas.

Pero la realidad siempre supera a la ficción y las cosas suelen ser peores.

Te comprometí en un futuro que solo existía en mi imaginación, en un mundo egoísta.

Solo porque era mi ideal, un falso ideal.

Y lo más egoísta es que me molesta saber que tuve la probabilidad de hacer algo y no hice nada, pero no te perdí porque nunca te tuve.

Perdí porque yo me perdí.

Yo fui la que se hizo bolas en algo que ni existía, que no era real, más que en mi imaginación.

Perdí contra mí.

Porque perdí una oportunidad que deseaba, ese anhelo, que nadie más que yo me lo puedo dar.

Perdí de nuevo contra mí.

Perdón

Perdón por querer algo que sabía desde un principio nunca iba a pasar.

Perdón querer algo que nunca tendría.

Perdón por haberte puesto en mi futuro.

Por haber querido algo de suerte.

Perdón por haber olvidado que soy yo y esas cosas no me pasan.

Porque sé que nunca tendría tanta suerte.

Solo acepta

Toma la realidad y entiéndela.

Acepta, deja esa dependencia que tenías.

Mira lo que aprendiste de ello, puede que lo odies.

Pero ya nada va a borrar una mente con recuerdos y su terrible
existencia.

Cielo azul

Tú eres como el cielo azul, intocable, lejos de mí, algo que quiero alcanzar, pero no puedo. Solo camino viendo al cielo, como si tuviera algo tan magnético, como tú.

Pero yo no pertenezco aquí.

Solo soy una espectadora que ve todos los sentimientos y busca por significados, esperando a conocer todas las perspectivas.

Ojalá

Quiero creer que un día nos volveremos a encontrar, que nuestra relación no terminó. Aunque sea difícil pensar en estar juntos hasta la eternidad, ojalá y lo estemos.

Pienso en al fin poder descansar en paz, pero no sé si realmente lo quiero.

Más ahora que tengo a varias personas de mi lado, quiero vivir con ellos el sufrimiento y todas las emociones.

Aunque ya estando tan avanzada como ahora, simplemente quiero que todo esto termine ya. Pero a la vez me da mucha curiosidad el proceso, a pesar de que no veré todo de ello o hasta dónde llegará.

Sé que soy bastante visionaria, pero pequeñas cosas se me irán y de todo se olvidará.

El cuento escrito se borrará, pero los lectores recordarán las palabras y lo transmitirán.

Mientas que yo quiero saber hasta dónde llegará, sin embargo, soy incapaz.

Vueltas y vueltas

No sé qué sentir,
no sé qué pensar,
no sé qué hacer,
la monotonía del tiempo y su efimeridad me están
consumiendo.

Y, a pesar de que quiero cambiar, siempre me decepciono.
Porque obtengo las mismas respuestas, ya que, a pesar de mi
cambio, no hay cambio por parte de los demás como sociedad.
Preferimos vivir en ignorancia, antes que solucionar problemas
de la realidad.

Preferimos desechar y seguir consumiendo, repitiendo el mismo
ciclo siempre.

Vueltas y vueltas damos, sin algún significado, hasta llegar al
cansancio sin fin.

Con el sentimiento de vacío y desesperanza por el futuro, pero
con la esperanza de algo «nuevo e innovador».

Dónde llegará lo inesperado, pero nuestra respuesta será la
siempre la misma en ese futuro que ni siquiera lograremos ver.

Condenada

Estoy condenada al sufrimiento, no importa cuántos años pasen, cuánto llegue a sanar. Los recuerdos de mi mente aún no se borran, quiero olvidar todo y no saber nada más nunca.

Aunque eso implique olvidar a todos, todo lo que amo y amé.

Pero igual no perdería mucho, solo perdería la guerra, pero prefiero perderla.

Porque no aguento, ya no puedo seguir, ya fue suficiente.

No quiero.

Comprender

Entiendo.

Entiendo.

Entiendo.

Pero no quiero, estoy cansada de comprender y sentir
compasión por todo ellos, por ustedes.

Quiero ser ignorante, ignorante de comprender a las personas,
ignorante de su futuro.

Pasado y presente, no quiero no ser yo sabiendo cómo son
ustedes, no quiero ser su reflejo o forma de manipulación, no
quiero, no quiero complacerlos.

No entiendo.

No entiendo.

No entiendo.

Lloraré

Lloraré una y otra vez,
el presente es irrepetible,
el futuro lo esperaré.

Quiero estar y ser,
quiero ver,
ver lo que sentí.

Irrepetible por mí ni por nadie.

Amar

El dolor eterno de amar,
solo un sentimiento,
solo una noción más,
solo un capricho,
de algo que no durará.

Por nunca

Pasarán los años y hay cosas que no quiero olvidar, quiero que se queden conmigo por siempre.

Pero sé que eso no es posible y que tengo que soltarlo una y otra vez, porque al final todas experiencias no son «mías», porque nunca me las llevaré, se quedarán aquí para siempre.

Todas estas mascarás, capas, escalones por nada.

Para que en unos segundos se queden con aquella energía que se transformará.

Nunca nada y siempre todo

Tristeza profunda, melancolía eterna, sentimiento de vacío, pena, dolor. Simplemente ya no quiero seguir sintiéndome así.

Tormenta

Ojalá la lluvia siguiera cayendo fuertemente, para que no vieras mis lágrimas caer frágilmente de una manera indefinida. Siento que la tormenta cada vez empeora y estoy cansada de tener que caminar debajo de ella.

Ya ni siquiera quiero ver al cielo para buscar alguna esperanza más de ver una luz entre toda esa infinidad de nubes grises.

Cada vez siento que me hundo más entre toda esta agua, mientras más camino, más me ahogo en este sufrimiento sin fin.

Como si el camino al que voy está condenado a la muerte en vida, de una manera frívola, superfluas, mientras yo ingenuamente le busco un reflejo o algo dentro del agua que tanto me hunde.

Como si siempre hubiera sido parte de ella, pero siendo una parte insignificante en todo.

Como la profundidad que me ahoga.

Aprender a vivir con ello

Un sentimiento de melancolía y depresión abundan hoy en mí,
como casi siempre.

Quisiera que las cosas volvieran a cambiar.
Quisiera dejar de ser yo.

Quisiera borrar todas mis memorias y empezar de cero.
No me importaría olvidar y perder todo lo que tengo, porque no
es nada, o al menos no es nada que no podría volver a tener.

Pero las memorias ¿quién me las borra?

Quisiera dejar toda esta farsa atrás, olvidar las mentiras que me
han dicho, olvidar a todas esas personas que algún día daño me
hicieron.

Ya no quiero seguir sufriendo por culpa de alguien más,
quiero que vean la verdad,
quiero que mis palabras sean escuchadas al menos una vez.

Pero ya no sé cómo si nadie me quiere escuchar.
Mi silenciosa voz, mi realidad, mi verdad al parecer no les
alcanza, ni les alcanzará nunca.

Presa

Perdón por no llenar tus expectativas.
Perdón por no ser la persona que tú esperabas.
Pero ya no más seré el reflejo de una manipulación.
No quiero volver a ser nunca alguien más.
No quiero vivir por nadie.

Fluyendo

Etérea

Etérea a vista de los demás,
etérea por dentro, sin notar,
sin más.

Cofre

Debería de dejar de mentir ¿no?
Pero ¿por qué?
¿Por qué me cuesta tanto ser honesta con mis sentimientos?
Ya sé que va a pasar si lo sigo haciendo, ¿o no?
Me gustaría enseñar mi cariño y afecto.
Pero ¿por qué es tan difícil para mí?
¿Por qué tengo miedo?
¿Por qué es tan difícil mostrar esto guardado?
Pienso que esa es una de las razones por las cual la gente no
debe acercarse a mí.
No les quiero hacer daño, tengo miedo.
Aunque siento que no puedo hacer nada, pero es mentira.
Pero ojalá estos sentimientos te alcancen.

Indecisa

No sé qué es lo que realmente quiero, no me gusta el no saber
qué es lo que no quiero.

Pero las cosas están tan inconclusas,
me siento confundida,
me siento perdida.

Porque no lo sé, simplemente tengo miedo de afectar el
futuro creado en mi cabeza. Pero siento que dejo muy atrás el
presente, porque no lo sé, no lo siento muy presente.

Pero me preocupa, porque todo es tan efímero y nos
mantenemos en el hoy. Pero hoy no puedo hacer nada y eso es
lo que me frustra.

Si pudiera

Si pudiera decirte lo que estoy sintiendo,
si tuviera el valor verte,
si tuviera el coraje para verte a los ojos,
si fuera lo suficientemente fuerte para decirte la verdad,
no sé qué pasaría.

Tarde

Recordar la sensación de vacío, de los días solitarios, tristes, sin un futuro.

Donde no era nadie.

Donde nadie me volteaba a ver.

Donde los problemas abundaban.

Y la única esperanza que tenía era de muerte.

La esperanza de que lo olvidaría todo.

La esperanza de que ya no sería una molestia para nadie más.

Simplemente ya no.

Existencia

Con el tiempo, el presente será insignificante.

Soy feliz pensando que algún día olvidaré todo,

dejando atrás todo de lo que dependí, quiero olvidar,

olvidar lo que somos y lo que fuimos alguna vez.

Todo aquello que alguna vez tuvo significado ya no lo tendrá.

Me gusta pensar en eso, me hace sentir paz de cierta forma.

No sé por qué esa idea me atrae tanto.

El cambio es inevitable, es cruel, pero bello.

Me odio

Odio tener que ser tan sensible, odio los sentimientos.

No quiero, no quiero, no quiero expresarlos, son tan vergonzosos, simplemente no.

Pero no puedo parar de sentirlos tanto.

Perdón por ser yo

Si supieras quién soy.
Detrás de todas estás facetas,
detrás de la verdad,
detrás de la oscuridad,
¿qué sentirías?
Seguramente pena o tristeza.
Si entendieras lo que pienso y siento,
¿seguirías con esa idea de una vida falsa?

Sola

¿Siempre he estado sola y siempre lo estaré, acaso existirá alguien que entienda mi dolor?

¿Alguien que entienda mi lucha?

¿Alguien que entienda lo que siento?

¿Alguien que conozca esta soledad?

No, nadie, nunca existe, no existirá.

No creo que alguien sepa qué es estar en mi mente y recuerdos por un día. Nadie lo aguantaría como yo.

Nadie quisiera vivirlo.

Nadie estaría dispuesto a pasar lo que pasé.

Ni siquiera yo misma, estoy harta de mí.

Podría

Podría ser peor.

Mis emociones.

Mi forma de pensar.

Mi forma de ver las cosas.

Mi ignorancia.

Mi forma de ser.

Siempre tan diferente e indiferente.

Sin encajar en ningún lugar, ni conmigo misma.

¿Para qué?

Si al final del día me voy a quedar sola junto a todas las señaladas y juzgadas que han hecho de mí.

Nadie me quiere comprender, nadie quiere ser yo, nadie quiere estar conmigo.

¿Por qué van a estar con una persona tan rota?

No sirvo para nada, no tengo un propósito de existir para nada.

Al final solo ustedes hablan a mis espaldas, pero ni siquiera tienen el valor para ser yo.

Inestable

Estar inestable es la reacción ante la realidad, ver que lo que pensabas era correcto. Sin embargo, quería darle una oportunidad más a aquello que quería tanto, pero estar inestable solo es algo temporal.

Espacio

Todo sería 1000 veces mejor si me dejarán sola con mis problemas. Que me dejarán respirar, que me dejarán volar, que me dejarán ser quien soy realmente y no su vaga idea que tienen.

Ojalá no tuvieran expectativas realmente altas en mí, expectativas en las cuales no puedo ser como ellos, expectativas en las que no puedo ser lo que no soy.

Solo no puedo ser.

Secreto

Saben mi secreto y eso me apena, pero no saben si es verdad o mentira, pero lo notable que somos.

Es imposible actuar como si nada, es que realmente no lo puedo ocultar. No puedo ocultar lo que estoy sintiendo.

No sé qué pasará con lo que saben, pero me da miedo, porque no quiero que esto termine mal, me gusta estar así, pero también quiero llegar más lejos, pero sé que por ahora estoy limitada.

Me ocultaré en las sombras y fingiré para que no sepan quién realmente soy.

Sobre las Confusiones del Amor

Fredy Velásquez

Para quienes siguen buscando respuestas.

«*Hay días en que la recuerdo y me pregunto: ¿Qué estará haciendo?
Hay noches en que la extraño y me pregunto: ¿Qué me estoy haciendo?*».

*Mario Vargas Llosa,
Las travesuras de la niña mala*

«*En matemáticas, una asíntota es una
línea horizontal, vertical o inclinada a
la que se acerca una gráfica pero nunca la toca*».

Rodrigo Ricardo

Capítulo I

«Soy nulo y tú distante, y ya nada es como antes».

Love of Lesbian

Víctor Palala nunca olvidaría la tarde en la que, a la sombra del almendro, por fin descubrió el nombre del animal que le picaba en el corazón cuando estaba con Valeria. Habían pasado ya algunas décadas desde la última vez que alguien había sentido el fulgor de un amor en el pecho.

Aquel cataclismo provocado por algo que la razón no comprendía estaba ya muy lejos del pueblo. Sabios idólatras traídos desde las Antillas se encargaron de remover todo rastro de amor a base de ritos vudú. Fueron largas jornadas paganas de barbaridades nunca antes vistas. Este salvajismo dejaría tras de sí a un pueblo sin alma y con poca esperanza, pero, sobre todo, sin una palabra la cual utilizar para definir aquello que sentían dos corazones alocados cuando lograban coincidir.

El daño sería menor si solo el amor hubiese sido robado, sin embargo, los miembros de aquella tribu también se llevaron la paz del pueblo. Lo último que dejaron fue una advertencia sobre que regresarían también por la esperanza restante. Desde aquel 30 de mayo, nadie en el pueblo pudo luchar contra la ansiedad que despertaba junto al sol y que se dormía de la mano del frío de la madrugada.

Más pronto que tarde, se establecieron comitivas encargadas de vigilar las costas del pueblo. Fue esta iniciativa la que promulgó el establecimiento de un escuadrón de defensa en el primer faro de Torrelinda, el Faro de Anaxágoras, nombrado así por Alberto Palala siglos atrás. Torrelinda, a pesar de ser un pueblo triste, seguía siendo uno de los principales centros de comercio de la región y la salud de su infraestructura lo demostraba.

Las consecuencias de privar a una sociedad entera del amor fueron más allá de lo que se pudo haber pensado. Fue Valeria junto con un grupo de jóvenes quienes se dieron a la difusa tarea de encontrar algo que se pareciera al amor. El fracaso fue estrepitoso, no porque no lo encontraran, sino porque lo

confundieron con una cosa que satisfacía al cuerpo, pero dejaba el mismo vacío en los corazones. Valeria fue la más reticente al aceptar la derrota. Utilizó todas sus artimañas para justificar el fracaso de la empresa. Con un berrinche concluyó que era mejor conformarse con aquello que habían encontrado y que no tenía sentido gastar más tiempo buscando algo que ya todos sabían que se había ido.

Mientras los más jóvenes trataban de dar respuesta al enigma que atormentaba a la sociedad, el escuadrón establecido en el faro sufría las inclemencias de la incertidumbre. Algunos días creían divisar en el horizonte del rebelde mar el galeón harapiento en el que habían llegado los invasores desde las Antillas. Durante los domingos de la nostalgia, eran los más ancianos quienes recordaban con aflicción los tiempos en los que todos los besos se daban con amor. Sobre los adultos recaía la tarea de encontrar el modo de defender al pueblo en caso de que el regreso de los ladrones se concretara.

Existía un conflicto constante entre Víctor y Valeria. Él defendía que la solución se encontraba en el saber y no en las pasiones, como Valeria pensaba. Las discusiones sobre el tema se extendían por horas. La pelea terminaba con una serie de insultos tiernos que sepultaban la disputa y daban paso al disfrute intelectual que cada uno gozaba con el otro. Lo que Valeria no sabía era que su persona favorita, Víctor, a escondidas, trató de encontrar el amor por todos los medios que la ciencia le proveía. Comenzó desde la base: la filosofía. Recurrió al conocimiento milenario que se encontraba recluido en la Biblioteca de Emma, la cual fue fundada por don Agustín Palala. Encontró los escritos de Platón sobre la filosofía del amor, pero se perdió en la separación de los dos mundos contrapuestos y distintos que conforman la realidad. Intentó separar al amor de lo sentimental y se inundó del racionalismo de Descartes, pero no comprendió la banalidad de la división que tanto el amor como el odio pueden producir. Creyó encontrar la respuesta en Maquiavelo, pero se estremeció de terror con la idea de que el amor era un instrumento social bien maquillado. La última oportunidad se la dio a Hobbes. Sin embargo, quedó desconcertado al entender que el autor se refería al amor como una herramienta para combatir la soledad. Tras toda la investigación, Víctor seguía sin comprender lo mínimo sobre el amor.

Los dilemas del pueblo no solo provenían del temor a los visitantes, sino también de sus propios habitantes. La administración de Torrelinda era cruel. El lugar que alguna vez había sido el mayor centro comercial de toda Centroamérica ahora se encontraba reducido a una economía en total decadencia. La exportación de mangos y meros había decaído por completo. El ardiente calor hacía que casi nada pudiera florecer en el polvoriento suelo. Lo más desconcertante en aquel lugar era la violencia con la que la superficialidad sobre el amor se había extendido. Después del intento fallido de Valeria de encontrar el amor, el descaro aumentó. Los matrimonios arreglados eran cada vez más frecuentes. Lo que unía a una pareja radicaba en los saldos positivos que se tuvieran en el banco. La percepción social del novio y la novia era examinada incluso desde antes que estos dos comenzaran a cortejarse. El resultado de aquellas prácticas se reflejaba en la infelicidad con la que eran construidas las familias de Torrelinda.

Víctor observaba todo el escándalo que provocaba la falta de amor. Algo dentro de él le decía que el amor huiría por sí mismo si presenciara aquel espectáculo decrepito. Valeria, en cambio, estaba a favor de lo que Víctor tanto aborrecía. Esto le beneficiaba a ella porque facilitaba su comprensión del amor, la cual para aquel momento era nula, y fue con esta misma ignorancia con la que ella besó por primera vez a Víctor.

Por otra parte, la inocente esperanza en Víctor era nutrida por Valeria, porque él decía que aquello que existía entre los dos era amor, aunque no lo pudiera demostrar, y en caso de poder hacerlo, él hubiera continuado con las mismas dudas.

Capítulo II

«*Why don't you put me first for once?
We might need to slow down
'Cause I'm not goin' anywhere.*»
Real Friends

Víctor Palala era el último miembro de un linaje fantástico que había desaparecido por las inclemencias del amor. A sus 21 años, a diferencia del resto de su sociedad, él había descubierto cuál era el sentido de su vida. Víctor, por costumbre, era considerado otro de los pocos eruditos de Torrelinda al igual que lo habían sido sus antepasados. Estos, gracias a su curiosidad, lograron que el pueblo progresara en sus diversas etapas. Se sabía que Víctor todo lo hacía bien, incluso equivocarse, y de este modo triunfó en el inocente error de coincidir con Valeria.

Víctor y Valeria se conocieron cuando un nómada mapuche se instaló en el pueblo y comenzó a repartir sabiduría por todos los cuadrantes. Todos en Torrelinda con un mínimo de curiosidad se instalaron alrededor de la tienda del visitante. La expectativa era cada vez más grande. El hombre comenzó narrando que conocía todas las leyendas ocultas sobre la emancipación del continente, pero que se las quedaría para sí mismo por temor a sufrir el castigo de una despiadada Corona española que solo existía en su cabeza. Continúo con el espectáculo diciendo que, en más de una oportunidad, pudo ver la vida desde la muerte y que del otro lado están tan afligidos por regresar a respirar, así como nosotros los vivos estamos aterrados por dejar de hacerlo. Narró también el día en el que se propuso seguir el camino de una moneda recién fabricada. Dijo que había sido acuñada en el taller de un herrero ciego a las faldas de un volcán inactivo. La moneda lo llevó por todo el mundo. Cruzó los océanos descubiertos y los ocultos en pos de conocer el destino final de aquel objeto. Apuntó con exactitud los negocios que se habían realizado con ella. Dijo que, en Sevilla, la moneda sirvió como forma de pago a un capitán primerizo que prometía descubrir las tierras que estaban más allá del ártico. En Biarritz, la moneda fue depositada como ofrenda con una fe más que cuestionable en la Iglesia ortodoxa. En Tallin, la moneda fue entregada como acto de caridad a un pordiosero que en algún momento de su vida tuvo más de lo que su mente

logró cuantificar. Estaba a punto de narrar lo que aconteció en tierras turcas cuando su mirada se desvió a donde estaba Valeria. Señalándola con su dedo delator, gritó frente a todos que la morfología de aquellos ojos solo podía significar una cosa:

— ¡Usted es descendiente directa de Narciso! ¡Hasta que por fin la encuentro!

Valeria comprendió a medias. Víctor, quien conocía la mayoría de mitos del mundo, entendió con una velocidad aterradora lo que aquella acusación significaba. Él notó la confusión en los ojos de la acusada. Después de la interrupción, y como si nada hubiera pasado, el visitante siguió narrando la oportunidad en la que casi conoció a la loba que crió a Rómulo y a Remo. Fue desde ese dramático momento que Valeria comenzó a introducirse en los pensamientos de Víctor. Las enseñanzas de aquel día concluyeron cuando el sabio se quedó dormido a mitad de su último relato. Víctor tomó los apuntes que había hecho y se marchó a casa, no sin antes presenciar cómo Valeria hacía lo mismo acompañada de otros dos estudiantes, Adriana y Arián.

Los meses pasaron y las enseñanzas de Likanwala abrieron la mente de Víctor. Él descubrió que existía más conocimiento del que hasta entonces había tenido acceso. Aceptó la idea de que el mundo no está hecho solo de la física, de las matemáticas o de la química, sino que existían una rama más que oscilaba entre lo fantástico y lo científico, y que esta podía ofrecer también respuestas.

A medida que Valeria y Víctor se conocían más, este último era ávido en devorar con un desenfreno inverosímil todo lo que aprendía. Valeria, por su parte, se mostraba más escéptica respecto a las enseñanzas. Era más que evidente que durante las narraciones ella prefería pasar tiempo con Adriana y Arián. Esto le disgustaba a Víctor, sin embargo, la opinión sobre ella abandonaba la indiferencia y se inclinaba más hacia una temerosa curiosidad.

El conocimiento fue el que acercó a Víctor y a Valeria. Durante las tardes, él le explicaba la necesidad que llevó a los mesopotámicos y mayas a inventar el cero, y cómo esto había revolucionado el mundo entero. También le mostró su curiosidad sobre el fenómeno que hacía que todo lo que él lanzara verticalmente, descendiera de la misma forma. Sin duda alguna, lo que más cautivó a Valeria

fue la importancia que él daba a sus opiniones. Víctor la hacía participar en las discusiones. Le preguntaba sus nociones sobre la vida, la justicia, el amor o la música. Las respuestas espantaban a Víctor. Era más que evidente que las opiniones de Valeria estaban basadas en el conocimiento popular y no en un criterio propio. A pesar de esto, él seguía tratando de comprender lo que ella le decía con una certeza propia que en el fondo de su corazón no aceptaba del todo.

Los meses pasaban y las lecciones del mapuche eran cada vez más estrañafalarias. Víctor vivía en su propia órbita de concentración. Los encuentros entre Valeria y Víctor eran ocasionales. La excusa más recurrente era comprender las clases que ella no lograba asimilar durante las narraciones. Víctor, siempre dispuesto, la ayudaba de la mejor forma. Las sesiones se extendían cada vez más, al igual que una sensación misteriosa en él. Lo que Víctor nunca pudo prever fue que ni todo el conocimiento del mundo lo libraría de aquello que supuestamente ya había abandonado el pueblo.

A medida que compartía más con Valeria, sentía en el pecho algo desconocido y que causaba gran temor en él. Con el tiempo fue notando los detalles que se esconden a simple vista. Se percató que el sonido de la risa de Valeria era diferente al resto de sus compañeros. Apreció que su mirada era la de una mujer que podía devastar a una nación entera solo con pensarlo. El filo de su nariz reflejaba la astucia de cada una de sus palabras.

Aquella tenebrosa presencia en el interior de Víctor crecía más y más, y Valeria se encargaba de alimentarla también. Mientras él le explicaba los secretos del universo, ella le dirigía una tierna mirada a modo de ponerlo nervioso. Víctor, estoico, aparentemente resistía el cataclismo, pero de reojo percibía la ardiente fijeza de aquellos ojos hipnotizantes. Algunos días, Valeria se acercaba un poco más de la cuenta a Víctor. Le colocaba la mano en la pierna con el propósito de inclinarse para tomar algún papel suelto. Víctor percibía el magnético aroma y se dejaba envolver por el narcótico que su aura despedía.

Se encontraban en este peligroso juego cuando un día Likanwala comenzó a pegar un premonitorio grito de alerta. Dijo que los demonios de las Antillas estaban de regreso y que él partía antes de que lo destruyeran con sus armas del otro mundo. El día en el que salió de Torrelinda, todos sus alumnos lo despidieron en la

entrada del pueblo. Cuando por fin traspasó el portón que daba acceso a la calle principal, le dijo a Víctor:

— Aléjese de ella, lo va a condenar.

Se supo que el viejo mapuche emprendió la misión de encontrar de una vez por todas al holandés errante. Mientras tanto, en Torrelinda, el miedo a una guerra que ya estaba perdida se apoderó de todos.

Capítulo III

«Cause it don't feel right when it's late at night
And it's just me in my dreams».

Lil Nas X

La alerta de guerra no se hizo esperar. El gobernador, don Corvis Restrepo, envió a un confinamiento indefinido a mujeres y niños. Desde el faro notificaron que, en efecto, el galeón se dirigía a las costas de Torrelinda. La segunda parte del conflicto por el amor había comenzado.

La comitiva encargada de la seguridad del pueblo hizo de todo para detener el avance de los tenebrosos visitantes. Desde lo alto del litoral, utilizaron la ametralladora Maschinengewehr 34 contra las canoas que iniciaban un ataque por diversos flancos, pero no les hacían daño. Las balas solo atravesaban el espectro de los invasores. El ejército de Torrelinda también dinamitó los riscos de la costa a modo de crear una muralla natural infinita, pero de poco funcionó. Los miembros de las tribus con sus coronas de plumas y sus taparrabos saltaban de un lugar a otro como si pudieran flotar. Aquella rutina duraría meses.

Un día, de improviso, y mientras todos estaban encerrados en sus casas, un batallón de antillanos nadó hasta Torrelinda. Destrozaron lo que encontraron a su paso. Ingresaron a las casas gritando barbaridades mientras sus rudimentarias lanzas atravesaban los cuerpos de los habitantes del pueblo. Tomaron con violencia la esperanza que aún quedaba en los ancianos. Provocaron que todos se dieran cuenta de la brevedad de la vida y sufrieran tormentos sobre el silencioso paso del tiempo. Incendiaron algunos de los edificios públicos. Estaban a punto de destruir la biblioteca cuando huyeron despavoridos al ver que Víctor estaba en el interior de esta. Para el tormento de su madre, él era el único que se atrevía a salir a la calle en medio de esos tiempos difíciles.

Víctor, de casualidad, había descubierto algunos pasadizos subterráneos que utilizaban para ir de un lugar a otro. Utilizando este método, visitó los rincones más antiguos del pueblo mientras el resto de sus habitantes permanecían aterrados en sus hogares.

Valeria, al igual que todos, permanecía en casa mientras los días pasaban y ella escuchaba los estruendos de las detonaciones. Ocupaba las mañanas en contemplar con aburrimiento el jardín de la hacienda. Por las tardes, sostenía una correspondencia constante con sus dos amigos de la academia. A veces pensaba en Víctor, pero este hábito estaba muy lejos de consolidarse en su rutina.

Uno de los eventos más impresionantes de la guerra fue el bombardeo de la nostalgia. Los cañones de los galeones disparaban directamente contra el pueblo. Utilizaban cargas que al tocar suelo hacían que el recuerdo de las escenas que habían destruido los corazones se hicieran presentes. Algunos volvieron a vivir los últimos momentos de un ser querido. Otros recapitularon, palabra por palabra, discusiones que habían sembrado una discordia eterna. Los más jóvenes fueron especialmente perjudicados. Los sentimientos estaban cada vez más en la superficie. Valeria fue una de las afectadas. En su encierro, no encontraba un momento de paz. Recorría a pie la vastedad de la riqueza de su familia, pero siempre estaba disconforme. Para ella era ajena la sensación de soledad. Enviaba cartas a todo el mundo con tal de tener alguien con quien hablar. Observaba las fotografías de los tiempos antes de la guerra y su corazón sentía una opresión como ninguna otra.

Mientras tanto, Víctor nadaba en el conocimiento que adquiría día con día. Él tenía la seguridad de que podría hacer algo para tratar de ganar la guerra. Pensaba en Valeria con más frecuencia de la que hubiera gustado. La visualizaba en los libros de estrategia que descifraba poco a poco. Escuchaba su voz en el vacío que se originaba en el silencio de la biblioteca. Estaba empecinado en encontrar la fórmula definitiva para evitar que los bárbaros de las Antillas regresaran. Víctor no sabía que esa búsqueda lo llevaría a encontrar cosas que nunca había imaginado.

El almendro

Primera parte

*«Me tienes que creer, tienes que confiar
El sentimiento es profundo y también real».*

PXNDX

Torrelinda aún no había sido nombrada y, sin embargo, el único almendro del pueblo ya se encontraba clavado en aquel árido lugar. El imparable desarrollo de la zona obligó a que los primeros pobladores de la región allanaran el camino para facilitar el paso de los carroajes tirados por caballos. Los terrenos menos secos entre los más secos fueron barbechados y preparados para las siembras de piñas y limoneros. El comercio era fructífero al mismo tiempo que la sociedad comenzaba a vivir como una de verdad.

Agustín Palala fungió como una de las primeras autoridades del prematuro pueblo. Llegó desde el sur de México con la singular fórmula de la kusha que los guarajíos habían hecho tan suya. A base de propagar el vicio entre la población, logró hacer una fortuna considerable, la cual lo impulsó a poseer más influencia. Fue él quien tuvo la idea de desviar el cauce del río Triste hasta los cultivos, también fue él el primero en desviar la culpa hacia Dios cuando comenzaron las inundaciones de mayo. Los pobladores de Torrelinda lo respetaban y admiraban a pesar de sus errores. Él era el único antídoto que hacía efecto entre aquel subdesarrollo en el que estaba sumido todo.

En agosto de ese mismo año, atracó en el puerto la carabela Margarita, la cual había atravesado el tibio Atlántico impulsado por la fuerza de todo el reino español. El acontecimiento fue tomado como una bendición. Los españoles encabezados por Diego García tenían especial interés en comerciar por las empalagosas piñas. Agustín Palala, con cierto recelo, fue el encargado de darle la bienvenida al capitán español. También fue el encargado de mediar entre ambas partes. Por un lado, los extranjeros exigían una producción de frutas que solo se podía obtener si eran cosechadas en tierra santa; por el otro, los agricultores de Torrelinda querían obtener hasta la última onza de oro del reino español. Las negociaciones nunca llegaban a un acuerdo y Agustín se impacientaba cada vez más.

Las semanas pasaban y el trato, a diferencia de la carabela, se resistía a acercarse a buen puerto. Los agricultores fueron cediendo a medida que extranjeros y locales recorrían las plantaciones a modo de evaluación de los terrenos productivos. En más de una ocasión, Diego García tuvo el tenebroso presentimiento de que se convertiría en abono para aquellas tierras. Mientras tanto, Agustín Palala, curioso, se quedaba merodeando los alrededores del campamento, el cual había sido establecido bajo los mangales aún sin retoños. Fue durante una de estas expediciones en las que Agustín descubrió que la tripulación de La Margarita estaba bendecida por la presencia de una dama. Un haz de luz en medio de aquel grupo de malolientes y errantes navegantes.

El sigilo y la astucia del enamorado permitieron que Agustín conociera el nombre de aquella secreta mujer. La seguridad a cargo de ella la llamaba Emma de Brabante. Era la primogénita del matrimonio entre los reyes Rafael y Amelia de los belgas. Desde el Palacio Real de Bruselas se habían encargado de decidir su destino. Su misión consistía en continuar con una línea de poder establecida desde siglos atrás por una antepasada que pensó en todo, menos en la felicidad de su linaje.

Como muestra del compromiso entre reinos, sus padres la enviaron a las Indias Occidentales junto a Diego García, con quien se casaría nada más regresar del viaje. Ella se pasaba los días muriéndose de calor en aquel silencioso campamento, mientras que las noches eran destinadas a forzar un amor centenario.

Algunos días, Agustín, oculto tras el follaje de los arbustos, observaba los ataques de celos injustificados que sufría Diego García. El temor a que Emma tuviera un amante lo impulsaba a sufrir la cólera silenciosa que solo las inseguridades provocan. Recurrentemente, el capitán español aparecía de repente en el campamento con el fusil ansioso por dispararse. Agustín Palala formuló entonces la manera de acercarse a ella sin levantar las sospechas del capitán español. A medida que los días pasaban, el aburrimiento de Emma también lo hacía. Fue una mañana de viento caliente en la que la princesa se dignó a por fin salir de aquel reclusorio. Se dirigió junto con su corte de soldados hacia la calle de don Rigo, la cual poseía comercios y entretenimientos de todo tipo.

Las primeras salidas del campamento fueron tímidas. Emma aún no lograba comprender la majestuosidad de los mangos que eran

casi regalados. Las mojarras del río que atravesaba el pueblo la hacían tener pesadillas. Sin embargo, la curiosidad por probar la kusha de la que tanto hablaban sus protectores la impulsaba a conocer más de aquel infierno.

Emma aprovechaba las salidas de Diego para visitar los lugares que él le tenía prohibidos. Se encargó de conocer a cada habitante del pueblo y a lo que se dedicaba la gente en aquel intento de sociedad. Un día, gracias a la invisibilidad que otorga la tentación, llegó a la cantina de doña Olga.

— Niña, ¿qué hace usted aquí? —preguntó la cantinera.
— Quiero probar la kusha —le respondió Emma.

La inocencia y seriedad de la petición provocaron escalofríos a los clientes que se estaban muriendo en vida aquel día. El primer trago le sacó unas lágrimas que superaban las de amargura a las que le había llorado a su suerte real. El segundo trago le destruyó la garganta, así como alguna vez lo hicieron aquellas palabras que se habían quedado atoradas en su tráquea. El tercer trago fue el encargado de cortar el ligero hilo de cordura que aún le quedaba. El cuarto trago tenía el deber de romperle el corazón, cuando Agustín Palala intervino.

— Suficiente —le dijo mientras atrapaba la botella que despedía el halo frígido.

Emma percibió la autoridad y la calidez de aquella orden, y la acató. Agustín Palala apenas y pudo verla a los ojos antes de retirarse de la cantina. No fueron necesarias las palabras; las miradas de ambos habían encontrado en el otro lo que tanto habían estado buscando.

Tras salir de aquel lugar, Agustín entró en la tormenta que él mismo había causado. Comenzó a imaginarse las conversaciones que tendría con Emma aún sin haber escuchado su voz. Armaba todo un espectáculo mental en el que ambos se miraban fijamente hasta el día de su muerte. Podía sentir las suaves y delgadas manos de la princesa recorriendo su rostro. Antes de dormir, sentía en sus mejillas la humedad del beso de Emma, el cual lo enviaba a un sueño de ondas lentas y tibias.

Del otro lado del pueblo, Emma, acostumbrada a las inclemencias del mar, sufría de vómitos y mareos los cuales solo el amor podía

causar. Rechazaba con furia las conservas que le preparaban para el desayuno. El sudor diario dejó de tener como motivo el calor y pasó a ser provocado por la ansiedad de la ausencia de Agustín.

Mientras ellos dos gozaban de su sufrimiento, cada uno a su manera, Diego García y los agricultores habían llegado por fin a un acuerdo. Desde Madrid se envió una carta con sello real en la que se ordenaba ofrecer seguridad militar al poblado, así como advertir de la llegada del desarrollo desde el otro lado del océano. Poco importó a los pobladores de Torrelinda aquel ofrecimiento, sin embargo, se conformaron con los tres galeones de oro inca que fueron enviados desde el Virreinato del Perú.

Con la riqueza alcanzada, Agustín comenzó a impedir las calles que una vez habían sido de tierra. Los primeros edificios públicos fueron construidos al mismo tiempo que las plazas se llenaban de fuentes con las configuraciones más extravagantes. Agustín tomó el papel de sacar a su pueblo de la Edad Media que ignoraban que tenían y así lo hizo. El establecimiento de la biblioteca del pueblo fue sin duda el paso más grande que se dio en aquella época. Agustín, para iniciar, pudo conseguir las obras principales de Bartolomé de la Casas. Sentía gran admiración por el hombre que se levantó en contra de su propio reino en favor de los indígenas de América. Mientras conseguía más conocimiento milenario de otras culturas, repasaba una y otra vez con fervor el debate que el eclesiástico había ganado contra Juan Ginés de Sepúlveda décadas atrás.

Poco a poco, Agustín conseguía más conocimientos para los habitantes del futuro. Lo único que le faltaba a la biblioteca era un nombre oficial, pero Agustín ya lo poseía. Un temor extraño hacía que aún no pudiese inaugurar el establecimiento. Estaba seguro de que todos esos libros permitirían que Torrelinda pudiese prosperar, incluso cuando él no estuviera.

Después de aquel día, algo más que la curiosidad motivó a Emma a frecuentar la cantina. Había días en los que llegaba acompañada de Diego, sin embargo, utilizaba toda su astucia para cruzar miradas con Agustín, quien estaba siempre en el mismo lugar a la misma hora, sereno. Este fue el inicio de un amor que ni la vida misma pudo soportar. Lo que Emma no sabía era que Agustín sufría más de lo que su estoicismo lograba ocultar. Eran largas las noches en las que Agustín luchaba contra sí mismo. Por una parte, se veía inferior y excluido del círculo en el que estaba

Emma. Asumía que Diego había entrado primero al corazón de Emma, y eso le Arañaba el orgullo. Sentía impotencia al observar la seguridad y cercanía con la que el capitán español actuaba con la princesa.

Diego García fue enviado de emergencia al Virreinato de Nueva Granada por la exclusiva petición de las fuerzas armadas de aquella región. Las insurrecciones eran cada vez más frecuentes y las ansias de la emancipación comenzaban a tomar auge. Con la noticia, un alivio manso se apoderó de Agustín, sin embargo, no dejaba de pensar en la huella que dejaría la partida del capitán.

Mientras el pueblo se liberaba del aura grotesca, Agustín seguía con los avances en su sociedad. Junto a un grupo de hombres encontraron nacimientos de agua que yacían bajo el bosque de sicomoros. A menudo los pensamientos maliciosos se reventaban contra la mente de Agustín. Reflexionaba sobre los posibles nobles europeos que habían cortejado a Emma. Se decía, para sí mismo, que él no sería suficiente para lo que la princesa necesitaba, así como tampoco aquella fuente de agua lo sería para el futuro de Torrelinda.

Tras la partida de Diego, Emma quedó bajo el yelmo impuesto por un amante inseguro. Francisco Hernández era ahora el encargado de protegerla de los peligros del exterior. Nunca imaginó que la verdadera amenaza estaba más viva que nunca en el interior de la princesa. Mientras el soldado la resguardaba día y noche con el mismo recelo que el del prometido, ella, con su astucia de mujer, comenzaba a trazar el plan que la llevaría con Agustín.

Durante los primeros días, derramó un apócrifo llanto en honor a Diego. Por las noches, tomaba el retrato del capitán y le acariciaba el rostro con una ternura que a cualquiera le hubiese parecido real. Se aseguraba que Francisco estuviese presente cuando ella contemplaba con una tristeza aparente la armadura que Diego había dejado regada en los baúles.

Una mañana, mientras caminaba descalza en el patio del campamento, fingió torcerse el tobillo. Con gritos y maldiciones le indicó a Francisco que la llevara con el curandero del pueblo. Torrelinda era aún muy reciente como para contar con un charlatán que profesase conocer la solución a su dolor. El soldado, en medio de su ofuscación, buscó al único hombre que podría ofrecerle una solución. Llevó a Emma con Agustín, tal y como ella lo había planeado.

El contacto entre los dos resultó en algo que ambos ya esperaban. Cuando estuvieron solos, ninguno de los dos se atrevía a romper el silencio. Emma estaba atada por su timidez. Agustín cargaba con el yugo de una inseguridad de terror. Mientras le vendaba el pie sano, Agustín le contó a la princesa los avances que habían hecho en el pueblo. Le describió como él había cerrado el trato de las piñas. También le listó como poco a poco Torrelinda comenzaba a prosperar gracias a su visión de una sociedad funcional. Emma, asombrada de aquellas hazañas se preguntaba si después de todo Diego García estaba a la altura de Agustín.

Conforme pasaron los días, Emma frecuentó más la oficina de Agustín con la excusa de seguir con la recuperación de su pie. Durante las sesiones, Agustín le narraba de memoria los diálogos que tuvieron Diógenes de Sinope y Alejandro Magno en aquella legendaria conversación. Otros días, él le daba consejos para una vida menos miserable según los escritos de Séneca. Sin embargo, también ella le compartía los conocimientos que poseía. Con ademanes y risas exageradas, ofrecía una imitación de las cortes europeas. Dejó a Agustín desconcertado cuando le contó las excentricidades a las que recurrió Luis XVI de Francia con tal de preservar su poder.

El delicioso fluir intelectual provocó que ambos se enamoraran antes de que la razón lo notara. Emma veía con admiración lo que Agustín hacía por su pueblo. Agustín adoraba el espectro real que rodeaba a Emma. Él ignoraba que ametrallaba a la princesa con sentimientos que nunca había experimentado. Ella, sin saberlo, se encargaba de eliminar todas las inseguridades que él había acarreado desde sus tiempos en México. Con miradas tiernas y palabras rebosantes de dulzura, le repetía:

— Para mí, eres más que suficiente.

Después de pasados unos meses, ambos tuvieron que idear una forma para seguir viéndose sin despertar sospechas. Él invitaba a la corte de Emma a los actos públicos. Estuvieron juntos cuando se fundó la biblioteca sin nombre y también cuando la kusha comenzó a exportarse a los pueblos del sur. Agustín se ganaba cada vez más la confianza de los españoles, y los españoles lo respetaban cada vez más. No era raro ver a Agustín en el campamento de la princesa. Ella, por su parte, colaboraba creando estrategias para que los guardias los dejaran solos.

Fue durante una de esas noches en las que, sin aviso, Diego García regresó a Torrelinda tras lograr apaciguar las ansias de independencia en el sur. Encontró a Emma y a Agustín juntos. Ambos se estremecieron de miedo cuando vislumbraron la tenebrosa figura del capitán en las sombras de los mangales. Diego se percató que le habían quitado algo que nunca había sido suyo. Sin pensarlo, desafió a Agustín a un duelo por el honor de cada uno, pero, más que todo, por el corazón de Emma. El enfrentamiento se estableció para el día siguiente, que era jueves.

Durante la noche antes del duelo, Agustín, a sus 21 años, escribió en un texto las instrucciones que debía seguir el pueblo para culminar con su desarrollo. Se pasó la madrugada entera trazando el plan que haría próspero de una vez por todas a la sociedad que él tanto había cuidado. Agustín lo ignoraba, pero él ya había ganado el duelo: el corazón de Emma desde hacía meses que le pertenecía. Emma, por su parte, sufría los ataques de pánico que azotan antes de una catástrofe que ya se espera. Le suplicaba llorando a Diego García que perdonara a Agustín, y que se regresaran a España para concluir con el destino de ambos. El capitán no movió un ápice de su compostura.

A la mañana siguiente, los sollozos de los habitantes de Torrelinda rompían el silencio de la muerte. El duelo ilícito fue concretado en la plaza del pueblo. Tras alejarse unos pasos, por un lado, estaba Agustín, bajo el almendro, sosteniendo por primera vez en su vida un trabuco. Del otro lado, Diego García jugueteaba el arma con sus dedos. Ambos estaban de espaldas. Francisco Hernández sonó el silbato que dio inicio a la contienda. Diego García, con la ayuda de sus brazos, imprimió un impulso sobre su cadera que lo hizo girar más rápido que Agustín. El campo de visión del capitán se aclaró y disparó, tal y como lo había hecho cientos de veces. Agustín aún balanceaba el arma con ambas manos cuando por fin logró apuntar al objetivo. Al momento de jalar el gatillo, sintió como la bala traviesa de Diego le quemaba el corazón. Se desplomó en la tierra. El almendro sin sombra lo protegió de la ráfaga de viento que se originó cuando Emma emitió un grito mudo.

Diego García y sus soldados devolvieron el campamento a los baúles y se marcharon tras haber restablecido el honor del capitán. La princesa no se percató que parte de la venganza de Diego consistía en dejarla varada a ella y su majestuosidad en aquel país salvaje. El cuerpo de Agustín fue enterrado bajo el

almendro, sin saber que eso condenaría al árbol a una suerte trágica en el amor.

Emma, perturbada con la pérdida de su amado, se negaba a aceptar que se había ido. Se sentaba por horas en la oficina de Agustín con la esperanza de escucharlo una vez más. Con el paso de los meses, se alarmaba cuando creía olvidar cómo sonaba la voz de su difunto amante. Al igual que en el pasado, ella trató de buscar consuelo en el conocimiento y fue así como encontró la nota que Agustín dejó antes de morir.

Rompió en llanto cuando descubrió que el nombre de la biblioteca desde un inicio había sido Biblioteca de Emma. Estudió con ahínco las fórmulas que dejó Agustín para hacer que la tierra de Torrelinda fuese más fértil. Analizó a profundidad el mapa de túneles que Agustín había ideado para trasladar el agua desde el nacimiento hasta las casas del pueblo. Admiraba la valentía con la que Agustín, una noche antes de su muerte, había documentado todo lo necesario para que el pueblo no dependiera más del oro español.

Capítulo IV

Visita al cementerio

«*Someone's gotta tell me how to figure this out.*»

The Wrecks

El día en el que los bombardeos eran más intensos, Víctor decidió utilizar sus pasadizos secretos para recorrer el pueblo. Su limitado conocimiento sobre aquellos corredores subterráneos hacía que no pudiera ir muy lejos. Para aquel momento solo conocía la ruta hacia la biblioteca. Llegó muy temprano y decidió que aquel día no estudiaría. Caminó los alrededores del establecimiento y se dio cuenta que el cementerio del pueblo no parecía estar tan lejos.

Con mucha cautela, y escondiéndose tras los arbustos, llegó al enorme portón corinto del cementerio. Estaba abierto. Entró sin hacer ruido y buscó con la mirada a quien se le había adelantado en aquella visita. Era Valeria. Se acercó desde atrás y con una voz mansa le dijo:

— ¿Qué haces aquí?

Ella, un poco asustada, volteó y le regaló una sonrisa mientras recuperaba la compostura. Algo dentro de ambos les dijo que ese encuentro no podía haber sido casualidad. Valeria estaba de cara al sol. Este iluminaba sus ojos, y sus cabellos flotaban como si tuviesen vida propia.

— Vine a visitar a mi abuelo.

Los dos permanecieron en silencio mientras contemplaban la lápida de don Stacy Caballeros. Valeria no derramó ninguna lágrima. Le contó a Víctor que él había muerto durante la primera guerra por el amor. Ella, para sus adentros, maldecía la sonoridad de aquella palabra. Estaba aún muy lejos de conocer el verdadero significado. Víctor la escuchó con atención.

Siguieron caminando hacia donde Víctor los dirigía. Él estaba ahí para visitar a sus ancestros. La madre de Víctor le había

comentado alguna vez que sus antepasados habían sido de gran importancia para el pueblo, pero él no entendía las razones. Mientras avanzaban por el pasto perfectamente podado, hablaban de todo lo que se les ocurría. Valeria le compartió su especial temor por la muerte. Se hizo vulnerable al comentarle los ataques de pánico que sufría cuando pensaba en visitar a quienes estaban del otro lado. Él, por su parte, también expresó lo que sentía sobre esos temas lúgubres. Sin que se dieran cuenta, un puente de confianza con estribos de cristal se construía entre ellos.

Saltaban de un tema a otro. Valeria le hizo una recapitulación de cómo su familia se había hecho rica a base del tráfico de tulipanes. No sentía ningún remordimiento al aceptar que una gran parte de la tierra era infértil por la explotación de la misma. Víctor, impresionado en su interior, iba atando los hilos sobre ella y su origen. Valeria también le contó sobre su infancia y cómo había desarrollado atracción por ciertas cosas un poco extrañas.

Algo dentro de Víctor le mostraba siempre el lado negativo de las cosas, y aquella no era la excepción. Era cierto que una esperanza prematura crecía en él, pero se encargaba de aplastarla antes de que fuera fructífera. Un tenebroso presentimiento le decía que en lo que se estaba metiendo lo llevaría por mal camino. Le daba miedo encariñarse demasiado. Valeria, por otra parte, se sentía más libre que nunca. Encontraba en Víctor lo que tanto había buscado: confianza. Durante el recorrido por el cementerio, y sin esperarlo, Víctor supo que todo estaba perdido cuando comenzaron a hablar sobre lo que habían comido aquel día. No sabía exactamente lo que estaba pasando. Sentía que Valeria gustaba de él, pero esa sensación se confundía con una corriente de incertidumbre que aparecía inesperadamente en su mente.

El día comenzaba a caer y Víctor sentía que él y Valeria llevaban un año oscilando en aquella conversación eterna. Sin quererlo se aproximaron a la salida del cementerio. Ella estaba afónica de tanto hablar. Se despidieron y cada uno tomó su camino. Mientras avanzaba por la polvareda, Víctor sacaba sus conclusiones. Sabía que lo que había aprendido de Valeria esa tarde no era tan impresionante como aparentaba. Se estaba conformando con menos. Tenía la seguridad de que él podría exigirle más a la vida, pero no se atrevía a hacerlo.

Llegó a su hogar y encontró en su habitación algunos libros de química que había sacado de la biblioteca. Tomó sus notas y plasmó lo vivido ese día. Estaba narrando las sensaciones que tuvo con Valeria cuando un pensamiento abordó su mente. Se preguntó si tal vez el conocimiento del amor se encontraba en el material prestado. Comenzó a devorar los libros de química uno por uno. Estaba ansioso por encontrar respuestas sobre lo que estaba sintiendo por Valeria. Se sentía culpable al no poder explicar lo que le sucedía. Una parte de él le decía que desistiera en su empresa con ella, la otra le decía que luchara y que se arriesgara. Tomó la segunda opción. Tras muchas horas, por fin encontró la química del amor. Aprendió que todo aquello que le sucedía era causado inicialmente por un neurotransmisor. La irreverente dopamina hacía que se produjeran sensaciones extravagantes. Seguida de ella, comprendió que la norepinefrina se encargaba de tomar al individuo y de proporcionarle una cantidad peligrosa de adrenalina. Estaba por entender por fin el rol de la feniletilamina cuando sintió una decepción enorme. No podía asimilar que eso del amor fuese tan complicado. Se negaba a aceptar que aquello se extendiese a un nivel tan profundo. Terminó de desencantarse cuando leyó que las fórmulas del amor y del enamoramiento a menudo se confundían, y, sobre todo, que se agotaban. Le asqueaba la idea de que el amor tuviese un fin. Se rindió por fin en su jornada de descubrimiento y se entregó a la memoria. Inconscientemente recordaba lo que había vivido con Valeria, él no sabía que aquello se convertiría en una costumbre para poder soportar el tiempo en el que no estaba con ella.

El almendro

Segunda parte

«Y puede ser un error
Puede que caigan muertos los dos
Y vas a caer y va a doler
Pero ellos dicen que es mejor
Muertos que no juntos».

GUFI

Alberto Palala creció bajo el cuidado de una madre que aún no se había recuperado del asesinato de su amado. Heredó lo mejor de Emma y Agustín. El aura ceremoniosa de sus modales solo podía originarse de una crianza con costumbres centenarias. La pasión de su padre se veía reflejada en la curiosidad con la que afrontaba el mundo. La valentía de su madre tardó un poco en aparecer, pero reventó cuando a sus 21 años se envolvió en un amor de 1711 leguas de distancia.

Después de que su padre, Agustín Palala, fuese asesinado a manos de Diego García, el mando de Torrelinda cayó en diferentes manos. Todo fue un desastre. Los Peraltas creyeron que podían con la organización del pueblo, pero no contaron con que aquel lugar poseía una magia como ninguna otra en el mundo. Huyeron despavoridos dejando sus tierras atrás cuando se dieron cuenta que no poseían el conocimiento necesario para continuar con los planos que trazó Agustín antes de morir. Durante algunos intervalos, la princesa Emma fungió como gobernadora del pueblo. Se tenía la ciega esperanza de que Alberto Palala asumiría el poder, una vez alcanzada la mayoría de edad, y así lo hizo.

Alberto se informó por medio de navegantes desterrados de sus reinos que el eurocentrismo estaba cayendo con el paso de las décadas. Se divisó una oportunidad. Tomó el oro que había sobrado de la época de los asesinatos por amor y comenzó a comprar tierras pertenecientes a los terratenientes.

Tal y como lo había esperado, el tráfico de corbetas, con todo tipo de banderas izadas, comenzó a aparecer en el horizonte. Los viajeros indicaron que habían decidido migrar a América en

busca de los tesoros legendarios de los cuales habían escuchado hablar. Alberto, entonces, ofreció los terrenos adquiridos al triple de su precio. Se considera esta operación como la primera especulación inmobiliaria de la historia. Fue de esta forma como se fundaron pequeñas extensiones de los reinos de Francia, Portugal y Bélgica.

Tras semanas de mudanzas fúnebres, las corbetas dejaron de atracar en el puerto y la tranquilidad regresó al pueblo. Alberto estaba ayudando a descargar los últimos recuerdos de la familia Sueiro, la única que se mudó de España a América, cuando encontró una carta expósita en uno de los baúles. La carta había sido enviada desde Caldebarcos, La Coruña. El texto consistía en una serie de súplicas por piedad.

La carta estaba firmada por Helena Sueiro. Alberto se conmovió enormemente y preguntó con una curiosidad tierna sobre aquel evento. La familia recién instalada le contó que Helena, su hija mayor, había decidido quedarse en España con la esperanza de convertirse en una actriz destacada en el teatro. Ellos no aprobaban aquella decisión. Le habían insistido que dejara aquella idea y que, junto con el resto de sus hermanos, fuera a América en busca de riqueza. Helena, quien se había quedado sola en España, suplicaba por un poco de ayuda económica para sobrevivir, pero sus padres se negaban a enviarle más dinero. Alberto entregó la carta y ocultó el interés en la joven tras un manto de indiferencia.

Con los planos que su padre había dejado antes de morir, Alberto comenzó a construir los túneles que llevarían el agua del pueblo. Exigió a las familias recién llegadas un impuesto para hacer funcionar el sistema que había ideado. Sustituyó el trabajo de los aguateros con un complejo sistema hidráulico aún rudimentario para la época. Las maniobras tomaron meses en concretarse. Se tuvo que excavar bajo las calles principales del pueblo a modo de poder llevar agua a todos los hogares. Mientras Alberto se encargaba de mejorar su sociedad, no dejaba de pensar en aquella pobre mujer, la cual estaba a cientos de leguas de él.

Tras pensarlo demasiado, decidió escribir una carta de su propia mano a Helena. En aquel texto se presentó, le contó quién era, le describió con detalles exagerados cómo era Torrelinda y le preguntó por su estado. Helena, muchas semanas después, recibió la carta. Con asombro leyó aquellas líneas sinceras y se

sintió reconfortada por contar con un poco de empatía desde tan lejos. Respondió la carta narrando su situación, sus aspiraciones en el teatro y la peligrosa esperanza a la que se había aferrado.

La correspondencia entre ambos fue incesante. Alberto se sentía admirado por la determinación de Helena al poner en riesgo su propio bienestar por una causa sin aparente futuro. Helena, por su parte, agradecía recibir aquella compasión. Ella se sentía comprendida por Alberto; al final de cuentas, ambos estaban luchando su propia batalla.

Los meses pasaron y el tono de las cartas comenzó a cambiar. Los cumplidos tiernos y la confianza en las letras eran más evidentes. Los temas triviales se habían dejado atrás. Alberto generalmente le compartía a Helena su forma de ver la vida. Ella lo ponía al tanto de los acontecimientos de La Coruña. Los rollos de cartas eran cada vez más grandes. Helena se extendía de más al relatar cómo se sentía, lo que hacía en su día a día y a veces hasta se olvidaba de responder lo que Alberto le preguntaba.

Al igual que la confianza entre ambos escaló, una esperanza, aún más peligrosa que la de Helena comenzó a originarse en Alberto. Pensaba una y otra vez en aquellas cartas que había ido coleccionando con el tiempo. Circulaban las frases que le habían calado en el corazón. En pocos meses había repetido este acto más de 623 veces. Se sonrojaba y se imaginaba que todos los planes de los que habían hablado se cumplían. Vislumbraba un futuro en el que ambos rompían la barrera del lenguaje. A veces, sacaba de su baúl la cajita de madera que estaba bajo llave; en ella guardaba lo único que Helena le había dado: palabras.

Del otro lado del océano, Helena, de rizos cobrizos, estaba encantada con lo que había ido construyendo con Alberto. Sin embargo, su fervor era menor. Ella, al igual que Alberto, circulaba las frases que más le gustaban, no obstante, las intenciones no eran las mismas. Ella había repetido el acto solo en 17 ocasiones y era cuando algo la había hecho reír más de la cuenta.

La confianza siguió aumentando, al mismo tiempo que la confusión. Helena y Alberto eran cada vez más cercanos. Por ocasiones, uno ya sabía lo que el otro le había escrito. Podían adivinar las respuestas de cada uno. Sin embargo, Alberto notaba que algo dentro de él no estaba conforme.

Era evidente que él sentía la calidez de las palabras de Helena, pero este sentimiento nunca llegaba a su corazón. Dudaba de que las palabras de Helena estuvieran bañadas de amor, como sí lo estaban las de él. Por momentos estas inseguridades se calmaban cuando recibía algún afecto inesperado. Las cartas de Helena a veces estaban salpicadas de una dulzura repentina que él confundía con amor.

La situación se tornó insostenible cuando Alberto le escribió una carta enorme en la que le contaba que se había obsesionado con la biblioteca que su padre había fundado. Encontró, entre muchos libros, *El Quijote*. Lo devoró y, en la carta que escribió a Emma, hizo un análisis en el que traía a la realidad las enseñanzas que había aprendido. Le narraba las confusiones que Dulcinea del Toboso y que la princesa micomicona habían sufrido por culpa del desbalance de don Quijote. Con mucho entusiasmo envió la carta buscando despertar una discusión. La respuesta fue desconcertante.

Alberto recibió la carta de Helena días después. Leyó lo rutinario: las actividades de ella en el teatro, los espectáculos que había desempeñado frente a una cantidad ingente de personas, los vestidos que había comprado y cómo la comida de las cortes no era tan buena como parecía. Durante el resto de la carta Alberto no encontró ni una sola palabra que hiciera referencia a lo que él le había contado. Nada de don Quijote ni de Dulcinea y mucho de las reflexiones tan profundas y personales que él había hecho. Por si no lo hubiera lastimado lo suficiente, al final de la carta, lo torturó con el primer «te quiero» que ella le había escrito.

Emma, diestra en esto de los dolores del corazón, notó que su hijo estaba flotando en la viscosa sustancia de las incertidumbres del amor. Espiaba a Alberto en las noches y se daba cuenta que él leía una y otra vez aquellas palabras que parecían ser tan sinceras. Se daba cuenta cómo el humor de Alberto mejoraba cuando recibía una carta de Helena, pero que lo terminaba lastimando cuando concluía de leerla.

Alberto seguía siendo persistente ante aquel reto. Cada vez la antipatía de Helena era más evidente para todos, menos para ella, que no se daba cuenta que estaba matando a Alberto desde adentro. Las noches de Alberto eran las más largas. Se pasaba en vela preguntándose si Helena de verdad sentía ese «te quiero» que le había escrito. Se cuestionaba la forma en la que lo quería.

Se negaba a aceptar que tal nivel de confianza y de afecto no desembocara en algo que él se moría porque sucediese.

Con los días, la situación fue insostenible. Alberto no estaba tan atento como de costumbre. El proyecto de los acueductos se estancó por semanas. Alberto no encontraba la forma de atravesar una roca enorme que obstruía una de las calzadas principales. Emma sentía a su hijo como un espectro negativo. Los desvelos provocados por la incertidumbre lo detonaban desde los pensamientos. Alberto, al igual que su padre en su momento, entró a una espiral de la que no logró salir.

En su desesperación, Alberto recurrió a los amores baratos que estaban en las esquinas del pueblo. En aquellos lugares tenebrosos y aparentemente seguros conoció a Isabella. Un desorden de emociones les hizo creer a ambos que existía magia entre ellos. Fue durante una noche silenciosa en la que se entregaron a las pasiones que fungían como antídoto ante el desamor. Isabella quedó impresionada por Alberto. Durante meses creyó que lo que vivía era un enamoramiento real, pero solo eran los síntomas de algo cobrando vida dentro de ella. Mientras tanto, Helena seguía torturando a Alberto con cartas que llevaban un propósito que ni ella misma sabía cuál era. Le gustaba la fluidez que tenía con Alberto. Siempre encontraba en él las palabras correctas cuando las necesitaba. Sin embargo, no se daba cuenta que el constante desinterés lo estaba drenando. Alberto cesó de referir los acontecimientos de Torrelinda y adoptó una posición desesperada.

En cada amanecer, Alberto se preguntaba si aquel sería el día en el que Helena por fin mostraría interés en él. La rutina duró meses. Las palabras cada vez eran más, pero la comunicación no escalaba. El intenso interés de Alberto no lo estaba llevando a ninguna parte. Poco a poco él descendía un escalón más hacia el mismo destino que su padre. Un día de especial calor, Alberto, desesperado, se quedó sin nada más por dar. Se recostó a la sombra del almendro que estaba en el centro del pueblo y murió de un ataque de incertidumbre. Ni junto a la muerte pudo saber si las palabras de Helena eran sinceras. Nunca descifró lo que ella quería. En medio del aturdimiento de la muerte, se quedó aguardando por recibir lo mismo que él daba, y así murió, esperando algo que ni en esta vida ni en la otra podía llegar.

Del otro lado del atlántico, Helena se preguntaba por qué sus cartas no recibían respuestas. Al principio no se alarmó tanto, pero con el paso del tiempo enviaba hasta cinco cartas a Alberto. Nunca recibió nada desde Torrelinda. Pudo distraer su mente al conformarse con las alabanzas de los espectadores de sus obras. Recibía las adulaciones con los brazos abiertos. Era felicitada después de todas sus actuaciones. Su casa estaba atiborrada de regalos de los más caros y variados. Hasta los nobles la consideraban una actriz de talento inmenso. Después de los espectáculos, el silencio que reinaba en el teatro tras del criterio de sus fanáticos la espantaba. Por las noches, cuando colocaba la cabeza sobre la almohada, sentía como la soledad salía por debajo de su cama y la abrazaba hasta que se encontraba a sí misma llorando por no recibir interés verdadero. Le quemaba el pensamiento de no haber valorado a Alberto, pero trataba de llenar el vacío con el ego que le producían tantos cumplidos. Engañaba a todo el mundo, pero dentro de ella sabía que nunca encontraría a nadie con la personalidad o el humor de Alberto. Aceptaba que ninguno de sus lisonjeros poseía su razonamiento o sus formas de ver la vida. Ahora ella era quien se despertaba todos los días esperando recibir algo real.

Capítulo V

«*¿Será que no era igual para los dos?
¿Será que lo llamábamos distinto?».*

Leiva, Gaby Moreno

Durante las noches en las que los cañonazos sonaban más fuertes y las patrullas merodeaban con recelo todo el pueblo, Víctor y Valeria lograban coincidir. Víctor descubrió la verdadera longitud de las catacumbas que fueron usadas como refugio durante la primera guerra del amor. Durante semanas se tomó la tarea de cartografiar aquel laberinto que atravesaba el pueblo por los cuatro cuadrantes.

Víctor descubrió que en cada fuente del pueblo existía una compuerta sepultada por el tiempo que daba acceso a los pasadizos. Algunos días ingresaba cuando el sol lo saludaba desde el horizonte y salía cuando la luna aparecía para mostrar su espectáculo melancólico. Con el tiempo, Víctor fue familiarizándose más con todo el mundo que estaba bajo Torrelinda. En aquellas subterráneas callejitas, con la ayuda de una lámpara, él encontraba todo tipo de marcas pertenecientes a otra época. Gracias a su ingenio descubrió que un camino en específico lo llevaba a las puertas de la hacienda en donde Valeria vivía. Esto simplificó todo. En lugar de hacer todo el trayecto, el cual le tomaba horas dadas las complicaciones del terreno, encontró una forma más eficiente de llegar con Valeria sin ser descubierto.

Mientras Víctor hacía estos descubrimientos, Valeria, ignorante a los esfuerzos de él, trataba de llamar su atención por todas partes. Ella sabía que Víctor, durante las noches, se postraba bocarriba en el jardín de su casa. Él creía que había algo de fascinante en el manto oscuro que se adueñaba del cielo durante la noche. Con toda su astucia, ella asustaba a los mirlos que dormían en el árbol del jardín, porque sabía que Víctor conocería de dónde venía aquel alboroto. Otras noches, Valeria, en complicidad con las estrellas, hacía que estas brillaran más fuerte para que le recordaran a Víctor que a ella, por encima de todos los astros, le asustaban menos las estrellas. Víctor, ignorante a todas estas señales, seguía sumido en sus cavilaciones acerca de lo que le

restaba descubrir del mundo, pero sobre todo de él mismo. Aquel juego pernicioso se detuvo cuando Víctor, muchas semanas después del descubrimiento de las compuertas, por fin encontró el camino exacto que lo llevaba frente a la hacienda de la familia de Valeria.

Ambos lograron acordar que todas las noches conversarían separados por la muralla que cuidaba la casa. Existía un pequeño agujero en el muro lo suficientemente grande como para que los dos se lograran ver, pero no tocar. La primera noche de conversaciones nada salió como Víctor lo tenía planeado. Descubrió que había estado pensando tanto en Valeria, que ahora no sabía de qué hablarle. Ella tomó el mando. Sacaba a relucir todo tipo de temas a los cuales Víctor correspondía con respuestas extensas. Ambos se escuchaban mutuamente o eso creía él. Cuando se quedaban sin temas por conversar, Valeria empezaba a cuestionar las creencias de Víctor. Lo interrogaba por horas sobre su interés en la ciencia. Le preguntaba si las historias que rondaban sobre su familia eran ciertas o no. Víctor, al tanto de lo que le había sucedido a su linaje, confirmaba las sospechas.

Conforme fueron generando más confianza, Valeria se sintió con la autoridad de requerir a Víctor por más días. Lo llamaba en los momentos más inoportunos para que conversara con ella. De lo último de lo que se preocupaba era del tiempo de Víctor y de sus ocupaciones. Ella no tenía en mente que él estaba trabajando en el arma definitiva para ganar la guerra.

Los bombardeos se extendían por más horas en la tarde; esto obligó a Víctor a tomar medidas. Ahora debía de transportarse en los túneles a la luz de una vela. Cuando llegaba al muro de la hacienda de Valeria, debía tener cuidado de no llamar la atención con la iluminación. Aquello limitó las conversaciones. Por momentos, cuando ambos escuchaban pasos en la lejanía, apagaban la vela para no ser descubiertos. Los momentos de tensión fueron numerosos. Muchas veces Víctor corrió el riesgo de ser atrapado, pero su astucia le permitía actuar a tiempo.

Después de mucho tiempo de conversaciones infinitas, Valeria decidió dar un paso e invitar a Víctor a su casa junto a sus padres. El plan atemorizó a Víctor. Ella lo consoló con que también asistirían sus amigos de la academia de los tiempos del viejo mapuche. La cena quedó planificada para el viernes de la semana

entrante, mientras tanto, ambos seguían haciéndose vulnerables con palabras.

Algunos días, y cuando las atrocidades eran menores, los dos se permitían salir a explorar el pueblo. Entre sus caminatas encontraron lo que una vez fue el centro de Torrelinda. Un almendro enano decoraba la plaza principal. El deterioro de las casas circundantes evocaba una tristeza de otra época. Ambos descubrieron que, a la sombra de aquel almendro, podían encontrar refugio del sol abrasante que los quemaba al medio día.

Víctor nunca olvidaría el momento en el que, bajo el almendro, y después de un silencio que le pareció eterno, sintió como la mirada de Valeria lo recorría de arriba hacia abajo.

— ¿Qué estás haciendo? — le preguntó él.
— Tratando de que este momento sea eterno —respondió mientras sus ojos color caoba contaban los lunares de la cara de Víctor.

Víctor no supo qué hacer. Se quedó congelado, viendo al horizonte mientras disfrutaba cada instante de ese episodio mágico. Trataba de disimular el temblor de emoción que le invadía el cuerpo, pero más el corazón.

— Son nueve —afirmó Valeria.
— ¿Y los tuyos?
— Doce —dijo—. Te dejo besarlos a todos y cada uno de ellos cuando te plazca.

La conexión que el tiempo había formado entre Víctor y Valeria era impresionante. Tanto se llegaron a conocer que en varias ocasiones uno terminaba la oración que el otro había iniciado. Esto le molestaba especialmente a Valeria, pero Víctor, con tal de seguirle el juego, también le reprochaba lo sucedido.

— Te sugiero —le decía Víctor fingiendo un semblante serio— que te busques tu propia personalidad, no es tan difícil.
— A veces deberías de hacerle caso a tus propios consejos —le respondía ella muerta de risa.

Hasta los poco usuales silencios entre la conversación eran momentos que ambos disfrutaban. Víctor admiraba estupefacto el rostro de Valeria. Ella aprovechó uno de estos momentos y sin

la más mínima consideración por el corazón de Víctor y sin un poco de piedad lo destrozó con un repentino:

- Te quiero y te voy a querer toda la vida.
- Toda la vida es mucho tiempo —respondió él.
- Poco me parece si lo paso a tu lado.

Las noches de Víctor eran las más largas siempre. Acostado en su cama, giraba de un lado a otro al son del canto de los gecos que aparecían por arte de magia. Él no descansaba tratando de entender el malestar que sentía cuando no estaba con Valeria. Sus horas de sueño se diluían a través del cruel reloj de la habitación, mientras él luchaba con la ansiedad de acelerar el tiempo para poder ver a Valeria en la mañana. Este tipo de dolencias asaltaban a Víctor a cualquier hora del día. En los amaneceres en los que se despertaba a leer, miraba el cielo despejado y caliente, y se preguntaba si lo primero en lo que pensaba Valeria al despertar era en él... si la rutina de mañana de ella consistía en pensar una y otra vez en él.

Víctor también comenzó a tomar más confianza en la relación. A veces, era él quien iniciaba las conversaciones. Él ya conocía todas las respuestas a las preguntas que hacía, pero, aun así, se las planteaba a Valeria. Esto le servía de excusa para escucharla hablar por horas, mientras ella iba y venía por las tangentes de la conversación. Mientras esto pasaba, Valeria rogaba para que lo que estaba comenzando con Víctor no fuese como el resto de tormentos que su corazón le había hecho pasar. Ella tenía esperanzas en él.

Era por fin viernes y el menú de la noche eran tiras de carne de res sazonadas con ajo y especies provenientes de todo el valle de Almolonga, esto acompañado con un arroz blanco esponjoso y suelto que aún servido seguía saltando de un lado a otro. En otra bandeja, se encontraban las pulcras rodajas de pepino y al lado estaban sus semillas flotando en el jugo de estos. Los transparentes vasos de la cristalería permitían apreciar los trozos de piña que se encontraban en el refresco.

La velada marchó según lo esperado. Don Jorge se encargó de tratar temas sobre el desarrollo de la región, recientemente había regresado de visitar las granjas en Kentucky. Tenía algunas ideas para modernizar la agricultura y ganadería de Torrelinda. Por su parte, doña Camila se interesó más en Víctor. Le lanzaba

ráfagas de preguntas sobre lo que esperaba del futuro, y sobre su situación familiar. Víctor fue bastante diestro con las respuestas, ya que de su boca salía exactamente lo que doña Camila quería escuchar. Los amigos de Valeria, así como las criadas de la casa, estaban en su propia cena, abordaban temas sobre los últimos chismes del pueblo, principalmente se hablaba del regreso de Deyler Ruiz, y toda su aura arcana.

Mientras Víctor ofrecía un espectáculo de modales heredados, Valeria lo acechaba con la mirada. Él podía ver de reojo cómo Valeria lo incendiaba. No sabía cómo comportarse. Sentía un temor inexplicable que lo obligaba a eludir la seducción de Valeria.

Cuando terminó la cena, toda la familia de Valeria se retiró a sus habitaciones. Los amigos de Valeria comenzaron a conversar sobre los tulipanes congelados que estaban en la sala de la hacienda. Mientras describían los detalles de aquellas plantas, Valeria se acercaba más a Víctor. Con un tono juguetón le tomaba las manos y las envolvía en las suyas. Víctor, sin saber qué hacer, huía de aquella interacción. En vista de que Víctor no caía en sus provocaciones, Valeria le lanzó una mirada que él no supo interpretar. Ella lo volvió a atacar con el intento de darle un beso, pero Víctor se defendió colocando la mejilla. Aquello indignó de sobremanera a Valeria, pues nunca nadie le había rechazado un beso.

La velada continuó con juegos de dominó y la petanca que tomó lugar en el jardín. Por un momento, el recreo de Valeria pasó a segundo plano y Víctor se concentró en los demás. Tras varias horas jugando, decidieron regresar al comedor para tomar el postre que no habían comido antes. Se sentaron en torno a la mesa. Ellos dos estaban a la par. Valeria, de regreso a lo que había dejado pendiente, colocó su mano en la pierna de Víctor. Él sintió el calor de su palma. Comenzó a sentirse nervioso. Ella empezó a formar infinitos con sus dedos mientras Víctor perdía la cabeza. Estaba cayendo en su trampa y no se había dado cuenta. Ella trató otra vez de tomarle los dedos, pero él apartó sus manos. De la cólera, lo pateó justo en la espinilla por debajo de la mesa. Él emitió un quejido de dolor, al que Valeria correspondió con una sonrisa traviesa. La visita estaba por finalizar y Valeria aún no había conseguido su objetivo. Mientras todos salían de la casa, ella tomó a Víctor por el cuello de la camisa, y sin darle tiempo ni espacio, lo besó. El único rastro de aquel cataclismo fue la

chispa de las miradas cómplices entre Víctor y Valeria cuando terminaron el beso, y la silenciosa promesa de nunca hablar del tema otra vez, pero sí de repetirlo.

Capítulo VI

«*My hero, she's the last real dreamer I know
And I can tell you all about her.*»

Mayday Parade

Después del primer beso, la guerra pasó a segundo plano. Una tragedia nostálgica de otro tiempo se apoderó de Víctor. Cuando sus labios se desprendieron de los de Valeria, algo de él se quedó en ella. Sintió una felicidad a medias. Un temor impedía que su corazón latiera a velocidades peligrosas.

Sin embargo, aquel evento fue el catalizador de un ciclo intenso que se les escaparía de las manos a ambos. Aquella noche, después del beso, Víctor no pudo dormir, recordaba una y otra vez el momento que vivió con Valeria.

Nada más regresar a su casa, se colocó de bruces sobre su cama. Recreaba una y otra vez el beso. Una niebla aparecía en su memoria y a veces divagaba en eventos que no habían sucedido. Repetía los pasos que lo habían llevado a los labios de Valeria. Se preguntaba si había hecho bien las cosas o no. Después de muchas horas, decidió beberse un té para que lo ayudara a dormir. Fue inútil. Su mente le seguía disparando las imágenes que él había vivido. Recordaba que, antes de besar a Valeria, había visto como ella sonreía mientras se acercaba. Esa sonrisa. No podía dejar de pensar en ella. Él haría todo lo posible para tratar de obtenerla una vez más. Cuando el sol comenzó a salir, su mente le dio un descanso. Durmió pocas horas. Despertó casi al medio día, aturdido por el desvelo y por tantas emociones juntas. Buscaba dentro de sí alguna palabra para definir aquello que estaba sintiendo, pero no la encontraba.

Valeria, por otra parte, después del beso, ordenó el desastre que sus amigos habían dejado. Devolvió las sillas a su lugar y colocó otra vez el tulipán en su lugar. Apagó las luces de la sala y se dirigió a su habitación. Se acostó y antes de dormir se preguntó si había guardado las petacas o no.

Víctor se partía la cabeza tratando de explicarse a sí mismo lo que estaba sintiendo. Sabía que la respuesta tenía que ver

con sus sentimientos. Estaba decidido a encontrar el fondo de todo aquello. Recordó que había fallado en su investigación en la filosofía. Pensó que tal vez los números podían ayudarlo. Recurrió a las matemáticas. Trató de utilizar ecuaciones de otro tiempo para cuantificar lo que sentía. Se perdió en el torbellino de variables que aparecían en todo momento. No sabía darle un valor exacto a una mirada. Temía ensuciar las sensaciones de aquel beso con manchas abstractas. Uno de sus pocos avances fue catalogar lo que vivía como un amor asintótico. Él sabía que lo que vivía con Valeria se acercaba a algo que nunca tocaba, pero no sabía qué era eso. Algunos días en los que estaba más iluminado que otros, encontraba patrones que lo afectaban especialmente a él. Se percató que los latidos de su corazón se duplicaban cuando estaba con ella. Estudió a Valeria durante sus conversaciones nocturnas, pero le costaba demasiado encontrar tendencias en ella. Eso no era nuevo. Ella siempre había sido impredecible; eso era lo que le encantaba al final de cuentas.

Tras no encontrar respuestas contundentes, se dio por vencido con los números. Decidió que lo mejor era dejarse llevar por aquella fuerza extraña. Mientras tanto, las noches de conversaciones a través del muro de la hacienda se hicieron más frecuentes. En una oportunidad, Valeria propuso que quería jugar un juego que solamente ella practicaba. Le contó que a veces le prestaba un poco de brillo a las estrellas, y con eso interrumpía la tenebrosa oscuridad de la noche. Así comenzaron los dos a pintar en el trazo infinito del silencio nocturno. En algunas ocasiones trataban de adivinar lo que el otro había dibujado. Se morían de risa al confundir la silueta de un murciélagos con la de un león. Valeria se enojaba cuando Víctor no lograba acertar con la respuesta a tiempo y la incandescencia de la estrella desaparecía.

Un día, Valeria invitó de nuevo a Víctor a su casa. Quería mostrarle los trucos que su loro Lesonmuerto podía hacer. El ave provenía de los fríos bosques finlandeses. Impresionaba a todo el mundo al poder resistir el calor de Torrelinda. Víctor aceptó. Llegó por la tarde un jueves y estuvieron los dos conversando, pero ahora sin el muro que los dividía. Por esos días existía un cese al fuego por parte de ambos bandos. Víctor llegó con algunos caramelos que sabía que le gustaban a Valeria.

Pasaron toda la tarde contemplando la timidez con la que volaba Lesonmuerto. A veces se perdía en el follaje de los árboles, pero aparecía de nuevo dando vueltas reluciendo su pelaje color

ámbar. Mientras disfrutaban de aquel espectáculo, Valeria se acercaba más a Víctor. Entraron de nuevo en la casa y decidieron que era momento de tomar el almuerzo. Los padres de Valeria, contentos con la última visita de Víctor, lo recibieron con los brazos abiertos. Don Jorge Caballeros por fin había descubierto la fórmula para que todos sus animales parieran de diez en diez. Compartió este hito con su visita, quien disfrutó de aquella conversación. La madre de Valeria, una vez más, lo ametralló con preguntas que él nunca se había planteado. Durante el almuerzo, Lesonmuerto se tomó la tarea de molestar a Víctor. Pasaba volando y le quitaba la comida de su plato. Cuando regresaba planeando, con sus garras, trataba de arañarle la cara a Víctor, quien siempre encontraba una forma de sortearlo. Valeria comía en silencio. Se reía para sus adentros con la incomodidad que pasaba su invitado. Le desesperaba saber que tenía que comer más lento para equiparse al ritmo de Víctor.

Después del almuerzo, los padres abandonaron el comedor por asuntos de trabajo. Valeria y Víctor se quedaron solos otra vez. Él descubrió que en aquella casa tenían las placas y la cámara para tomar daguerrotipos. Se acercó para apreciar mejor los instrumentos cuando Valeria le propuso que los usaran. Los primeros eran retratos de ambos sonriendo. Él tuvo que permanecer estático por 23 segundos, mientras ella le daba un beso en la mejilla, el cual quedaría plasmado en otro lugar más que en la placa de cobre. Aquello se repitió muchas veces para la suerte de Víctor.

Estaba aún con los estragos del beso cuando ella decidió tomarle la mano. Tuvo que disimular la emoción, esto fue más difícil cuando Valeria, con el pulgar, comenzó a acariciarle el dedo índice. Víctor no podía más. Estaba teniendo su propio cataclismo de ternura. Una vez más sintió algo extraño en el corazón.

La noche llegó y él se tuvo que retirar antes de que los bombardeos continuaran. Se despidieron en la puerta de la hacienda. Víctor tenía la inocente esperanza de poder conseguir otro beso, pero no sucedió. Mientras regresaba caminando a su casa, se cuestionaba sobre la falta de valentía que sufrió. Él creía que podía haber hecho más. Consideraba que el viaje tan largo hasta la casa de ella había sido en vano. Se prometió a sí mismo que aquello nunca le pasaría otra vez.

El almendro

Tercera parte

«*Y si no me entiendes nada
Te lo digo en una frase
La repito y la repito:
Eras mi persona favorita.*»
Telediario Donoso

Francisco y Vinicio Palala fueron el fruto de un amor de consolación. Isabella Recinos tuvo a los hermanos algunos meses después de la muerte de Alberto. Emma, destrozada por el fallecimiento de su hijo, tuvo que hacerse cargo de los gemelos. Conforme los niños crecían, ella hacía todo lo que estaba en sus manos para mantenerlos alejados del amor. El linaje de la familia Palala había sido reducido por las inclemencias del corazón. Ella no permitiría que aquella tendencia continuara.

Los niños crecieron con el mismo destino que Alberto: el de seguir con el desarrollo de Torrelinda. Ambos hermanos se dieron cuenta que en las centellas que caían del cielo en los días de tormenta podía haber algo más. Se tomaron como tarea tratar de capturar a uno de aquellos aterradores rayos. En los inicios, trabajaron con el conocimiento que encontraron en la biblioteca de Emma. Descubrieron que Aristóteles fue uno de los primeros en abordar el tema. Él consideraba que los rayos eran el fuego expulsado por las tormentas. Con lo aprendido, los dos jóvenes se sentaban en lo alto del Faro de Anaxágoras para tratar de adivinar el lugar exacto al que irían a reventar las flamas del cielo. Durante las épocas de lluvia, se rompían la cabeza al no encontrar ningún patrón que seguir.

Los meses pasaron y no lograban ningún avance. El miedo se apoderó de ellos cuando el único almendro del pueblo se incendió a causa de un rayo perdido. Aquel evento fue de mal augurio para Emma, quien comenzaba a considerar que el viejo almendro era de mala suerte. Otro día más tenebroso, uno de los franceses establecidos en la nueva Biarritz resultó chamuscado cuando un rayo aterrizó en el marco de la ventana de su habitación. Cada vez fueron más frecuentes los accidentes cerca de este tipo de

ventanas. Los hermanos creyeron que habían encontrado por fin la respuesta. Desbarataron todos los marcos de las ventanas y armaron una estructura de varios metros de altura hecha solamente de hierro. No sabían que, al norte de Torrelinda, otro genio curioso utilizaba la misma técnica con el mismo propósito. Los resultados fueron semejantes. A aquella creación iban a parar todas las descargas que Dios emitía sobre la tierra.

Tras realizar varias veces el experimento, se percataron que el armatoste emitía un chirrido espeluznante que movía la estructura hasta casi derrumbarla. Se dieron cuenta que allí había energía. El ingenio de ambos logró que se solucionara de una vez por todas el problema del agua. Trazaron planos en los que colocaban un torno en lo alto del nacimiento de agua que había sido descubierto décadas atrás. Con la fuerza del rayo, pretendían que el proceso de extracción de agua fuese mecanizado. Querían aprovechar que los acueductos aún estaban en buen estado y trazaron un sistema de tuberías de bambú que transportarían el agua hasta el pueblo. De este modo fue como los pasadizos que una vez construyó Alberto quedaron desiertos y pasaron a ser parte de una estructura más compleja. Mientras todo esto sucedía y los jóvenes crecían, el corazón de cada uno, aún inocente, comenzaba a fulgurar.

Francisco se interesó por Daniela. Ella era hija de uno de los emigrantes portugueses que arribaron junto con todo su reino. Asistía a la prestigiosa academia que los europeos fundaron nada más llegar. Se conocieron cuando el padre de Daniela se interesó por el mecanismo que estaba moviendo el torno en Torrelinda. Don Luis quería utilizar aquella misma tecnología para extraer los minerales del suelo del pueblo.

Mientras tanto, Francisco pasó muchas tardes mostrándole cómo funcionaba aquel mecanismo a la señorita. Daniela quedaba maravillada con la brillantez del joven. Buscaba siempre excusas para acompañar a su padre en aquellas reuniones en las que todos fingían entender lo que Francisco les explicaba. Con el tiempo, los dos se hicieron más cercanos. Daniela lo buscaba para preguntarle cosas de esta vida y de la otra. En una de aquellas conversaciones, Francisco le contó la suerte que su linaje había corrido por el amor. Le narró las trágicas aventuras de Agustín y Alberto Palala. Cometió el error de mostrarle su temor sobre el amor. Daniela, por su parte, le hablaba sobre su rutina en la academia. Le decía cuán impresionada estaba de él y de su

curiosidad por el mundo. A Francisco lo atrapó la autenticidad que parecían tener aquellas palabras. A Daniela la cautivó el éxtasis que le provocaba interactuar con otra mente.

Mientras Francisco y Daniela cultivaban su amor, Emma y Vinicio veían con recelo aquel evento. Vinicio estaba convencido de que el amor solo traía cosas malas. Emma, temiendo lo que podía acontecer, decidió tomar una decisión mortal. Ella tenía el conocimiento de que los indios de las Antillas estaban causando estragos por todo El Caribe. A ella llegó el rumor de que se estaban llevando lo más valioso de cada pueblo. En Martinica, por ejemplo, le habían arrebatado a la población la capacidad de olvidar. Esto desencadenó que los recuerdos que destruirían por dentro condenaran a una sociedad entera. En Cayo Guillermo, mientras todos dormían, se llevaron el tiempo. Cuando los habitantes despertaron, estaban flotando en efluvios de incertidumbre. Perdieron la cabeza al no saber la hora para comer. Catástrofes del futuro se hicieron presentes y la nostalgia del pasado se encargó de asesinar a todo el mundo. No había duda, aquella era la única solución.

La sabiduría de Emma permitió que pudiera contactar a aquella tribu de salvajes. Les ofreció las riquezas que estaban escondidas bajo el mar, pero la rechazaron. Trató de regalar la esperanza por un mejor futuro, pero también la rechazaron. El líder de aquel clan le pidió lo que era más valioso para ella: el recuerdo de Agustín. Habían pasado décadas y ella había guardado con locura aquella posesión. La ocultó del tiempo en su memoria. La resguardó de la razón en su corazón. La nutrió y crió de una falsa felicidad que se había quedado en el pasado, pero nunca se planteó olvidar a Agustín Palala. La situación se hacia más complicada, ahora era Vinicio quien presentaba también los síntomas del amor.

Vinicio Palala y Andrea Barahona se conocieron por accidente. Entre el grupo de amigos de Vinicio siempre se discutía el rumor del amor de Andrea por Damián. Siempre se le veía a ella haciendo lo imposible por su amado, pero él no mostraba ningún signo de interés. Después de saltar y rebotar en algunos amores fugaces, Andrea se fijó en Vinicio. Se enteró de su existencia cuando se dio cuenta que ya no caían rayos en el pueblo, pues a ella le asustaban aquellas centellas divinas. Preguntó por todas partes y le contestaron que Vinicio era el responsable de ese fenómeno. En un día de tormenta, se acercó al armastoste en el que trabajaba Vinicio y lo comenzó a interrogar. Ella comentó

su temor a los rayos. Él, muy tierno y paciente, le comentó que aquello que tanto le aterraba ahora ayudaba al pueblo. Ella le respondió que temía a las llamas del cielo porque pensaba que alguien estaba sufriendo mientras ellos reventaban en el suelo. Él le contestó lo siguiente:

— Un rayo nunca ha matado a quien no lo ha pedido.

Aquella descarga de ironía la estremeció. Tras finalizar la conversación se sintió tentada a pedir que le cayera uno, pero no quiso desafiar a su suerte. Se retiró pensando en que quizá Vinicio era el indicado. Después de aquella tarde, lo frecuentó más de lo que ella hubiera querido. Vinicio, ajeno a todas sus maniobras, seguía concentrado en su invento. Poco a poco, el trueno de las palabras de Andrea resonaba cada vez más en su mente. El relámpago de sus ojos que tanta atención le prestaban se hacía presente en todo momento. Vinicio tuvo la sospecha de que tal vez aquello era amor.

Mientras Vinicio se volvía un experto en dudar, Emma, por el bien de su linaje, decidió sacrificar lo que tanto había cuidado. Por la madrugada, y viendo hacia el almendro, tomó el recuerdo de Agustín y lo arrancó de su corazón y de su mente. Lo encerró en una jaula para que no la atormentara en las noches y esperó hasta que llegaron por él.

Solo un par de días después, las tribus de las Antillas se hicieron presentes en Torrelinda. Vinicio y Francisco aún no habían domado a los rayos cuando la guerra comenzó. El ataque fue silencioso. El aire del pueblo se enrareció con la humedad de la indiferencia. Los ritos vudús comenzaron desde las canoas que atracaron en el puerto. Un día, al amanecer, Daniela y Andrea dejaron de sentir. Algo dentro de Vinicio y Francisco se rehusaba a ceder. Las cosas comenzaron a cambiar. Daniela ya no tenía el mismo interés en la razón de Francisco. Andrea tampoco buscaba encontrar más respuestas del rayo. Los hermanos lo notaron.

Mientras un terror manso se apoderaba de Torrelinda, la falta de amor se hizo notar. Las consecuencias del pacto que hizo Emma con aquellos bárbaros fueron más allá de lo que podía predecir. Los días pasaban y el pueblo perdía su brillo. Notaron que las dos jóvenes que tanto querían ahora eran indiferentes.

Emma, por su parte, también sufría su propio tormento. Lo único que la mantenía viva ahora se había ido. La esperanza de que sus nietos no sufrieran de las inclemencias del amor apaciguaba un poco su dolor. Ella no sabía que lo que había causado sería contraproducente. Notó que Vinicio y Francisco caían a un abismo parecido al suyo. Les preguntó por las razones de su humor lúgubre. Respondieron que Andrea y Daniela no parecían las mismas. Estaban en esas reflexiones cuando escucharon unas detonaciones de otro mundo. Los caribes habían comenzado la invasión.

Los gritos comenzaron a rebotar por todo el pueblo. Emma ordenó que todos se refugiaran en los túneles que habían sido utilizados para trasladar el agua. Los habitantes obedecieron mientras los antillanos destruían todo en la superficie. Aquello duró semanas. Para no volverse locos, los hermanos continuaron sus investigaciones sobre los rayos, pero algo en ellos no estaba bien. Después de mucho esfuerzo, por fin encontraron la forma para concentrar y absorber en un solo punto la descarga eléctrica que era producida por la colisión del aire de las nubes. No sabían que ese conocimiento sería el responsable de que la electricidad llegara a Torrelinda.

Vinicio, por el aburrimiento, comenzó a relacionarse más con los habitantes del pueblo. Conversó y conoció a todos. A los amigos de Andrea les preguntó por las posibles causas del cambio en su comportamiento. Ellos tampoco pudieron responder a esas interrogantes. Le dijeron que ella era una mujer bastante estable. Le narraron cómo habían sido sus relaciones pasadas. El corazón de Vinicio se estremecía al conocer los detalles que ella había tenido con otros hombres, pero no con él. Pensaba que tal vez esa era la clave. Ella no gustaba del todo de él. Las ligeras esperanzas que aún sostenía se comenzaron a derrumbar. Imaginaba lo dulce que había sido Andrea con aquellos a quienes había amado de verdad. La vida lo privaba de experimentar las delicias de esa suerte caprichosa.

Emma, atenta a los acontecimientos, notaba como Vinicio se encaminaba por la ruta que ella ya conocía de memoria. En un arrebato de desesperación decidió que registraría todas las calamidades que ella y el pueblo habían sufrido por causa del amor. Durante aquel confinamiento aprovechó el tiempo para ejecutar su proyecto. La niebla del olvido limitaba sus recuerdos sobre Agustín Palala, pero consiguió rescatar lo poco que quedaba de

él en ella. Luego plasmó lo que su hijo Alberto vivió. De primera mano detalló con una exactitud impresionante las inclemencias que sufrió su hijo. Derramó algunas lágrimas mientras recordaba el día en el que encontró su cadáver bajo el almendro. Estaba redactando lo que estaba viviendo en aquel cautiverio cuando una noticia la desmoronó: Vinicio había fallecido.

Los pobladores le dijeron que desobedeció las órdenes de permanecer oculto en los pasadizos de agua. En medio de su decepción había decidido salir al pueblo. Se perdió en los pensamientos que tenía sobre Andrea y llegó hasta el almendro. Dio el último paso que le faltaba para descender hasta la locura y su mente no lo soportó. Imaginaba escenarios en los que Andrea y él permanecían juntos para toda la vida. Lo torturaba saber que nunca podría gozar del amor tierno de ella. Estaba al tanto que nada en el mundo podría hacer que ella cambiase de opinión. Solo le quedaba resignarse y aceptar su realidad. Tras estar varias horas delirando, se tiró bajo el almendro y falleció. Falleció de impotencia al saber que nunca podría poseer el corazón de Andrea.

La muerte de Vinicio dinamitó a Emma y a su hermano Francisco. Las cosas no paraban de empeorar. Por encima de todo, Francisco seguía sin descifrar lo que le pasaba a Daniela. Le habían llegado algunos rumores sobre ella. Según los vecinos, la habían visto junto a uno de los soldados del pueblo. Una certidumbre demoledora se apoderó de Francisco. Cada rumor lo despedazaba un poco más. En su soledad se engañaba a sí mismo sobre Daniela. Sabía que ella era una mujer diferente. Estaba por convencerse de su mentira cuando el destinó le demostró lo contrario.

Francisco se había unido a la armada del pueblo de forma obligatoria. Con frecuencia lo enviaban a vigilar los puestos que habían conseguido arrebatar a los invasores. Tenía siempre la mala suerte de terminar en la plaza del pueblo. Cada vez que veía hacia el almendro un escalofrío lo atacaba: la muerte de su hermano era aún muy reciente. Trataba de alejarse lo más que podía de aquel peligroso árbol. Una noche de especial oscuridad notó que voces salían del centro del lugar. Cargó su fusil y se acercó cautelosamente con el objetivo de matar. A medida que se aproximaba podía distinguir mejor la conversación. Se paralizó. Daniela y el mayor Gustavo Márquez se dejaron ver tras el follaje del almendro. La bala se disparó directamente al corazón de Francisco. Comenzó a desangrarse mientras los dos huían. El

charco de sangre se hacía más grande. Su miseria también. La confirmación de su sospecha era lo único que le dolía en aquel momento. Al final de cuentas ella no era diferente. Francisco murió sin saber que en el interior de Daniela la vida comenzaba a florecer.

Emma no soportó este último golpe. Con sus últimas fuerzas concluyó el relato sobre el linaje de los Palala y sus demonios con el amor. Alojó aquel libro en la biblioteca que Agustín había construido en su honor. El tiempo le hizo saber que Daniela sería la encargada de engendrar a su único bisnieto. En su carta póstuma rogó que el nombre de aquel niño fuese Víctor. Después de su muerte, don Corvis Restrepo asumió el mando de Torrelinda. Todos los habitantes del pueblo decidieron que Emma de Brabante fuese sepultada bajo el almendro, en donde también yacía su marido, quien la había estado esperando desde hacía mucho tiempo. Fue así como el destino de la estirpe de los Palala recayó sobre Víctor, pero también lo hicieron sus maldiciones.

Capítulo VII Deyler

«If it was my last day on Earth
If it was my last day
If I close my eyes
And the sun don't rise
Will I be okay?».

Tai Verdes

Deyler Ruiz veía dentro de sí mismo mientras estaba recostado sobre el barandal del bulk carrier que tenía como destino Torrelinda. Habían pasado décadas desde que su madre, doña Clara de Ruiz, lo había evacuado del pueblo. Fue el único sobreviviente de la primera guerra del amor. Mientras sucedía de todo en Torrelinda, él viajaba por el mundo con la esperanza de algún día regresar para encontrarse con la sociedad que había dejado atrás. El momento por fin había llegado. En Maderia se encontró con el sabio mapuche que había educado a Víctor y a sus amigos. El viejo le contó que los caribes habían regresado a atacar, y que todo estaba peor. Deyler decidió que tal vez él podría ayudar durante esa crisis. Emprendió el regreso a Torrelinda. Sabía que todo giraba alrededor del amor, pero ¿qué era el amor?

El primer recuerdo que tenía de aquella palabra se remontaba a cuando era muy niño. Por las calles escuchaba que el amor había sido el responsable de extinguir el linaje de los Palala. Las historias sobre las atrocidades que causó siglos atrás lo desconcertaban. Y ese fue el conocimiento con el que él partió de Torrelinda. El primer lugar al que llegó fue Barranquilla. Ahí le dijeron que el amor era complicado de encontrar, pero a veces se aparecía por las noches. Deyler comprobó esto cuando se paseó por el pueblo y observó que en medio de la penumbra los amantes secretos se fusionaban. En Santiago recibió otra respuesta. Los locales le comentaron que el amor llegaba después de pasar por mil y un camas. Trató de hacerlo, pero tras semanas de espera nunca lo recibió.

Decidió abandonar América y cruzar el Atlántico. En Barcelona le dijeron que el amor era un verbo. Casi enloqueció al no

comprender cómo ejecutarlo. Se marchó de esa ciudad sin saber cómo practicar el amor correctamente. En París descubrió que el amor era una sensación. La buscó por todas partes, pero tampoco la encontró. Creyó haber sido exitoso cuando se perdió en el laberinto de unos ojos que no eran solo para él. Continuó su camino por Europa, pero no llegaba a ninguna conclusión sobre el amor. Estaba extraviado en todos los sentidos posibles. Siguió en su vuelta al mundo y en cada país que pisó aprendió algo nuevo sobre aquello que no comprendía. Fue así como regresó a Torrelinda conociendo al amor de memoria, pero sin entenderlo.

Mientras la nave se deslizaba sobre el océano, él imaginaba como sería el pueblo que había abandonado. Pensaba recurrentemente en aquella francesa hipnotizante que le enseñó lo que era un corazón. Llevaba el rostro de esa mujer aún en sus pilas y su nombre en los labios: Auréline. Se encontraba recordando el primer encuentro que tuvieron cuando en la lejanía divisó a Torrelinda. El Faro de Anaxágoras le dio la bienvenida. El barco tuvo que rodear la costa porque los caribes tenían sus enormes galeones obstruyendo el puerto.

Ingresó caminando a Torrelinda cuando los bombardeos cedieron un poco. Decidió que habitaría la casa en la que había vivido con sus padres. Se sorprendió al ver que los túneles que habían servido como refugio para la primera guerra del amor estaban tapiados. Llegó a su antiguo hogar y sintió cómo el vaho de la nostalgia de su infancia lo inundaba. Comenzó a limpiar la casita por el tejado. Removió las ramas y hojas secas que el tiempo había ido acumulando. Con una escoba revolvió las telarañas inmensas. Estaba en estas labores cuando Víctor tocó el portón de la casa.

Ambos entablaron una conversación. Deyler le preguntó sobre cómo se había enterado de su regreso. Víctor le narró que desde hace semanas corría el rumor en el pueblo de que él estaría de vuelta. Fueron los ancianos quienes se encargaron de preservar la memoria del hijo de Clara de Ruiz. Víctor, adicto al conocimiento, atiborró a Deyler con preguntas sobre todos los temas del mundo. No sabía cómo abordar aquello que a ambos les fascinaba: el amor. Conversaron por horas hasta que Víctor, con cierta timidez, trató de ahondar en la primera guerra del amor. Deyler le contó que sabía tan poco como él, que sus únicos recuerdos eran los que había formado cuando el barco partió de Torrelinda. Le compartió todo lo que había hecho para tratar de comprender

el amor. Enumeró las distintas interpretaciones que el mundo daba a aquello que estaba ausente en el pueblo. Le dijo que en la mayoría de ocasiones el amor era algo impresionante. Él mismo había sido testigo de los eventos más sorprendentes. Le dijo que el amor era lo que sostenía al mundo. Con tristeza finalizó diciéndole que los caribes habían condenado a la perdición a Torrelinda al llevárselo décadas atrás.

Víctor lo escuchó con atención, pero en el fondo era más de lo mismo. Estaba cansado de no encontrar respuestas concretas. El recién llegado notó la desilusión en los ojos del invitado. Cuando estaba por terminar su relato, le dijo que en un pueblito de Subótica escuchó la historia del insecto que pica en el corazón cuando dos personas están enamoradas. En su momento, Deyler no fue tan receptivo con esta leyenda, pero el recuerdo quedó en él. Le contó todo lo que pudo. Le dijo que los efectos de la picadura de aquel insecto podían llegar a ser mortales. En la ciudad de esa historia aprendió que muchas princesas habían fallecido a causa de los síntomas tan salvajes que se presentaban. Víctor se aferró a esa respuesta.

Mientras continuaban conversando, Deyler sacó una botella de ron de uno de sus baúles. Tomó el primer trago y de nuevo sintió el ardor que la francesa le había provocado. Habían pasado años y él no la podía olvidar. Le ofreció un trago a Víctor, él lo rechazó. Defendía con todo su ser que el licor de alguna forma empeoraría lo que sentía su corazón. Deyler sonrió, sabía que estaba en lo correcto. Víctor terminó de poner al día al viajero con las últimas noticias sobre la guerra. Cuando ambos se despidieron, Victor partió con la idea de que aquello que existía entre Valeria y él era causado por ese legendario insecto.

Capítulo VIII

El insecto

*«Oh, baby, it don't even matter
I'll never be your main character
I'll never be in the stories you tell
When you're drunk with your friends
I know how this ends
And I'll never be your main character».*

Zach Hood

Después de aquella visita, algo comenzó a cobrar vida en Víctor. Ciertamente la explicación de Deyler tenía sentido. Le parecía muy tonto no haberse dado cuenta de eso antes. De regreso a su casa decidió que visitaría la parte antigua del pueblo. Esta vez, a diferencia de la última ocasión, no prestó atención a lo que el lugar quería transmitirle. Estaba ensimismado en sus cavilaciones. El calor aún era intenso por lo que decidió recuperarse bajo el viejo almendro de la plaza central. Conforme se iba acercando, un presentimiento negativo se apoderó de él. Sintió cómo debajo de la tierra algo tenebroso lo llamaba. Estaba a punto de entregarse a esa fuerza cuando recordó que tenía que seguir estudiando lo que Deyler le había trasladado.

Seguía caminando cuando tomó un lápiz y un papel y comenzó a enumerar los síntomas que sufría cuando estaba con Valeria. Como primer punto anotó que las palmas de sus manos presentaban una transpiración inusual. Sabía que el intenso insomnio que sufría al pensar en Valeria solo lo podía causar el corazón. También escribió que algo dentro de su mente explotaba cada vez que ella le regalaba su perfil. Recordó los temblores en sus extremidades cuando lo besó por primera vez. Entendió por fin que el pensar tanto en ella era la consecuencia de la picadura de un insecto cruel y travieso. Sin darse cuenta, ya estaba en la plaza.

Tras reflexionar, se sentó bajo el almendro, relajó la mirada y confirmó que el nombre del insecto que le picaba en el corazón cuando estaba con Valeria era «amor». Por fin lo había encontrado. Su mente tuvo paz al por fin resolver aquel enigma.

Le pareció sorprendente que ninguna de las ciencias que estudió haya estado en lo correcto. Se sintió un poco desconcertado al pensar que el conocimiento de la tierra no había podido explicar lo que sentía. Tal vez el amor era algo que no le pertenecía a nadie. Lo único que lo atormentaba ahora era la incertidumbre de si ella sufría los mismos síntomas o no.

Regresó a su casa con la esperanza de confirmar al día siguiente lo que tanto anhelaba. Mientras caminaba por los túneles, notó algunas cosas nuevas. Observó que en las paredes ahora había símbolos de peces dibujados al revés. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo cuando un grupo de tulipanes saludables y coloridos se le atravesaron en medio de aquellas catacumbas. Quizá el amor también había cambiado algo en Torrelinda. Recuperó la calma y siguió en sus andaduras. No podía dejar de pensar en ella. Seguía conectando los puntos. Ahora cobraba sentido que cada vez que estaba con Valeria sentía algo extraño en el corazón. Era el insecto picándole. Una última duda lo seguía atormentando. Si el amor era tan bueno como Deyler lo había descrito, ¿por qué seguía sintiendo un temor inexplicable?

Capítulo IX

«*Things are better if I stay*».
My Chemical Romance

Víctor se propuso que descubriría la verdad. Valeria, sin saberlo, le dijo a Víctor que salieran a comer bajo la protección de las palmeras de la calzada principal. Víctor accedió. Ambos armaron una canasta en la que colocaron los mejores platos de sus hogares. Existía un común denominador: había mariscos por todas partes. Víctor utilizó los túneles para llegar a la casa de Valeria, y los usó para el regreso. Era la primera vez que ella conocía aquellos pasadizos. Mientras daban vueltas en aquel laberinto, ambos charlaban sobre lo que les había pasado en la semana.

Víctor comenzó la conversación contándole lo que había hablado con Deyler Ruiz. Le contó las historias que más le habían impresionado. Ella lo escuchaba atentamente. Víctor fingía mantener la compostura mientras ella, en la penumbra, lo fusilaba con su mirada. Valeria también reflexionó profundamente sobre las enseñanzas del recién llegado. Víctor concluyó la historia y Valeria, con un poco de pena, le hizo saber las incomodidades que había sufrido. Le dijo que, todos los días a la misma hora, un coco con una nota llena de sentimiento aparecía en su jardín. Ella tenía un admirador secreto. Se reía mientras puntualizaba que a veces también aparecían cajas con regalos de todos los colores en su interior. En lugar de tirarlos, ella los conservaba. Víctor no supo qué hacer. No esperaba encontrarse contra aquel obstáculo, al final de cuentas, ¿qué se supone que debía sentir?

Siguió atento a las palabras de Valeria. Un silencio extraño reinó los primeros segundos después de que ella finalizara de hablar. Ninguno de los dos supo qué hacer. Ella pensaba en lo inesperado de contar con otro pretendiente. Él trataba de apagar el incendio que estaba en su interior. Hasta aquel momento Víctor pensó que era el único en el corazón de Valeria. Llegaron a una de las salidas de los túneles y el sol los recibió con su ardiente saludo. El silencio permanecía. Ella trató de romper aquella barrera con un comentario sobre la comida del día. Era ya muy tarde. Víctor estaba dudando como nunca lo había hecho. Algo dentro de él

le dijo que ese acontecimiento era el final de algo que no había comenzado bien. Aparentó su cataclismo de la mejor forma que pudo. Valeria notó la extrañeza de su semblante. Volvió a la carga. Tomó una moneda perdida que se encontraba en el fondo de su canasta y le propuso a Víctor que jugaran cara o cruz. Esto hizo que él despertara del letargo. Aceptó. Valeria le dijo que, si caía cara, ella se comería todos los camarones y que, si caía cruz, él podía tomar aquel privilegio. Cayó cara. Ella ganó el primer encuentro.

Siguieron con el juego durante algunos minutos. En cada ronda cambiaban la apuesta. Víctor sonreía un poco más. Tras ganar y perder, descubrió que cada vez que caía cruz él resultaba victorioso. Estaban por el sexto turno cuando ella le hizo la propuesta más atrevida:

— Si cae cruz, hacemos que lo nuestro sea eterno.

Víctor no tuvo que preguntar qué pasaría si caía la cara. Valeria le dio la moneda para que él hiciera aquel tiro cargado de calamidad. Tomó el pedazo de metal por primera vez. De repente un recuerdo lo golpeó. El rostro del sabio mapuche lo alcanzó. Se preguntó si aquello que estaba en su posesión podía ser la moneda de la que había escuchado hablar meses atrás. No tuvo más tiempo de pensar porque Valeria lo apresuró. Víctor arrojó el objeto al aire. Mientras la pieza giraba, él pensaba en las consecuencias de lo que podía conllevar el resultado final. Sabía que, si caía cruz, la incertidumbre de la que había sido víctima le duraría hasta su último respiro. Por el contrario, si caía la cara, Valeria partiría. El patrón se repetía una vez más. Seguía evaluando las posibilidades cuando la moneda aterrizó en el suelo: había caído cruz.

Ella lo abrazó por el cuello mientras le llenaba las mejillas de besos. Le juró al sol de las tres de la tarde su fidelidad por toda la vida. Él no supo qué hacer. Estaba estático recibiendo lo que aparentemente había estado deseando por tanto tiempo, ¿por qué no se sentía del todo bien?

Después de las dudas, Víctor comenzó a sentir más seguridad. Notó que las palabras de Valeria eran honestas, pero no dejaba de pensar en lo que ella le había contado al principio. Sabía que la caída sería dura, pero no tuvo en cuenta que caer desde una ilusión podía ser mortal. En la euforia de aquel momento, ambos se dijeron al mismo tiempo:

— Te quiero.

Tras la efervescencia inicial, Valeria le confesó todo lo que pensaba de Víctor. Le dijo que Lesonmuerto junto con él le habían salvado la vida en medio del tormento de la guerra. Le rogó que nunca le faltara. Víctor estaba atónito. La esperanza de que el insecto también hubiese picado a Valeria se estaba materializando.

Ambos continuaron con el plan y tuvieron un tierno almuerzo. Víctor seguía sin poder creer lo que estaba viviendo. El insecto le estaba picando más fuerte que nunca. Tenía que imprimir una gran fuerza de voluntad para tratar de controlar los temblores que se apoderaban de él. Finalizaron la actividad y Víctor encaminó a Valeria hasta su casa. Llegaron cuando ya era de noche. Frente al portón de la hacienda, ella tomó una vez más a Víctor por el cuello y le dio un cariñoso beso en los labios. Se despidió con una sonrisa e ingresó a su hogar. Víctor estaba a una mirada más de fallecer.

Capítulo X

El dolor

«*Oh falling off the edge with you
Oh it was too good to be true*».

Too good to be true».

Grimes

Las consecuencias del juego de cara o cruz tomaron un rumbo exagerado. Víctor no pudo percibirse del momento en el que comenzó a descender hacia el abismo de la adicción a Valeria. Ella tampoco prestó mucha atención. Lo que habían hecho durante los últimos meses se intensificó. El límite de las conversaciones nocturnas ahora eran las madrugadas. Cada semana se ponían de acuerdo para verse con más frecuencia. Ella se iba acostumbrando peligrosamente a él. Durante aquellos meses, las dudas de Víctor dejaron de atacarlo. Una seguridad frágil se apoderó de su ser. Dejó su aprendizaje por un lado y se enfocó solamente en el amor. Valeria no sabía exactamente lo que sentía, pero lo disfrutaba. Ambos navegaban por un mar lleno de una niebla acogedora. Él se había acostumbrado a madrugar con tal de pasar más tiempo con ella. Mejoró enormemente su caligrafía hasta que fue capaz de escribir cartas más presentables. Estaba dispuesto hasta a cambiarse de signo zodiacal para que ella estuviese más contenta con él. La ternura que Víctor percibía por parte de Valeria aumentaba cada día. Simplemente era perfecta. Cuando se reunían, él la observaba detenidamente. Analizaba cada centímetro de su rostro y confirmaba la suerte que había tenido con que la moneda cayese en el lado de la cruz. Él se moría porque ella se muriera por él de la misma forma en la que él lo hacía por ella.

Un día, y de forma inesperada, ella rodeó el cuello de Víctor con sus brazos y lo apretujó contra su cuerpo como no lo había hecho nunca. Entonces él abrazó cada segundo de aquel momento, y no lo dejó ir hasta que este se convirtió en minutos, luego en horas y finalmente en uno de los recuerdos más preciados que poseía. Así les iba a ambos. Tenían una aparente estabilidad, pero en el corazón de Valeria las cosas no estaban bien.

Al mismo tiempo que se había acostumbrado a Víctor, una nueva fuente de atención la sorprendió. Descubrió que el nombre de quien trataba de conquistarla con cocos era Ulises. Lo vio por primera vez desde la cocina. Su persistencia había sido ejemplar. Cada día se esforzaba más por tratar de llegar a ella, y poco a poco lo había conseguido. Víctor no era el único que rondaba la cabeza de Valeria. No sabía cómo manejar aquella balanza. Una sensación de adrenalina la hacía actuar sin pensar. Con el tiempo fue permitiendo que el extraño se acercara más. Una confianza efervescente empezó a originarse entre ambos. Existían días en los que Valeria se olvidaba de Víctor. Sabía perfectamente cómo actuar en su presencia. El papel de la ternura y del compromiso se seguía actuando al pie de la letra. Fue una tarde de especial calor en la que Valeria abrió por primera vez la puerta de su hogar a Ulises. Las intenciones estaban más que claras. Para sorpresa de Víctor, ese fue el único día que ambos no se reunieron a hablar. Ella tenía otros planes. Ulises y ella tuvieron una cena en la que él le expresó todo lo que sentía, pero Valeria no estaba interesada en eso. Con el paso de las horas se fueron acercando un poco más. Antes de que ella se diera cuenta, ambos estaban sumidos en el estupor de un coqueteo tenso. La tarde culminó como ella lo había esperado: con un beso. Ulises abandonó la hacienda dejando la curiosidad de Valeria saciada. Ella sentía que estaba más viva que nunca. Extrañaba experimentar aquellas sensaciones nuevas. Víctor presenció todo el espectáculo desde el exterior de la casa. La preocupación por Valeria lo había conducido hasta su hogar para asegurarse de que ella estaba bien. Las letras no son suficientes para plasmar el dolor que sufrió. Al siguiente día, ella supo mantener la compostura frente a Víctor y todo continuó con su curso normal.

El almendro Última parte

*«Esto no es una canción ni tampoco una carta para pedir perdón
Solo son ideas y palabras, parte de una reflexión
Para cerrar ciclos, aceptar mis errores y poder decir adiós».*

Sureste

La tibieza de Valeria fue la que desbarató a Víctor. Él por fin supo que ese tenebroso sentimiento que había estado acarreando por tantos meses era verdadero. Confirmó que sus dudas estaban en lo correcto. Víctor estaba en declive. El recuerdo de Valeria y Ulises juntos lo amedrentaba en los momentos más inesperados. Anhelaba eliminar esas imágenes de su cabeza. Por más que trataba, no lograba entender lo que había pasado. ¡Ella le había jurado que estarían juntos para siempre! Se preguntaba qué parte de todo lo que le había dicho Valeria sí era verdadero. Víctor entró en una espiral de cuestionamientos sobre si lo que existió entre él y Valeria fue real alguna vez. Estaba profundamente decepcionado. A veces pensaba que tal vez perdonar a Valeria era la solución para que el futuro fuese mejor. Víctor no sabía qué hacer. Algo dentro de él le decía que tenía que comunicarle a ella sus sentimientos.

Víctor no podía confirmar la existencia del amor, pero sabía que, si en realidad existía, no era como él lo estaba viviendo. La confianza que tenía con Valeria estaba destruida. La incertidumbre lo atacaba. ¿Debía intentarlo una vez más? ¿Debía probar que lo que había pasado con Valeria no había sido un error? ¿A quién pedirle consejo? Víctor sabía que se estaba conformando con poco. A veces sentía ese temblor en todo el cuerpo que solo el desamor puede causar. Volvieron las noches de insomnio. Se desvelaba tratando de encontrar las respuestas a preguntas que no se atrevía formular. Pensaba que tal vez él era el problema. ¿Había algo de malo con él? ¿Qué estaba haciendo para no poder satisfacer a Valeria? No resistió más. Dijo que pondría un final a su sufrimiento. Decidió perderla a ella antes de seguir perdiéndose a sí mismo.

Como cualquier otro día, ambos se reunieron para conversar separados por el muro. La misma rutina de siempre. La luz de la vela estaba lista para apagarse en caso de que alguien se acercara. Valeria narrando lo que le había pasado durante la semana. Víctor con el corazón en la mano. Ella estaba en medio de su relato sobre las nuevas formas que habían adquirido las estrellas desde la última vez que se vieron. Él la interrumpió. Suspiró. Tomó valor de donde no lo había y con voz temblorosa trató de elaborar un argumento. Valeria lo vio aterrada. Bajó el volumen al ruido de la noche y se preparó para lo peor. Sabía de lo que era culpable. Le dijo a Víctor que voltearía a ver para otro lado porque no quería llorar. Él comenzó a hablar. Le confesó que aquella tarde cuando el sol ya estaba muriendo la vio junto con Ulises. Detalló todo lo que observó por su ventana. Algo dentro de él se desgarraba a medida que verbalizaba lo que había sufrido. Un ligero estremecimiento en su cuerpo se hizo presente. A medida que seguía destruyendo a Valeria, una idea en él cobraba sentido: aquello que vivía definitivamente no era amor. Después de todo aún no lo había encontrado. Víctor estaba explicándole que lo que ellos tenían no era sano. Que estaban perdiendo el tiempo si ella no veía un futuro establecido con él. Valeria estaba sufriendo de un cataclismo de sentimientos en su interior. En el fondo le daba la razón a Víctor. Ella, contrario a lo que le había dicho el día de la moneda, no se miraba con él por la eternidad. A pesar de no querer con todo su ser a Víctor, tampoco se imaginaba una vida sin su persona favorita. ¡Cuántas incoherencias juntas!

Víctor finalizó la escena diciéndole que lo mejor era que terminaran aquello que no tenía nombre. Ella aceptó en silencio. Ambos contuvieron el nudo en la garganta. Antes de que cada uno regresara a su respectivo hogar, Víctor se aseguró de que Valeria estuviese bien. Cuando se estaban despidiendo, él concluyó la noche con un

— Por estar contigo, no estuve conmigo.

Valeria, para sus adentros, le respondió lo mismo. Por un momento el torrente de sentimientos destruyó el muro y ella fue capaz de darle un último beso en la mejilla. Lo abrazó con una intensidad inesperada, pero él no sintió su calor. Valeria tuvo que cargar con la silenciosa culpa de haber sacrificado a Víctor por algo banal. Al final de cuentas aquello era lo que ella interpretaba como amor.

No se vieron por semanas. Cada uno trató de tomar un rumbo distinto. Valeria regresó a frecuentar a sus amigos de la academia mientras sufría cuando colocaba la cabeza sobre la almohada. Víctor decidió viajar al norte. Creyó que tal vez allá estaría más tranquilo. No funcionó. El paso del tiempo lo torturaba con la nostalgia de los días en los que había sido tan feliz con Valeria. Sin haberse dado cuenta, él perdió su increíble capacidad de estar solo. Se había acostumbrado a que algo le revoloteara día y noche. Víctor quería regresar a su soledad, pero le era imposible. Le rogaba a Dios para que le permitiera poder olvidarse de ella, pero la petición no era concedida porque era deshonesta de corazón. Tenía la certidumbre mortal de que aquel sufrimiento sería eterno. No lograba apagar el incendio que ella había dejado en su interior. El seguir imaginando una vida junto a Valeria era constante. Trataba de hablar consigo mismo sobre lo que estaba sintiendo, pero no encontraba las palabras correctas para aquella conversación. Creaba escenarios en los que ellos dos no se habían conocido, cuestionaba cómo hubiera sido esa vida.

Víctor había desarrollado un nuevo miedo: su mente. Temía a los lugares que podía ir por culpa de ella. Se vio ensombrecido por una serie de pensamientos delirantes. Se preguntaba si la lluvia era bonita o fea. Recapituló la historia del hombre que estaba buscando espinas y encontró una rosa. Trataba de encontrar por todas partes el lugar al que iban a parar las lágrimas que derramaba durante el día. Sabía que su interior estaba plagado por fragmentos de Valeria, pero que los suyos eran escasos. De repente su corazón también comenzó a sufrir de insomnio. Pedirle a ella que regresara no era una opción. Trataba de apagar sus pensamientos por todos los medios, pero no podía.

A veces se engañaba pensando que ya estaba listo para superarla. La borró de todos lados, menos de su mente. Él no se quería ir, pero ella no lo había cuidado, y, cuando el momento llegó, tampoco lo dejó marcharse. Regresaba a su realidad y sabía que debía de controlarse antes de seguir hundiéndose en aquel pantano de esperanzas podridas. Con recurrencia fallaba. La extrañaba a escondidas de sí mismo. El calor del dardo del recuerdo de ella con Ulises le seguía quemando. Se torturaba recordando las palabras que ella alguna vez le había dicho. Seguía confiando en que el corazón de Valeria continuase carburando por él. La situación cada día era peor.

En medio de su agonía, Víctor recordó que en la biblioteca había leído un libro misterioso escrito por Emma de Brabante. Según sabía, ella había sido una de las primeras habitantes del pueblo. En aquellos textos, ella narraba los horrores que habían sucedido en Torrelinda por culpa del amor. Emma redactó con mucho detalle cómo había presenciado el declive de su estirpe. Vio a grandes hombres morir por las inclemencias del amor. Cuando Víctor leyó por primera vez esas letras, no prestó demasiada atención. Creyó que era otro de esos relatos mágicos que tanto le gustaban, sin embargo, ahora todo cobraba sentido. Al final de las memorias de Emma, se hacía alusión a que la primera guerra del amor comenzó gracias a que ella se arrancó el recuerdo de su amado y lo dio a los caribes. Pensó que tal vez esa era la solución.

Víctor regresó a Torrelinda de su viaje y decidió que confrontaría a los antillanos que aún continuaban con sus barbaridades. Se armó lo mejor que pudo y se dirigió al puerto en donde estaban atracadas las canoas. Los invasores se quedaron perplejos cuando lo vieron, algo de otra época los estremeció. Al igual que Emma en su momento, ofreció el recuerdo de su ser más amado a cambio de un bien mayor. Pero esta vez lo que pedía era distinto. Les rogó que se llevaran sus memorias con Valeria de una vez por todas y que nunca regresaran a Torrelinda, porque en aquel pueblo ardiente no había nada más que polvo y nostalgias perdidas. Rechazaron el sacrificio. Una culpa instantánea se apoderó de él. Se sintió miserable al haber tratado tan mal el recuerdo de quien una vez había sido su todo. Le pidió perdón en silencio y regresó a su hogar.

Valeria se le apareció cuando él doblaba la esquina para encaminarse a su casa. No sabía cómo catalogar esa coincidencia. Ambos se vieron desde el otro lado de la calle y algo más que la ruta los hizo coincidir. Fue un encuentro incómodo. Con timidez hablaron de lo que habían estado haciendo durante los últimos meses. Ella le narró las aventuras que había tenido con Adriana y Adrián. Aparentemente para Valeria todo había vuelto a la normalidad. Víctor, por su parte, también le contó los acontecimientos más relevantes de su viaje. Ella le dijo que tuvo suficiente tiempo para pensar sobre ellos. Le explicó que efectivamente, aquello que sucedió entre los dos no había sido sano. Una aparente cordialidad se hizo presente en el lugar. De un momento a otro, ella sintió que era necesario contarle lo que había sufrido cuando terminaron las cosas entre ambos.

Le dijo que nunca más quería extrañarlo. Que había tenido que anestesiar su corazón para no morir de dolor. Víctor, con una ligera esperanza, le preguntó que qué sería de ellos en el futuro, ella le respondió:

— Está bien que seamos amigos, no sé si algo más, me quiero quedar con esa incertidumbre.

Luego puntuallizó que durante todos esos meses ella lo había extrañado con todo su ser. Le narró paso por paso cómo había planeado deshacerse de los regalos que le había dado. Ató aquellas posesiones que seguían cargadas de afecto y las metió en un baúl que tenía como destino el fondo del amor. Juntó todas las flores que había recibido y las colocó en lo más profundo. Sobre ellas puso las cartas escritas por él y finalizó la limpieza con los daguerrotipos que Víctor había tomado del cielo. Le dijo que estaba en estas tareas cuando se acostó a llorar en su cama, en la madrugada, rodeada del silencio de la nostalgia, pensando que ella era el problema. Le dio completamente la razón al haber terminado todo. La mayor carga de culpa era para ella, siempre había sido así, pero no se percataba de esto. Lo sorprendió cuando le dijo que no quería seguir apegándose emocionalmente a su presencia. Pensaba que, si seguía por ese camino, se quedaría completamente sola. Formuló la idea de hasta mudarse de pueblo. Fueron muchas las noches en las que ella se planteó buscarlo para reclamarle por la decisión que había tomado, pero el poco sentido común que le restaba la frenaba de esto. Fue en este momento cuando se percató que durante meses no había hecho las cosas bien con Victor. Le confesó que escudriñó las cartas que se habían dado el uno al otro y que ahí había encontrado que los errores con él habían comenzado desde hace mucho tiempo atrás. Estaba finalizado su historia cuando le dijo que por fin era libre de ver a las estrellas sin experimentar una sensación tenebrosa.

Víctor escuchó todo aquello sin saber realmente qué pensar. ¿Ella lo quería aún? Estaba por hablar cuando Valeria le dijo que aún le quedaban cosas por decir. Le relató cómo ella lo había manipulado para que se vieran más días de la cuenta. Que desde el principio ella le había sido fiel. Se ruborizó al admitir que prescindía de cenar con su familia con tal de estar con él. Que era extraño cómo ella había hecho que su mundo girara alrededor de Víctor. Pero que en su interior existían piezas defectuosas. Se sinceró al decirle que no quería estar con él en una relación. Que

ella no estaba lista para una. Estaba bien en aquel lugar. Aceptó que seguramente él la podía haber hecho muy feliz, pero que ella a él no. En el fondo de su corazón no sentía lo mismo que Víctor. Nunca lo iba a querer con la misma intensidad con la que él lo hacía. Víctor sintió una calma desconocida. Por fin comenzaba a comprender todo. Para nada era su culpa. Y la interrumpió con un

— Si alguna vez tu corazón te dice que me busques, te ruego que no lo hagas. No pienso vivir esto otra vez.

Ella siguió derramando palabras. Le dio la razón a Likanwala con que ella era descendiente de Narciso. Le confirmó que ella siempre había buscado la aprobación de Víctor. Que también lo dejaba ir porque no quería que en el futuro las cosas fueran más turbulentas. Admitió que estaba enferma de Víctor. De una forma peligrosa se había vuelto adicta a él. En medio de aquel arrebato de honestidad, dio a luz lo que desde el principio había estado ocultando. Ella había planeado el encuentro con Ulises. Sabía que Víctor estaría viéndolo todo. No se atrevía a ser directa con él y decirle que no sentía lo mismo a pesar de que sus actos a veces hicieran parecer lo contrario. Ese fue el último disparo que el corazón de Víctor recibió aquel día.

En su soledad, él reflexionaba todo lo que había escuchado. Sabía que ella había actuado con la razón y él con el corazón. Víctor estaba muy lejos de conocer lo que estaba sintiendo por aquellos momentos. Una mansedumbre inesperada lo azotó. Creyó que estaba comenzando a salir de aquel agujero. Ahora ya no sufría de insomnio. La extrañaba, pero le gustaba el silencio que tenía en su mente. Solo pedía que se le devolvieran todas las horas de sueño que él utilizó en pensarla.

Entonces empezó a sufrir los síntomas del olvido. Poco a poco la voz de ella dejaba de retumbar en su corazón. Experimentaba una tristeza desconocida al creer que ya no sentía nada por Valeria. Sin embargo, él seguía atrapado en aquellas noches de conversaciones interminables y de juegos traviesos. La soñaba con frecuencia. No sabía que extrañar era lo peor de perder a alguien.

Pensó que tal vez si se concentraba en una tarea mayor podría huir de la tempestad en la que se encontraba. Decidió que iría en busca del tiempo que le había dedicado a Valeria. Lo buscó

por todas partes, pero no lo encontró. Creyó dar con él un día que sintió una amalgama de sentimientos reconfortantes que le decían que el tiempo en el que se fue feliz nunca se podía considerar como perdido. Él no creyó aquella revelación. Buscó por debajo de las piedras, pero no tuve buenos resultados. Trató de indagar en sí mismo, pero solo se topaba con pensamientos negativos.

El dolor seguía, pero Víctor decidió tomar venganza. Su venganza fue olvidarla. La eliminó de sus pensamientos, borrando cada momento vivido con ella. Tras muchos meses sin verla, se estremeció de miedo cuando un día no lograba recordar las cosas que lo habían destruido hace no tanto tiempo. Dejó de verla en todas partes.

Valeria, por su parte, decidió conformarse con amores en rebaja. Se entregó falsamente a la lascivia. Se engañaba a sí misma haciéndose creer que amaba y que la amaban genuinamente. Sin embargo, en el fondo de su corazón, sabía que los placeres de los que vivía eran temporales y que nunca podrían llenar su vacío. Aparentaba tan bien la indiferencia, que algunos días realmente hacía creer a todo el mundo que no extrañaba a su persona favorita.

Víctor, indiferente al comportamiento de Valeria, había sido testigo de cómo ella había tratado de reemplazarlo con otros, pero ninguno era él. Ella, en sus noches de densa soledad, se repetía que no necesitaba de él, pero su corazón le decía lo contrario. No se imaginaba que las consecuencias de perder a alguien que la amaba realmente eran tan dolorosas. Víctor sabía que ella no lo iba a encontrar con nadie más.

Víctor retomó el camino del conocimiento. Trató de encontrar la relación de la fuerza entre la caída de aquella manzana mitológica con el fenómeno que hacía que la luna se mantuviese en su lugar. Sintió un tenebroso presentimiento cuando descubrió el nombre de aquella fuerza. Meses después, se empecinó en explicarse a sí mismo cómo era posible que el material que conformaba las estrellas fuese el mismo que lo formaba a él, a las vacas y a todo sobre la tierra. Pasó semanas delirando para no volverse loco cuando encontró la respuesta a este misterio.

Pero el dolor no cesaba. Estaba harto de aquella situación. Un día, en medio de su oscura existencia, Víctor se entregó por

completo a tratar de cartografiar por medio de un libro lo que había vivido con Valeria. Sabía que para aquella tarea tendría que regresar a lugares que lo habían despedazado por dentro. Mientras intentaba dar sentido a aquello que no lo tenía, su mente era atormentada por los recuerdos. Se sorprendía a sí mismo escribiendo el nombre de ella una y otra vez. Los golpes más crudos eran los que lo trasladaban a los momentos que nunca pasaron.

Lo que él desconocía era que el abecedario solo le ofrecía 27 letras para tratar de explicar algo que ni él mismo comprendía. El miedo a no ser capaz de plasmar sus tormentos en letras lo paralizaban por semanas. Al igual que sus ancestros en otro tiempo, él estaba cayendo en un lugar del que le sería imposible salir. El legado de su estirpe lo condujo al lugar mitológico en donde tantas inclemencias se habían sufrido. Sentía gran tristeza mientras caminaba hacia la parte antigua del pueblo. Emma, desde la muerte, sabía que ese era el final definitivo de su linaje. Víctor se sentó a la sombra del almendro. Reflexionó sobre la miserable vida que estaba viviendo. Desde el más allá experimentó una tenebrosa sensación. Su corazón no podía más. Seguía pensando en Valeria. En su agonía tomó un papel y un lápiz, y escribió todo lo que sabía sobre las confusiones del amor y lo dejó en este libro.

FIN.

«Yo traté, traté de darte lo que estaba en mi poder
Te puse todo mi universo a tus pies
Traté de enderezar lo que estaba al revés
Traté de hacer que un año pareciera un mes
Traté de escalarte y se rompió el arnés
Traté de hacerlo largo, pero fue exprés
Compré el azul, pero tú lo querías café
Quise vender mi alma y no hubo interés».
José Madero

Gratitudes

A mis amigos, quienes me aguantaron durante todo este proceso: Mariana David, Jorge Caballeros, Angel Higueros, Deyler Ruiz, Natalia Ramos, Carlos Túnez, Karina Sierra, Sarah Dávila, Adriana Ruiz, Andrea Reyes, Steph Chen, Martín Castellán, Doug Jones, Patrick Roy.

A mi editora de quien aprendí demasiadas cosas: Alejandra Osorio.

A mi catedrática Clara Schieber, quien me ayudó a estructurar la novela desde un principio.

Y especialmente a mí.

Tuatro Cuentos Fantásticos

Lic. Jimmy Vásquez

Prólogo

Los cuatro cuentos fantásticos están basados en algunas leyendas de la tradición oral guatemalteca: El Sombrerón, El Cadejo, La Tatuana, La Siguana y El Carruaje de la muerte.

En ellos se narra la última aparición en escena de cada una de estas leyendas, dándoles por fin un cierre. Hoy en día ya no se escucha más historias de estos personajes. ¿Las narraciones son ciertas? ¿Se basaron en hechos reales?

Al final de este viaje fantástico cada uno sacará sus propias conclusiones. Descubramos juntos en esta lectura dinámica todas las situaciones en torno a las leyendas que empiezan a extinguirse.

Dedicatoria

A mis abuelos:

Jorge Vásquez (+), Inés García, Sotero Mazariegos (+) y Susana Sandoval (+)

A mis padres:

Elías Vásquez y Alba Mazariegos

A mis tíos:

Moises, Ramiro, Herlinda, Gilda, Arnoldo (+), Donaldo, Estuardo, Yobany, Dalila, Edilia (+) y Morelia

Por llenar mi vida de historias fantásticas que hoy salen a la luz en estos cuentos.

¿Dónde está mi sombrero?

Auuuuuuuuunque no lo crean, yo conozco la historia de la historia de la historia de cómo el sombrerudo Sombrerón perdió su sombrero allá por el año de 1947.

Este peculiar personaje perteneciente a las leyendas de la tradición oral guatemalteca era un espectro de baja estatura e impecable vestidura que se dedicaba a enamorar con sus canciones y versos a las patoñas más chulas. Nunca mostraba el rostro porque se lo cubría el ancho sombrero que siempre portaba y que le daba su apodo. Andaba con su guitarrilla al hombro y montaba un caballo pequeño de color oscuro como la noche.

El Sombrerón molestaba a las muchachas más guapas. Les hacía trenzas muy finas a las de cabello largo y las acechaba tanto que las desdichadas se ponían flacas y demacradas porque ya no comían, hasta que se las ganaba el Sombrerón y perdían su alma muriendo lentamente.

Susana Sandoval era la patoja más guapa de *por ay* del oriente de Guatemala. Tenía el cabello largo y una figura esbelta. Además, poseía un encanto adicional por lo amable y vivaracha que era la Chanita, como la llamaban en su casa. Era el prototipo de mujer que al Sombrerón le gustaba molestar.

Y, como era de esperarse, una noche despejada y estrellada, como solo se ve el cielo en el oriente de Guatemala, llegó el diminuto Sombrerón a caballo, bien trajeado y con guitarrilla en mano. Y, así, empezó a enamorar con su melodiosa voz a Susana:

—Sal, niña linda, a tu ventana. ¡Que vengo en verso a cantarte! Sal ahora, mi bella Susana, para un beso en la mejilla darte.

Pero Susana no tenía miedo, además su corazón pertenecía a Sotero, un joven apuesto y *de a sombrero*. Entonces decidió que no saldría a la ventana hasta que tuviera un plan y supiera cómo alejar al pequeño, pero pícaro Sombrerón.

Después de un buen rato, ya no se oyó más el canto enamorado del no correspondido Sombrerón, pues decidió marcharse y perderse entre las calles empedradas del pueblo de Catocha.

Silbaba aún la melodía de la canción que acababa de entonar sin obtener el éxito deseado.

Esa noche Susana casi no durmió, ya que pensaba en una manera de alejar a ese personaje tan desagradable. Recordó que a su abuela, mamita Matilde —como le decían de cariño—, cuando era joven, hace mucho tiempo, la molestaba también el Sombrerón; pero, al fin de tantas, ella supo cómo alejarlo. «¿Cómo lo haría?», se preguntaba Susana...

Al día siguiente corrió a buscar a su abuelita Matilde, una señora muy alta y de mal genio; pero guapa igual que Susana y aún de pelo largo y blanco como algodón. La encontró al final de aquel corredor que parecía infinito, de esa casa tan grande donde había vivido la abuela Matilde desde niña y también Susana.

La abuela Matilde estaba sentada en una silla de madera muy alta como ella misma. La cubría una colcha en su regazo porque era muy temprano y aún hacía frío, y sostenía un pocillo de peltre azul con café sin azúcar. Era toda una estampa digna de un cuadro de Rembrandt.

—¡Mamita Matilde! ¡Mamita Matilde! —exclamó Susana.

—¿Qué son esos gritos, Chanita? —respondió la abuela—. Shhhhh...

—¡Te quiero contar algo que me pasó anoche, mamita Matilde!

—¡Contáme, pues, pero no grités que las paredes oyen!

—Shhh...Anoche me llevó serenata el Sombrerón —susurró Susana.

—¡Santa Cachucha! ¡Nos lleva la gran chucha! —dijo la abuela Matilde, mientras se persignaba.

—Shhh... ¡Pero no grites, mamita Matilde! Que las paredes hablan.

—¡Oyen! —corrigió esbozando una sonrisa la abuela, como cosa rara—. Pero no saliste a la primera, ¿verdad, Chanita?

—Shhh...Claro que no, ini quiero salir!

—Hiciste bien. ¡Yo logré alejar a ese zángano para siempre!

En la siguiente hora y media, la abuela Matilde relató con detalles todo lo que vivió cuando el Sombrerón la molestaba, advirtiéndole a Susana que todas las ideas para alejar a ese bandido funcionaban una sola vez. Así que no se podía repetir ninguna fórmula que hubiera funcionado alguna vez para alejarlo. Así fue cómo Susana se enteró que la forma de alejar al Sombrerón es no salir a verlo hasta tener un plan en mente para espantararlo para siempre. Hay que pedirle algo difícil, algo casi imposible de realizar como prueba de su amor. Hay que pensar muy bien, porque solo existe una oportunidad y, si el Sombrerón es capaz de cumplir con lo solicitado por la joven, se queda con el alma de la desdichada; pero, si no puede cumplirlo, entonces se aleja para siempre.

—Lo que le pedí fue que me llevara agua en una red —explicó la abuela Matilde.

«¡Qué buena idea!», pensó Susana.

—El Sombrerón no pudo hacerlo y se alejó de mí para siempre— dijo orgullosa la abuela—. Pero aprendió después, porque, cuando molestó a mi amiga Hortensia, le conté el secreto para alejarlo y esta vez el Sombrerón sí pudo llevar agua en una red y se ganó su alma.

—¡Gracias, mamita Matilde, por contarme tu historia!

—Con mucho cuidado, mijita, que ese pelado es muy astuto.

Susana salió corriendo por el largo corredor de esa casa que más parecía un castillo. Más tarde le contó toda la historia a su novio Sotero y, juntos, idearon un plan...Pasaron el resto del día platicando.

Esa noche, como de costumbre, llegó el Sombrerón... y, para su sorpresa, después de terminar de cantar todo su repertorio de canciones, esta vez Susana salió a su balcón por vez primera y, con un tono de voz que refleja mucha seguridad, le dijo esto:

—El día que debe su nombre al planeta más grande de nuestra galaxia, a la hora que multiplicada por 6 da 66 pasado meridiano, nos reuniremos afuera del lugar donde las personas hablan sin hablar con quien no se ve, pero existe y está vivo.

Después de un rato, el Sombrerón logró descifrar el acertijo de Susana:

«Esta, aparte de guapa, me salió bien lista», pensó el Sombrerón. «¡Sí que vale la pena la patoja! Quiere que nos juntemos el jueves a las once de la noche afuera de la iglesia. ¿Talvez me quiera santiguar? ¡Pero mi sombrero si lo hace!».

Los días previos al día pactado, el Sombrerón no se asomó por la casa de Susana. Sotero sí lo hizo, acompañado de su perro Rayo y su caballo Fierro. Sotero era un joven apuesto y valiente, y juntos hacían una pareja muy bonita; todos esperaban el día que se casaran y formaran una bella familia, como Dios manda.

Esos días, Sotero y Susana se veían muy concentrados, como quien planifica algo muy importante y detallado. Pasaron tres días seguidos inmersos en ese plan. De pronto hacían tachones, tiraban hojas hechas bolita, volvían a dibujar, miraban el reloj, medían, contaban pasos, hacían cálculos.

Todos pensaban que planificaban su boda, pero lo que hacían era un plan con detalles de cirujano para alejar definitivamente al Sombrerón. No podían cometer errores porque era algo de vida o muerte.

El día pactado, a la hora indicada, Susana llegó al lugar vestida de blanco. Se veía hermosa... Inmediatamente apareció el Sombrerón vestido con sus mejores galas también: un trajecito azul brillante, cincho y botones plateados, botas con punta cromada y su sombrero de ala ancha con detalles dorados alrededor.

Tomó su guitarrilla, la afinó y con su melodiosa voz le cantó estos versos frente a frente:

—Hoy seré la envidia de todos, al verme casado contigo. Te robaría de todos modos para tenerte por siempre conmigo.

Después de la corta serenata, el Sombrerón quiso abrazar a Susana; pero esta dio dos pasos atrás rechazándolo.

—Pedime lo que querrás para demostrarte mi amor —le dijo el Sombrerón.

—¡Quiero que te quites el sombrero! —contestó Susana con decisión.

«Me la puso difícil esta mujer», pensó el Sombrerón, «porque sí puedo hacerlo, pero no debo».

Después de pensar por un rato, le dijo esto:

—No me gusta esa petición, pero lo haré porque vale la pena, ya que sos la mujer más bella que he conocido hasta ahora.

Y sí que había conocido a muchas mujeres el pícaro Sombrerón.

Entonces lentamente se aflojó el sombrero y los segundos parecían minutos. Susana respiraba fuerte: estaba atenta a ese evento porque arriesgaba su vida en un instante. Pero estaba concentrada. Su mirada no era una mirada perdida, al contrario, era una mirada penetrante.

Finalmente, el Sombrerón se quitó el sombrero; pero, antes que lo terminara de bajar y descubrirse el misterioso rostro, apareció Rayo, el fiel perro de Sotero, y, haciendo honor a su nombre, corrió velozmente, arrebatándole de las manitas el sombrero y llevándose al mismo tiempo que Sotero a caballo se llevaba a Susana.

Todo pasó como lo habían planeado. Dejaron al Sombrerón afuera de la iglesia, solo y sin su sombrero, perdiéndose ellos por las calles empedradas de Catocha.

Desde entonces, nunca más se oyó nada de este personaje. ¿Perdería su fuerza y poder sin su sombrero como le ocurrió a Sansón al perder su cabello? ¿Terminaría así la leyenda del Sombrerón? ¿Qué hicieron Sotero, Susana, Rayo y Fierro con el sombrero?

Aúúúúúúúún es un misterio...

FIN

La mujer atrapada en la pintura

— ¡Olivia! ¡Olivia! ¡Tierra llamando a Olivia! —exclamaba una voz.

La madre de Olivia utilizaba esta frase siempre que su pequeña hija de 7 años permanecía inmóvil frente a un objeto, absorta, observando fijamente, inmersa, como quien tiene un sueño dentro de otro sueño y trata de entender lo que está sucediendo.

Esta vez la niña parecía haber superado el récord de tiempo: llevaba unos 15 minutos mirando fijamente una pintura en el museo. Permanecía inmóvil, tratando de entender algo.

—¡Olivia! ¡Olivia! ¡Tierra llamando...

—¡Mamá! —exclamó Olivia—. Esa mujer que está en el cuadro se ha movido.

—Es parte del efecto visual que el pintor quiso plasmar en el cuadro, querida hija.

—No, mamá, fue diferente. ¡Ella se movió!

—Estuviste mucho tiempo viendo fijamente, Olivia. A veces los ojos creen haber visto algo; pero es solo una ilusión óptica que envía la señal al cerebro y causa una confusión.

—Bueno, tal vez fue eso

De esta manera, Olivia se convenció de las explicaciones de su madre, no sin antes darle un vistazo más al cuadro antes de irse. En verdad causaba mucha impresión esa pintura: la silueta de una mujer yacía sobre un barquito de papel en un inmenso océano y el cielo era gris con amenaza de tormenta. No había nada más... ni una porción de tierra. Se trataba de un cuadro muy extraño; no tenía autor ni título. Se sabía muy poco de su llegada al museo, simplemente apareció allí un día.

Olivia no dejaba de pensar en aquella imagen de la mujer moviendo los brazos como pidiendo auxilio. ¿Quién era esa mujer? ¿Cómo había llegado allí? ¿Era posible que estuviera atrapada en ese cuadro? Eran muchas preguntas sin respuesta.

No obstante, Olivia durmió profundamente esa noche. Pero de pronto apareció en un poblado del siglo XIX, lo supo por la ropa de las personas y el sonido de los carroajes tirados por caballos; también supo inmediatamente que estaba soñando, porque aparecía en otros lugares repentinamente. Su percepción del tiempo y el espacio había cambiado.

Cuando repentinamente apareció una mujer muy extraña con vestiduras distintas a esa época. Tenía maquillaje excesivo, joyas ostentosas y accesorios un tanto extravagantes como pañuelos entrelazados, cintas en la cabeza, en los brazos y en la cintura. Parecía gitana; además, era muy hermosa.

Se le acercó a Olivia y le dijo en secreto:

—Ayúdame a escapar.

—¿De dónde? —preguntó Olivia—. Yo te veo libre por acá.

—Del cuadro —contestó la mujer—, del cuadro que está en el museo.

Olivia recordó en ese momento lo que había visto ese día en el museo y confirmó que no se trataba de una ilusión óptica; estaba hablando con la mujer pintada en el cuadro. Ahora trataría de entender todo.

—¡Mucho gusto, yo soy Olivia! —dijo sonriendo la niña extendiéndole la mano.

—Todos me llaman Tatiana.

—¿Cómo te puedo ayudar a escapar?

—Primero tienes que robar el cuadro y llevártelo a un lugar que te indicaré. Luego te sigo dando instrucciones del ritual que debes hacer.

—¿Robar?

—Si lo haces, te enseño a hacer magia!

Olivia se quedó en silencio unos segundos antes de dar su respuesta.

—La propuesta es interesante, pero antes me tienes que contar cómo llegaste al cuadro.

—Es una larga historia. Te lauento mañana que duermas un poco más porque estás a punto de despertar.

—Pero...me acabo de dormir. Al menos empieza la historia, todavía tenemos tiempo.

—No es así, el tiempo acá es diferente, así como el espacio. Mañana nos encontraremos acá en la fuente. Es hora...

—¿De qué?

—¡De levantarse para ir a estudiar!

—¿Estudiar?

—Es el último día de escuela Olivia —exclamó su madre.

Se había terminado ese sueño tan extraño, tan extraño como el cuadro que había visto el día anterior. Olivia nunca robaría algo, mucho menos un cuadro de un museo; pero decidió seguirle la corriente a la mujer extraña llamada Tatuana para enterarse de toda la historia y así buscar otra solución que no incluyera un robo. Ante todo, Olivia era una niña con muchos principios y valores. Ayudaría a la mujer con todo gusto, pero evitando a toda costa el precio del delito.

Llegó la noche de viernes y la Tatuana tenía razón porque Olivia dormiría un poco más, ya que el siguiente día era sábado y no tendría que ir a estudiar.

Olivia se quedó dormida muy pronto e inmediatamente buscó la fuente dentro del sueño, pero la Tatuana no estaba allí. Buscó en los alrededores sin tener éxito. Entonces volvió a la fuente y vio en el agua. Allí estaba la Tatuana en miniatura dentro de un barquito de papel, llamándola como lo hacía en el cuadro el otro día.

Olivia recordó que en los sueños todo es posible y, sin pensarlo tanto, se metió al agua... Inmediatamente se encontraba en un gigantesco barco: tuvo que caminar varios metros desde la popa hasta la proa, donde se encontraba la Tatuana sentada, como quien espera a alguien para cenar en un restaurante de lujo.

Había una mesa decorada con velas y flores. Había uvas y semillas de toda clase, como maní, almendras, marañón, macadamia, entre otras. Había copas con agua, otras con vino, champán y otros cocteles. Olivia se sentó y se dispuso a comer mientras escuchaba a la Tatuana contar la historia.

—Solo trato de ayudar a personas de distintos pueblos y épocas a encontrar el amor.

—¿Cómo las ayudas?

—Utilizo magia para lograr tales empresas; pero luego las leyes de los hombres me juzgan de bruja, me encarcelan y cuando están a punto de matarme... Cuando están a punto de matarme les pido una tiza como último deseo, dibujo un barco en la pared, en él escapó a otro pueblo para ayudar a otras personas y...

—Se repite el ciclo una y otra vez.

—Correcto, Olivia, hasta que, en el último pueblo, un mago me atrapó y me puso en el cuadro.

—¿Qué mago?

—No lo sé. Nunca oí hablar de una magia tan poderosa. Eres mi esperanza, Olivia.

—¿Soy tu qué?

—Espereza —contestó una voz.

—¿*Espe* qué?

—Pereza.

—¿Pereza? —preguntó Olivia abriendo los ojos al fin.

—Sí, Olivia, no des pie a la pereza y levántate ahora— respondió su madre de nuevo, trayéndola de vuelta a la realidad de esos lugares mágicos del sueño.

El sueño había terminado y Olivia estaba ahora más interesada en la historia. Decidió no contarle nada aún a sus papás hasta que encontrara una solución para ayudar a la Tatuana. Todo el día se

pasó pensando en la historia que escuchó en sueños y la forma correcta de ayudarle a la mujer.

«¿Y si es mala?», se preguntaba Olivia. «Pero tal vez es buena porque ayuda a las personas. ¿Puede ser alguien bueno y malo a la vez? Mejor esperaría a soñar nuevamente y así seguir conversando y comiendo dentro del lujoso barco de papel de la Tatuana».

Pasaron varios días sin que Olivia soñara algo, hasta que una noche fue diferente. Le costó conciliar el sueño y, cuando por fin se quedó dormida, no estaba en el mismo lugar ni época de los otros días. Apareció en una casa adentro de un árbol, uno de sus lugares favoritos. Siempre les decía a sus padres que le gustaría vivir adentro de un árbol como veía en algunas caricaturas.

Esa casa era un lugar más que acogedor: el piso y todos los muebles eran de madera, tenía escaleras internas que conectaban 3 niveles de distintos ambientes, tenía una chimenea, un piano vertical, una mesa de roble, sillones que la invitaban a sentarse y quedarse allí para siempre. Afuera llovía. Olivia tomó chocolate caliente y comió galletas de avena que encontró en una mesita. Todo era perfecto.

De pronto tocaron la puerta. Olivia pensó que era el escape del sueño. Pensó que era su madre tocando la puerta de su cuarto y izaz! se acababa el sueño. Pero no fue así, insistieron hasta que Olivia se puso de pie y corrió a abrir. Entonces ingresó una ráfaga de lucecitas como las de adorno en Navidad, tomando la forma de un hombre alto y delgado con sombrero como de mago. Eso fue espectacular.

—Hola, Olivia, mi nombre es Anautat el mago.

—Hola, yo aparecí aquí sin llamar a la puerta. ¿Esta es su casa?

—Sí, Olivia, es una de mis casas, en efecto.

Después de conversar de muchos temas por largo rato en esa casa de ensueño, Olivia recordó a la Tatuana y cayó en cuenta de algunas conclusiones.

—Entonces... ¿usted fue quien atrapó a la Tatuana?

—Ummmm... depende.

Olivia confirmó sus sospechas: esa magia tan poderosa que había atrapado a la Tatuana en el cuadro venía justo del hombre con el que conversaba en sueños también. Anautat era el nombre del mago y Olivia seguiría indagando para entender mejor lo que había pasado, ya que no perdería esta oportunidad.

—Hablé con ella en sueños también, pero la conocí primero en el cuadro.

—Las leyes de la magia la llevaron a esa prisión.

—También las leyes de los hombres la llevaron a una prisión.

—Te das cuenta, Olivia, existen reglas en todos los contextos y se deben respetar.

—Entiendo, pero ella también podría entender y hacer un cambio. Merece esa oportunidad.

—Es hora de ir a la iglesia —dijo una voz.

—¡Exacto! ¿Cómo? No puede ser...es mamá —dijo Olivia—. Estoy despertando.

—Olivia, es hora de ir a la iglesia... Alístate pronto —dijo la mamá.

—Bueno, mamá, estoy lista en 15 minutos.

«Qué bonita era la casa de Anautat», pensaba Olivia mientras tomaba un baño. «Quisiera una casa así para ella... ¡Qué extraño nombre! ¿Por qué se llama así? Es un mago y la Tatuana hace magia, ellos deberían ser esposo y esposa: Tatuana y Anautat». Escribió sus nombres en el espejo empañado por el vapor del agua caliente.

Una gran sorpresa se llevó Olivia al leer los dos nombres. Se trataba de el mismo nombre, solo que al revés. Lo descubrió porque desde muy pequeña amaba las letras, leía libros y se fascinaba con todo lo que se podía hacer con las letras: acrósticos, crucigramas, sopas de letras, etc. Acostumbraba a leer de derecha a izquierda también y se divertía al formar nuevas palabras.

Olivia ahora estaba más intrigada por esos dos personajes. «¿Serían la misma persona? ¿Eran antagónicos? ¿Sería buena idea unirlos?». Tendría que volver al museo y esta vez indagaría más sobre el cuadro. Esa noche no soñó nada o, al menos, no lo recordaba.

El lunes después de clases, Olivia corrió al museo y, para su sorpresa, el cuadro no estaba allí. Preguntó a todo el mundo, pero nadie dio razón del cuadro.

Ahora todo se había complicado aún más. No había cuadro, no había más sueños. Hasta dudaba de que todo lo que había vivido fuera real o, como otras veces le había pasado, se trataba de un sueño dentro de otro sueño.

Al día siguiente le contó absolutamente todo a su mamá: los sueños, los nombres de los dos personajes, lo que platicaron, los lugares que visitó. La mamá de Olivia escuchaba atentamente

—Te creo, Olivia, parece todo un invento, pero yo te creo.

—Gracias, mamá, pero no le cuentes a nadie, por favor.

—Claro, hija. A veces nos pasan cosas inexplicables, dichosa tú que tendrás historias en carne propia que contarles a tus nietos.

—Gracias, mamá, por creer lo que te conté —dijo Olivia—. Es muy extraño, pero siento que al contarte se me quitó un peso de encima por esa situación, hasta pienso que tuvo un final feliz.

El tiempo continuó su paso arrasador: Olivia creció, se casó, tuvo 3 hijos y luego 6 nietos. Nunca más soñó algo relacionado a ese tema. Cuando estaba por olvidar todo...escuchaba en algún lugar la leyenda de la Tatuana y, entonces, recordaba todo con detalles y se preguntaba: «¿qué pasaría con toda esa historia?».

En cierta ocasión, uno de sus nietos llegó de la escuela emocionado contando la leyenda de la Tatuana. Olivia recordó las palabras de su ya desaparecida madre: «Tendrás historias en carne propia que contarles a tus nietos». Entonces, un día, reunió a sus 6 nietos en la sala y les contó muchas historias que vivió en carne propia. Dejó para el final la historia más extraña, la más fabulosa: la historia de la Tatuana.

Esos niños estaban fascinados y también los hijos de Olivia, quienes escuchaban atentos desde la cocina esas historias que tampoco ellos conocían. Hasta dudaban de la veracidad de los hechos relatados por su madre.

Y el tiempo pasó y los nietos crecieron. Olivia era ya una anciana que rebasaba las 8 décadas y el día más esperado llegó, no hay día que no llegue tarde o temprano, el día más extraño del año, aquel día que existe solo una vez cada 4 años. Sí, ese día, el 29 de febrero. Llegó corriendo y gritando su nieta más pequeña de 7 años llamada Olive.

—¡Abuela, abuela Olivia! ¡Es real tu historia de la Tatuana! ¡Es real!

—¿Cómo? —preguntó la anciana.

—¡Es real! Vi el cuadro en una galería.

—¿El mismo cuadro? ¿El cuadro que yo vi de niña?

—¡Sí!, digo ino! Bueno, está un poco distinto.

—¡Pero cuenta ya, chiquilla! ¡Que no puedo con esto! —exclamó agitada Olivia.

—El barco no es de papel. Es un barco monumental y se llama «Olivia» como tú.

—¡Sigue, sigue, chiquilla!

—Dentro de él yacen un hombre muy elegante y una mujer más elegante aun... Ya te imaginarás quiénes son, ¿verdad, abuela?

—¡Tatuana y Anautat!

— El día se ve radiante, no gris y sombrío como tu cuadro. Este cuadro es diferente, abuela; pero son ellos, los personajes de tu historia, son ellos y están juntos y felices.

«No eran antagónicos», pensó Olivia. «¿O quizás sí?, pero triunfó el amor. Al fin de cuentas era el uno para el otro: se llamaban igual. Se descifró el enigma».

En ese momento se dibujó una sonrisa en el rostro de Olivia. Era una sonrisa que irradiaba paz y al instante sus ojos se cerraron.

—¡Abuela Olivia!

—¿Qué? —respondió Olivia sin ser escuchada por Olive.

—¡Vuela, Olivia! —dijeron a dos voces.

—¡No, por favor! —suplicaba Olivia.

—¡Tierra llamando a Olivia! Mejor dicho... ¡Mar llamando a Olivia!
—exclamaban las voces de la Tatuana y Anautat.

Olivia escuchó la voz del mar con sonidos indecibles y sintió la brisa del agua en el rostro. Apareció en un barco junto a Anautat y la Tatuana; pero era una niña nuevamente como cuando los conoció. Se sintió feliz de estar allí, no le preocupaba nada, todo era perfecto.

La pareja de magos le agradecieron por haberlos unido con sus pensamientos y deseos de ayudar, por haber descifrado el misterio de sus nombres, por pensar que hacían una bonita pareja, por haberla conocido en aquel tiempo.

Y, así, Olivia viajó al lado de la Tatuana y Anautat en el Monumental Olivia por los mares durante mucho tiempo, durante demasiado tiempo, durante todo el tiempo...

FIN

Las esferas de la fortuna

El partido de fútbol estaba a punto de terminar porque empezaba a oscurecer. El equipo que anotara un gol a partir de ese momento sería el ganador.

Elí era el as del equipo visitante: era un niño incansable de 8 años que corría todo el tiempo sin mostrar signos de fatiga. Como era de esperarse, después de unos minutos, Elí anotó el último gol, mientras el resto de jugadores caían al suelo exhaustos después de haber jugado toda la tarde.

Elí y todo su equipo vivían en una aldea próxima a la escuela de la finca Armenia, a unos 5 kilómetros de veredas, senderos y riachuelos. Había paisajes espectaculares por donde caminaban unos 8 niños ya con poca luz del cielo para llegar a sus casas de madera, lámina y adobe, alumbradas con candiles porque no contaban con energía eléctrica.

Después de jugar por largo tiempo, tenían que guardar fuerzas para atravesar el camino con la última luz del día, a expensas de toda clase de peligros, inclusive los de la naturaleza. Pero esos niños eran felices y amaban la aventura del día a día, que iniciaba con el mismo recorrido a la inversa. Se levantaban a las 6:00 a. m., desayunaban algo en la casa antes de salir, luego iban juntándose todos en el camino al llamado de un silbido característico, agregándose uno a uno.

La familia de Elí era de las menos numerosas de la aldea con tan solo 5 hijos. Se dedicaban, como la mayoría de familias, al cultivo del café. Elí era el tercer hijo, justo el de en medio; además de ser muy educado e inteligente, mostraba una madurez y lucidez poco comunes. Y los maestros de la escuela le tenían mucho cariño.

Una tarde de viernes, al volver en caravana de la escuela a la aldea, cuando ya oscurecía, los 8 niños se detuvieron al instante luego de cruzar un riachuelo. Sin embargo, sentían la presencia extraña de algo y sintieron miedo. Examinaron el perímetro con la vista: el montarral se movía dibujando círculos.

Siguieron la pista de los movimientos del monte, escondiéndose detrás de los árboles. Algunos pensaban que era una serpiente;

otros creían que se trataba de un animal más grande como un coyote. Lo cierto era que estaban a punto de averiguarlo porque no había más monte y lo que fuera que estaba allí saldría pronto a la luz, como lo hace la verdad, tarde o temprano.

Grande fue su sorpresa cuando vieron aparecer de entre la maleza a un perro enorme. Era totalmente blanco y tenía los ojos rojos. Paralizaba al instante a cualquiera porque intimidaba con esa mirada que deslumbraba y esos pasos lentos, pero sonoros, porque tenía casquitos como de caballo en las patas.

Caminó en círculos como delimitando su territorio. De pronto se detuvo y al jadear le salía humo del hocico, humo que tenía olor como de azufre. Era algo muy extraño: toda una estampa grotesca.

—¡No teman! Solo caminen con seguridad como quien sabe a dónde va —dijo Elí con autoridad—. No lo vean, no existe.

—¡Yo mejor me regreso! —respondió Ramiro.

—¡Yo también! —dijo Oscar.

—¡Síganme! —ordenó Elí al grupo—. Yo voy al frente.

—¡Está bien! —respondieron todos al unísono.

Entonces todos le siguieron y pasó como dijo Elí. El enorme perro se quedó mirando fijamente al frente, mientras los niños, uno a uno, le pasaban caminando por los lados sin que el extraño animal se inmutara.

«¿Qué era eso?», se preguntaban todos.

—Nunca habían visto un animal así.

Un año antes se les había aparecido una serpiente que colgaba de una rama y les intentaba morder mientras caminaban por el sendero. En esa ocasión, Elí presintió el peligro sin ver a la serpiente y les advirtió que no se movieran hasta que todos la vieron. Eso era lo más peligroso que habían vivido en el camino, pero ese perro...sí que era muy extraño.

Elí tenía un perro en casa llamado Chispa, con el que jugaba siempre que llegaba de la escuela. Chispa revoloteaba de

contento por tener en Elí a un amigo con quien jugar siempre. Era un perro de talla mediana, flaco, de color gena y raza incierta. Cierta noche se oscureció tanto la aldea como un manto que se posa sobre el lugar. Todos fueron a dormir en casa de Elí y Chispa se acurrucó en una esquina afuera de la casa como de costumbre, a la par de la reserva de leña de la familia.

A la medianoche el ambiente cambió de repente, un fuerte olor a azufre se dejó sentir al mismo tiempo que Chispa empezó a dar chillidos anormales, como de miedo. Inmediatamente todos se despertaron, pero no pudieron salir porque sentían las piernas muy pesadas.

Finalmente, Elí logró ver por una rendija de la pared formada por tablas de madera; pero no vio a Chispa, solo a tres perros enormes: uno negro, otro gris y uno blanco. Este último se parecía mucho al que habían encontrado en el camino el otro día. Elí no pudo hablar durante unos minutos; quería gritar de miedo, pero no le salía la voz.

Cuando las piernas respondieron y las voces fueron audibles, toda la familia salió a buscar a Chispa, pero no lo veían por ninguna parte.

—¡Chispa! ¡Chispa! —todos llamaban al perro.

Ya con lágrimas en los ojos y esperanzas perdidas, dejaron de llamar a Chispa; pero, mientras el silencio inundaba el lugar, se empezaban a escuchar ruidos como de tierra que se escababa. Todos prestaron atención a la fuente de ese sonido.

El sonido los condujo directamente a la reserva de leña. ¡Esto era impresionante! Chispa se había escondido literalmente debajo de la tierra. Cavó con sus patas a una velocidad increíble y resultó justo debajo de las torres de leña. Con la ayuda de todos, movieron cada trozo de madera para poder rescatar a Chispa, quien aún estaba con vida.

Finalmente lograron rescatar al moribundo Chispa y lo recostaron adentro de la casa, junto al fuego del comal de la cocina que estaba por apagarse. Le dieron agua y unas tortillas untadas con chirmol que había sobrado de la cena. Al cabo de unos minutos lograron restablecer a su fiel perro.

Elí reunió a su familia y les contó lo que había visto a través de las tablas de madera. Moisés confirmó lo que su hermano relataba porque conocía la leyenda del Cadejo hacia largo rato. Pero ahora se había confirmado de su veracidad y existencia tan cercana a ellos.

El moribundo Chispa empezó a caminar; pero tropezaba con todo, al parecer había quedado ciego de la impresión que tuvo en el encuentro macabro con esos animales. Elí estaba molesto con esos perros raros y no se quedaría tranquilo hasta que dejaran de molestar y se fueran lejos, muy lejos.

Elí recordó que tenía un tío-abuelo al que todos conocían como tío Chalo. Vivía solitario en una humilde vivienda en lo alto de un cerro al otro lado de la carretera, y se caracterizaba por ser un anciano muy sabio. Así que Elí decidió ir a hablar con el tío Chalo y contarle todo lo que había sucedido para que le diera un consejo.

Al otro día, al salir de la escuela, Elí tomó otro camino que lo llevó directamente a la humilde choza del tío Chalo. Allí se encontraba el anciano solitario de 90 años, con una taza de té en sus manos. Tenía una pierna lastimada y un solo ojo sano; pero irradiaba una paz indescriptible, pues sonreía todo el tiempo. Sin duda, hay gente en la tierra que ha trascendido a otro nivel espiritual. No hay otra forma de explicarlo.

—¡Hola, tío Chalo!

—¡Bienvenido, buen Elí! —respondió el anciano—. Te estaba esperando.

—Pero... ¿cómo sabía que vendría?

—Lo vi todo anoche.

«¿Con un solo ojo?», dudó Elí en su corazón.

—No con esos ojos, mi buen Elí —respondió el tío—. Pero lo vi todo.

—Pero, a pesar de haber visto todo lo que cree haber visto, dígame ¿por qué sabía que yo vendría a buscarlo a usted?

—Porque las personas que son afines se buscan entre sí. Por eso sabía que vendrías tarde o temprano, porque yo era como tú de chiquillo.

El tío Chalo le explicó a Elí que a él le había costado algunos años aprender cosas que había visto en Elí ya desarrolladas, como el respeto por todo, el amor genuino, la bondad, la humildad. Y eso era muy valioso, de hecho, era lo más valioso que una persona pueda tener, más que el oro y la plata, más que cualquier cosa. Así que el honor era de él, por tener la oportunidad de ayudar a Elí en cualquier necesidad que se le presentara en el camino.

—¿Cómo te ayudo, buen Elí?

—Quiero desaparecer a esos perros malos.

—¿Por qué los quieres desaparecer?

—¡Usted vio lo que llegaron a hacer! —dijo molesto.

—Ya te pusiste a pensar que esas ideas malévolas van en contra de tu naturaleza —reflexionó el tío Chalo—. Van en contra de toda la descripción que yo acabo de hacer de tu verdadero ser.

—Yo estaba tranquilo y ellos empezaron la guerra.

—¡Exacto, buen Elí! Tú lo has dicho bien. ¿Con qué arma te atacaron? Con la única arma que tienen: el arma acorde a su naturaleza malvada. ¿Y tú? ¿Con qué arma responderás? ¿Con el arma de ellos? ¡Claro que no!

Elí se quedó en silencio por un momento.

—Empiezo a entender... tiene razón.

—Respóndeles con lo que brota de ti: con amor y compasión.

—Pero... ¿cómo lo puedo hacer?

—Ya se te ocurrirá algo —le animó el anciano—. Siempre se te ocurre algo.

En ese momento el tío Chalo se levantó con ayuda de un bastón hecho de rama de árbol y barnizado con extremo cuidado. Tomó

un objeto extraño de adentro de un mueble y se lo entregó a Elí. Era una esfera del tamaño de una naranja, adornada con figuras geométricas que habían sido grabadas en ella por una mano muy fina.

—Necesitarás una por cada perro —explicó el tío—. Te faltan dos.

—¿Dónde las consigo? ¿Es difícil conseguirlas?

—Hace mucho tiempo entregué una de estas esferas a una niña llamada Inés. Tienes que buscarla.

—¿Y la tercera? ¿Cómo la consigo? —preguntó preocupado Elí.

—La comadreja te guiará para conseguir una, porque ese animal es el único que guía para encontrar «las esferas de la fortuna».

—¿Para qué sirven estas esferas?

—Son objetos mágicos, muy extraños. Están escondidos en toda la tierra y el mar. Quien posee una esfera, encuentra un tesoro dentro de sí mismo.

—¿Por qué la comadreja sabe dónde encontrarlas?

—Solo Dios sabe las tareas asignadas a cada quien, incluidos los animales y las plantas... Las personas le llaman «misión» o «propósito».

—Comprendo —dijo Elí—. He aprendido mucho hoy.

Agradeció sinceramente al tío y se marchó más tranquilo. Esa noche, Elí estuvo pensando en todo lo que había hablado con el tío Chalo. Y durmió con la esfera de la fortuna puesta sobre la almohada. Necesitaba encontrar otras dos, una por cada perro, pero ¿qué tendría que hacer con ellas?

Esos días preguntó a todo el mundo sobre Inés. Ya sería adulta ahora porque el tío Chalo dijo que le había entregado una esfera cuando era niña y eso ocurrió hace mucho tiempo. Preguntó en su casa, en la escuela, en la finca, a sus maestros, a sus vecinos; pero nadie supo darle información al respecto.

Además, tenía que buscar una comadreja. Sí que eran tareas difíciles para Elí. Parecía imposible buscar a una persona solo teniendo un nombre como punto de partida y a un animal como la comadreja, que es escurridizo por naturaleza. Pero Elí se tranquilizó y pensó «Una cosa a la vez».

Así que se enfocó en la persona primero y continuó indagando. La escuela era donde más posibilidades había de hallar una pista para encontrar a Inés, porque, al preguntar allí, todos se quedaban pensando, como tratando de recordar algo.

Doña Aury, la conserje de la escuela desde hacía más de 25 años, fue la persona que más pistas le dio a Elí sobre Inés. Le explicó que hacía algunos años había trabajado de maestra en la escuela, una señorita llamada Inés, pero no sabía dónde vivía. Eso ya era un avance para Elí, porque con esos datos enfocó su búsqueda en la escuela.

Al terminar las clases, se quedaba en la oficina de la dirección revisando carpetas de expedientes. Sus amigos, mientras tanto, jugaban futbol y se preguntaban si Elí tenía novia, porque hacía varios días que ya no se quedaba jugando en las tardes. Ellos no sabían ni se imaginaban la empresa en la que Elí andaba ocupado. Un día de suerte, Elí encontró por fin algo. Allí estaba un folder con los datos de la maestra Inés y una dirección registrada. Elí calculó que le daba tiempo de llegar esa misma tarde al lugar indicado; pero ya no podría regresar de día a su casa. Aun así, tomó el riesgo y se apresuró a su destino.

Tendría que caminar cinco kilómetros, exactamente como la distancia que había de su casa a la escuela, pero en sentido contrario, es decir, de la escuela a la casa de Inés había cinco kilómetros; pero, en el regreso de casa de Inés a su casa, eran diez. Elí no había transitado por esos rumbos, así que tenía que ir alerta a todo.

Inició su larga caminata con el asombro que le caracterizaba por los nuevos parajes, senderos, colinas, veredas y riachuelos que encontraba a su paso. De pronto empezó a escuchar unos cascos de caballo que venían siguiéndole de cerca; volteó a ver, pero no vio nada.

Apresuró el paso y se escondió detrás de una ceiba esperando ver pasar el caballo, pero, para su sorpresa, no era un caballo...

¡Era el Cadejo gris! Elí recordó la plática con el tío Chalo y pensó rápidamente en lo que debía hacer. Pero tenía miedo, esta vez estaba solo.

Trató con todas sus fuerzas de contener el miedo que sentía y decidió ver al animal con otros ojos, con los ojos de la compasión y el amor que había dentro de él como le había reafirmado el tío Chalo. Respiró hondo y salió de su escondite ya más sereno.

Llamó a esa bestia como si estuviera llamando a su perro Chispa. El Cadejo gris respondió bien; a pesar de su aliento a azufre, sus ojos rojos y sus casquitos de caballo, se dejó acariciar por Elí poco a poco.

Y empezaron a jugar. ¡Esto era impensable! ¿Elí jugando con el Cadejo?

Empezó a olvidar el daño que le había hecho el Cadejo gris y sus hermanos a su perro Chispa. Estaba haciendo justo lo que el tío Chalo le había aconsejado que hiciera: «Utiliza tus propias armas, no las mismas armas de los Cadejos».

De pronto recordó que tenía en su mochila una «esfera de la fortuna». Sin pensarlo mucho, la sacó y continuó el juego con el Cadejo gris. Le lanzaba la esfera, y el enorme animal corría y la traía como si fuera un perro normal. Conforme esto pasaba, la esfera se hacía más pequeña y el Cadejo empezaba a perder poco a poco sus características, como el color rojo de sus ojos, los casquitos de caballo y el aliento a azufre.

Elí no podía creerlo. Esa fiera se había transformado en un perro noble conforme jugaba con la esfera de la fortuna, y esta última, después de ser del tamaño de una naranja, ahora era del tamaño de una uva. Elí la guardó en su bolsillo y continuó su camino acompañado del gran perro gris.

Llegaron por fin a la casa donde vivía Inés. Era una casa muy bonita, llena de flores y árboles de frutos. Había naranjal, limonar, palo de nísperos, de guayaba, de jocote, de mango, entre otros. Una señora de unos 60 años, joven y llena de vida se encontraba podando unas plantas.

—¡Buenas tardes! —saludó Elí—. Busco a Inés.

—Con ella hablas —respondió la señora—. ¿En qué puedo ayudarte, Elí?

—¿Cómo sabe mi nombre? —preguntó asombrado Elí.

—El tío Chalo me dijo que vendría un niño vivaracho llamado Elí acompañado de un perro hermoso de color gris —dijo sonriendo Inés—. Y creo sin ninguna duda que son ustedes.

—Pero... ¿cómo sabía el tío Chalo otra vez lo que pasaría?

—Es muy sabio, tú y yo lo sabemos.

—Pero lo que no entiendo es cómo se lo dijo viviendo tan lejos.

—Hay muchas formas de comunicarse, Elí, ya irás aprendiendo. El tío Chalo dice que vas muy bien a tu corta edad.

—¡Muchas gracias! Es usted muy amable.

—Tengo algo para ti. El tío Chalo me explicó.

Inés entró a su casa y, después de un rato, salió con dos «esferas de la fortuna», una en cada mano. Elí no lo podía creer, todo estaba marchando de maravilla. No tenía que preocuparse por buscar una comadreja que lo guiara a una esfera de la fortuna. Y lo más importante es que en el camino había aprendido a utilizarlas.

—A cambio, me tienes que entregar la esferita que tienes en el bolsillo —dijo Inés—. No te servirá.

—¡Claro! —respondió Elí, entregándosela inmediatamente.

—¡Que la fortuna te acompañe siempre, buen Elí! —expresó Inés mientras le entregaba las dos esferas.

A un costado de la casa de Inés había unas veinte comadrejas felices jugando y comiendo. Elí estaba asombrado de todo lo que estaba sucediendo: la existencia de las misteriosas «esferas de la fortuna», de cómo se le había «salido el mal» al perro gris, de la sabiduría del tío Chalo y de Inés que trascendían de lo banal a lo espiritual. Eran muchas emociones y mucho aprendizaje.

Empezaba a oscurecer y le faltaba mucho camino por recorrer; Elí se preocupó mucho, pero su nuevo amigo de color gris tenía una mejor idea: lo puso en sus lomos y empezó a correr. Esto era fantástico. Elí abrazó del cuello a su amigo y juntos surcaron valles, senderos, colinas y riachuelos.

Cuando estaban por llegar a su casa, Elí pensó que no podía llegar con el perro gris, así que se le ocurrió dejarlo encargado en casa de sus abuelos. Además, no quería que los otros dos perros, malos aún, vieran al bueno y lo atacaran. Eso hizo y confirmó que era una buena decisión al ver la alegría en los rostros de sus abuelos al recibir de huésped a tan magnífico ejemplar canino.

Al día siguiente, Elí se quedó jugando futbol hasta la tarde. Sus amigos lo extrañaban, ya que no habían ganado un solo partido en su ausencia. Elí seguía siendo el as del equipo. Ese día se reencontraron con la victoria e iban muy felices de contar con su jugador estrella nuevamente. Sin embargo, Elí en realidad estaba calculando la hora y lugar en que tuvieron el encuentro con el Cadejo blanco el otro día. Esperaba encontrarlo para jugar con él hasta que se le saliera el mal como al gris.

La fortuna lo acompañaba, porque allí estaba en el mismo lugar y a la misma hora el enorme animal, blanco como la nieve. Sus amigos retrocedieron al instante. Pero Elí les explicó que esta vez actuarían distinto: uno a uno pidió que acariciaran al perro y que poco a poco tomaran confianza como lo harían con cualquier perro amigo hasta llegar a la euforia del juego.

Justo así lo hicieron y fue muy divertido. Elí sacó una de las esferas y la utilizaban de balón. El Cadejo blanco era el portero y, cada vez que cogía la esfera con el hocico, el animal se normalizaba y la esfera se hacía más pequeña como ocurrió con el perro anterior.

—¡Se desinfla el balón! —exclamaba Ramiro.

«¡Funciona!», pensó Elí mientras guardaba la esferita que había quedado.

Al cabo de un rato de juego, aquel perro era un perro noble y juguetón. El mal que había en él había salido con el arma del bien, por supuesto. Esa noche, Elí llevó otro perro a casa de sus abuelos, quienes estaban contentos, asombrados e intrigados de la procedencia de tan bellos ejemplares.

«Van dos de tres», pensó Elí. El Cadejo negro era el último. Era el más difícil de encontrar porque acostumbraba acompañar a los borrachos. Contaban que, si les lamía la boca, los desdichados morían al cabo de nueve días.

Elí tuvo que explorar los alrededores donde vendían licor, tratando de encontrar al Cadejo negro, pero no tuvo éxito. Pasaron los días y nada; se había esfumado de la faz de la tierra.

Hasta que un día Elí pensó en un plan para atraer al perro. Fue a la cantina a comprar varias botellas de licor del más barato, pero el cantinero no le quería vender porque era tan solo un niño. Así que tuvo que inventar una historia en la que, si no llevaba el producto, sus tíos se pondrían muy enojados y lo maltratarían.

El cantinero se conmovió y le vendió; pero solo dos botellas, no las siete que había pedido. Elí se conformó y marchó a un camino solitario, donde vertió el contenido de las botellas en el suelo, esperando que el fuerte olor a alcohol llamara al Cadejo negro y así repetir la fórmula que le había funcionado con los perros anteriores.

Al término de unos minutos, apareció el feroz animal olfateando el rastro de alcohol hasta llegar a las dos botellas; pero no había ningún borracho, solo un niño con una esfera, humedecida en alcohol también.

Pero este Cadejo era un tanto distinto a los demás y no cayó en la trampa fácilmente. Se abalanzó sobre el pequeño niño, tumbándolo de inmediato. Elí, sin pensarlo, golpeó al perro en la cabeza con la dura esfera. Fue así que logró ponerse en pie y empezar el juego pasado el susto.

Elí lanzaba la esfera y el Cadejo corría a traerla guiado por el alcohol que emanaba de ella. Poco a poco se fueron acercando más hasta que aquel feroz animal había cambiado su aliento de azufre a alcohol por agarrar tantas veces la esfera con el hocico. Ya no tenía casquitos de caballo ni tampoco ojos rojos.

Elí lo había logrado y estaba feliz. Llevó un tercer perro a casa de sus abuelos y decidió no contarles lo sucedido porque era algo muy fuerte para ellos. Solo les explicó que eran unos animales nobles que cuidarían de ellos en su vejez. Los abuelos de Elí estaban muy contentos con sus tres perros enormes, peludos y nobles, sobre todo... nobles.

Elí reflexionó esa noche sobre el sabio consejo del tío Chalo... Si él hubiera utilizado las mismas armas del mal, que no eran sus propias armas, para atacar al mal, entonces quizá hubiera desaparecido a esos animales. Sin embargo, el mal no hubiera desaparecido, pues ahora estuviera dentro de él. En cambio, atacó el mal con el bien...y este último prevaleció porque se mantuvo dentro de él y trascendió a los animales también, salvándoles.

Al día siguiente, al salir de la escuela, Elí fue a visitar al tío Chalo y le contó absolutamente todo, con lujo de detalles. El tío Chalo le escuchó con asombro genuino, a pesar de «haberlo visto todo». Pasaron horas platicando en la humilde choza del anciano, degustando de un delicioso té de jengibre, limón y miel.

—¿Qué harás con las dos esferitas de la fortuna? —preguntó el tío.

—¡No he pensado en eso! —contestó Elí—. Tal vez las guarde de recuerdo.

—No creo que esa sea una buena idea.

—Está bien, pensaré en algo. Aconséjame tú, tío Chalo.

—Yo se las regalaría a mi mejor amigo, sobre todo, sabiendo que las necesita.

—Pero... no entiendo —dijo Elí, aturdido por la respuesta del tío.

—¡Ya entenderás! —dijo sonriendo el tío Chalo—, lo harás cuando escuches atento todos los sonidos a tu alrededor.

Elí quedó más confundido que antes por las palabras finales del tío Chalo, pero decidió hacerle caso. Era lo mejor que podía hacer. En el regreso a su casa escuchó todos los sonidos de su entorno: era maravilloso, pues no había prestado atención antes a tantos sonidos.

Escuchó unas veinte especies de aves emitir sonidos bellísimos. Escuchó el sonido del agua en el riachuelo, las hojas de los árboles murmurar al movimiento provocado por el silbido del viento. Escuchó otros animales terrestres unirse a la sinfonía del mundo. Estaba extasiado y con un sentimiento de agradecimiento en su alma que era indescriptible.

Llegó a su casa... seguía prestando atención a los sonidos. Su madre cocinaba la cena: escuchó el sonido suave de las chispas del fuego, el agua en ebullición, los insectos empezaron el concierto afuera de la casa y Chispa hacía ruidos porque se topaba en todo a su paso, ya que era un perro ciego desde hacía varios días.

—¡Chispa! —gritó Elí.

Eso es: él es mi mejor amigo y necesita las dos esferitas como ojos. «El tío Chalo sí que se encuentra en otro nivel», pensó.

Elí sacó de su bolsillo las dos esferitas de la fortuna y las colocó en los hundidos ojos ya extintos de su querido amigo Chispa. Al instante se le acoplaron, transformándose en ojos nuevos para su mejor amigo.

—¡Es un milagro! —gritaba Elí—. ¡Es un milagro!

Y jugaron juntos hasta el cansancio.

FIN

El último viaje del carruaje

El reloj marcaba las once con cincuenta de una noche de invierno del año 1970. Ya no se oía un alma en las calles empedradas del barrio Los Achotes. De pronto irrumpía en el silencio el chillido de las ruedas oxidadas de un viejo carruaje tirado por cuatro caballos negros, como cuatro jinetes del apocalipsis que se acercan.

No toda la gente tenía la sensibilidad de escuchar este peculiar sonido del paso del carruaje por las calles. Había quienes nunca habían escuchado eso y decían «Como uno no anda pecando, entonces no escucha esos espantos».

Lo cierto es que varias personas coincidían con el mismo relato y hasta había quienes lo habían visto pasar con sus propios ojos. Cuentan que se «llevaba» a las almas más débiles y moribundas de cada pueblo a la mismísima muerte.

Leonardo era el joven más apuesto del barrio: las jovencitas suspiraban por él, algunas llegaban hasta los puños y jalones de pelo por disputarse su amor. Esa noche de invierno a las once y cincuenta, Leonardo escuchó el carruaje pasar y quedó espantado, no se podía mover y tampoco pudo hablar durante unos cuantos minutos. Quedó petrificado.

Cuando por fin pudo moverse y hablar, rápidamente contó lo sucedido a su madre, quien lo escuchó al instante cuestionando al respecto de su vida espiritual.

—¡Vos seguramente no hiciste tu oración! —exclamó doña Leonarda—. ¡Eso fue! y eso fue, te lo aseguro.

—Justo a hacer la oración iba cuando escuché y quedé petrificado, mamá.

—¡Allá vos, Leo! Yo estaba preocupada por vos de otros espantos que cuentan, no del carruaje de la muerte.

—¿De cuáles espantos? Dime... solo para estar atento.

—Me preocupa más que un día te aparezca la Siguanaba. Como andás de coqueto todo el tiempo.

—¿La Sigua qué?

—Naba... o monta también le dicen.

—¿Y es bonita? —preguntó Leonardo interesado.

—¿Verdad? Es que yo tenía razón. Me preocupa esa mujer-espectro porque se les aparece a los hombres como vos, así de coquetos, y los enamora con sus encantos hasta que los lleva a un barranco. Y los bobos terminan cayendo al precipicio.

Doña Leonarda concluyó sus consejos y mandó a dormir a su hijo, recordándole que debía hacer su oración. Leonardo estaba más tranquilo y aceptó los consejos de su querida madre.

Al día siguiente, había una fiesta en el salón comunal. Leonardo y sus amigos se prepararon para asistir. Decidieron no invitar a ninguna de sus amigas o conocidas, y, así, poder conocer nuevas amigas en la fiesta. Eso agregaba adrenalina a la emoción de la bendita juventud.

Leonardo acababa de cumplir 19 años y sus 3 amigos rondaban los 20 también. Vistieron sus mejores galas esa noche, porque no se imaginaban la cantidad de arqueros invisibles que habría en el lugar, preparados para lanzar sus flechas en directo al corazón de muchos y muchas.

Llegaron unos minutos tarde para impresionar más a las señoritas con su desfile por la pasarela humana formada en la entrada del salón. Al instante se empezaban a cruzar varias miradas en todas direcciones; había grupos de hombres y grupos de mujeres, pero aún no era hora de mezclarse y atacar decididos a un solo objetivo: emparejarse y bailar hasta el cansancio.

La música invitaba a abrir el baile... eran minutos de tensión. Todos se mostraban cautos y atentos a cada movimiento. Y, como era de esperarse, abrieron el baile las parejas ya establecidas previo a la fiesta: era la mitad de personas en ese lugar. La otra mitad se preparaba para avanzar, cual pelotón a la guerra. Pero esperarían una canción más.

Empezaron los más valientes a atravesarse medio salón e invitar a bailar a una de las señoritas que habían elegido con la mirada minutos antes. Algunos tenían éxito, pero otros no. Estos últimos eran motivo de burla y risas entre el resto.

Leonardo y sus amigos permanecían tranquilos, como deseando que llegaran a invitarlos a ellos las señoritas, para no tener que pasar la pena de ser rechazados; aunque hasta el momento era el grupo invicto en tal empresa. Nunca los habían rechazado en un baile.

De pronto, un grupo de cuatro señoritas muy simpáticas empezaron a avanzar en bloque, directamente hacia ellos, desde la otra esquina del salón. Leonardo alertó a sus tres amigos, codeándolos y levantándoles las cejas. La avanzada era inminente. Ya estaban a unos 3 metros de ellos y se empezaron a poner nerviosos porque pensaban que los invitarían a bailar.

—¿Nos harán el honor? —dijo la primera de las señoritas.

—¡Claro que sí! —respondió apresurado Renato, uno de los amigos de Leonardo.

—¿Nos permitirían? —dijo la segunda de ellas.

—¡Por supuesto! —exclamó Diego, otro amigo de Leonardo.

—¿Nos darían permiso para pasar al baño? —dijo finalmente la tercera señorita.

—¡Es que están tapando el paso hacia el baño! —exclamó la cuarta y última de ellas.

Cuando se quitaron de enfrente para que pasaran ellas, escucharon como rompían en ataque de risas mientras se enfilaban hacia el baño. Habían engañado a los cuatro jóvenes haciéndoles creer que los invitarían a bailar.

—Sí que fue un golpe bajo —dijo Carlos, el otro amigo de Leonardo.

—Claro que fue una broma pesada —dijo Leonardo—, muy pesada.

—Pero ahora es nuestro turno! —exclamó Renato—. Pensemos en algo antes que salgan del baño.

—Es una buena idea devolverles la broma —afirmó Diego—. Pero ¿cómo?

—Solo síganme la corriente —explicó Leonardo—. En realidad, nos vinieron a coquetear.

Al cabo de unos minutos, cuando las señoritas salieron del baño, Leonardo se les acercó y les explicó que ellos se habían emocionado porque creían que los invitarían a bailar por fin en esta fiesta, porque en ninguna fiesta los habían invitado a bailar. Y ya que ellas eran cuatro y ellos cuatro... ¿por qué no les daban el honor de bailar una sola canción? Despues se podían sentar si querían o seguir bailando.

Aceptaron al instante al ver los rostros tristes de los tres amigos de Leonardo. Aunque esto era parte de la actuación. Leonardo había salvado nuevamente al invicto del grupo en las fiestas.

Adicional a eso les dijo esto:

—Tengan ustedes el honor de elegir con quien bailar de nosotros cuatro.

Las cuatro señoritas estaban encantadas con Leonardo y su personalidad. Les preguntó sus nombres, los anotó en un papelito, junto a las canciones que les gustaban, su bebida favorita también, entre otras cosas. Leonardo cuidaba siempre de los detalles.

Los encargados de la música reproducían las canciones que Leonardo les había entregado en un papelito. Sus nuevas amigas estaban emocionadas por los detalles, tomaron un receso y Leonardo les llevó su bebida favorita a cada una. Los amigos de Leonardo se beneficiaban de lo atento que era, porque las señoritas de alguna forma pensaban que ellos también eran detallistas, aunque no era así.

Al terminar la fiesta, las acompañaron a la salida cubriendolas con sus propios sacos, chaquetas o suéteres, según había llevado consigo cada uno. Y acá venía el mayor de todos los detalles: las dejaban tranquilas, se despedían como amigos sin mostrar mayor interés y, así, ellas no se sentían asfixiadas. En general, las trataban muy bien, tampoco jugaban con sus sentimientos; pero había algo inevitable: tarde o temprano se enamoraban de Leonardo y sus amigos.

Sin embargo, de regreso a casa, después de la fiesta, ya a eso de la medianoche, Leonardo y sus amigos vieron a la mujer más hermosa que habían visto en sus dos décadas de existencia. Estaba sola, cerca de unos columpios. No se le veía bien el rostro

porque lo cubría con su cabello y atavíos en la cabeza, pero su silueta era muy hermosa. Tenía un vestido largo de un blanco discreto que realzaba aún más su figura.

Leonardo y sus amigos conquistadores pensaron que era una señorita de la fiesta, así que se acercaron y fueron envueltos al instante en la fragancia de un perfume muy intenso que les agradó mucho. Hablaron un rato de la fiesta, del clima, de la noche, la luna, las estrellas, los deseos. Ahora era el turno de ellos de ser conquistados por una misma mujer.

Los cuatro brindaron toda la información que la mujer requería como sus nombres y su dirección. No se imaginaban ni siquiera de quién se trataba, del peligro al que se habían expuesto al estar cerca de ella. No se imaginaban lo que haría ella con la información y la «encantada» que les había pegado en ese primer encuentro. Cuando se fueron, no platicaban más de la fiesta; los cuatro amigos iban callados en el camino a sus casas. A penas se despidieron, estaban como aturdidos, fríos, pálidos y lo peor: no se daban cuenta de ello.

La mamá de Leonardo estaba en la sala de su casa, esperando por su hijo. Desde que llegó, al instante, doña Leonarda intuía lo que le había pasado a Leonardo.

—Este algo tiene —dijo para sí doña Leonarda—. Viene pálido como una tortilla... Es que yo se lo dije.

La señora insistía mientras le daba cachetadas para reanimarlo. Le daba a oler alcohol y ruda. Le daba aire y elevaba plegarias.

Después de unos minutos de angustia, Leonardo volvió en sí, pero no recordaba nada después de salir de la fiesta y despedirse de sus nuevas amigas. Su mamá le explicó lo que ella creía que había sucedido. Entonces Leonardo se molestó, porque no tuvo control de sí mismo en ese momento. Eso no le gustaba para nada, porque era un muchacho sano; él y sus amigos no bebían licor, se divertían sanamente.

—Seguramente te va a seguir molestando la Siguánaba —dijo su madre—. ¡Atento tenés que estar!

—Claro, mamá, discúlpame por no hacerte caso.

—De ahora en adelante, lleva colgada en el cuello esta medalla de plata con cinta roja, así no te podrá hacer daño ningún espanto.

Al instante, Leonardo se colgó del cuello la medalla y se fue a su habitación, aún molesto por todo. Empezaba a recordar poco a poco lo que había sucedido y, entonces, se enojaba más con él mismo por haber permitido semejante situación.

«¿Cómo estarían mis amigos?», pensó. También Leonardo pensaba una forma de acabar con esa leyenda de la Siguanaba, que acostumbraba ganarse el alma de los hombres.

Al día siguiente, los fue a buscar uno por uno, pero seguían pálidos y fríos. Les aplicó el mismo remedio que su mamá sabiamente había hecho con él. Uno a uno los volvió en sí, trasladándose de casa en casa reanimando a sus fieles amigos. Finalmente, los reunió a todos y les explicó lo que les había sucedido.

Entregó a cada uno una medallita de plata con cinta roja, la cual colgaron en sus cuellos de inmediato. Esa noche salieron en busca de la Siguanaba para ver si la encontraban y le seguían la corriente; pero ahora conscientes de lo que pasaba, gracias al amuleto que la mamá de Leonardo había improvisado.

Fueron al mismo lugar donde la habían visto el otro día; pero no había nadie, así que decidieron regresar. Al pasar cerca de una reja que los separaba de un barranco, vieron a la mujer sentada en una banca peinando su largo cabello, que siempre le cubría el rostro.

—¡Hola, muchachos! —dijo la mujer—. Los extrañé.

—¡Nosotros también! —respondió Leonardo.

—¿Quieren caminar a un lugar más acogedor?

—Claro que sí —respondió Carlos—. Pero si nos enseñas tu rostro...

—¿Por qué me quieren ver la cara? —preguntó la mujer—. ¿Acaso no les parezco hermosa?

—¡Sí, eres hermosa! —afirmó Renato—. Pero te queremos conocer aún mejor.

—Se los muestro cruzando la reja —insistió la mujer—. ¡Vamos!

—¿Qué te parece si nos juntamos en tres días, antes de la medianoche en el barranco? —propuso Leonardo—. Ya sabes... para conocerte mejor.

—¡Encantada! —exclamó la mujer—. Vengan guapos como siempre.

—Muy bien —dijo Diego—. Nos vemos en tres días entonces.

Acá es donde viene la mayor actuación. Los cuatro amigos se alejaron cruzando la calle, fingiendo estar aturdidos como el otro día, trabarón los ojos y caminaban torpemente para hacerle creer a la Siguanaba que estaban encantados por ella.

Cuando se perdieron por las calles, dejaron de actuar y se felicitaron por haber engañado a la Siguanaba. Ahora tenían tres días para idear un plan y terminar con esa leyenda que aún vivía por el barrio de Los Achotes.

Leonardo recordó que también había otra leyenda molestando por el barrio: el carroaje de la muerte. Si tan solo pudieran utilizar ese carroaje para llegar a la cita con la Siguanaba y, de alguna forma, acabar con las dos leyendas de un solo golpe, ese sería el mayor golpe a las leyendas hasta ese momento. Mayor golpe que el que le habían dado al Sombrerón un tiempo atrás.

Durante los dos días siguientes estuvieron los cuatro amigos en sesión permanente en casa de Leonardo ideando el plan para dar el golpe del siglo a dos leyendas que aún molestaban en el barrio. Discutían por largo rato, utilizaban un pizarrón y dibujaban. Anotaban números, horas, nombres, líneas, círculos, entre otras figuras extrañas.

Ya solo les quedaba un día para dar el gran golpe; se prepararon mentalmente y físicamente porque usarían disfraces y accesorios. Hasta elevaron una plegaria al cielo para que la providencia estuviera de su lado y así vencer al mal con astucia y perspicacia. Habían logrado unir esfuerzos de cuerpo, mente y espíritu para llevar a cabo tan difícil empresa.

Pronto llegó el día indicado. Eran las 11:00 p. m. cuando Renato, vestido de moribundo, se colocó acurrucado en una esquina que

era muy transitada por el carroaje de la muerte, esperando que lo pasara recogiendo. Cerca, escondido y con ropa oscura, estaba Leonardo con un bate de beisbol forrado con medallas de plata y cintas rojas y humedecido con agua bendita. Carlos y Diego permanecían escondidos en otra esquina con lazos forrados también con medallitas y cintas rojas.

Se empezaba a escuchar el chillido de las ruedas oxidadas pasar por las calles empedradas del barrio; lo escuchaban cerca, pero estaba lejos. Poco a poco el sonido se alejaba, pero era porque se acercaba. Se alistarón, todos estaban nerviosos... era un momento de vida o muerte. No se podían equivocar en nada.

Por fin llegó a la esquina donde yacía Renato, «el moribundo». El carroaje se detuvo con los cuatro caballos de color negro como la noche, de ojos rojos como la sangre y aliento de azufre como quien fuera un espectro del más allá. Un hombre vestido de negro y con sombrero corto, bajó a recoger al moribundo para subirlo al carroaje y así ganarse su alma.

Ni siquiera lo había tocado cuando Leonardo le acertó un batazo en la cabeza; pero ese batazo fue como dado al aire, ya que se desvaneció al instante el cuerpo del hombre, dejando sus ropas tiradas en el suelo. El hombre del más allá había desaparecido al instante, a pesar de que pretendían dejarlo amarrado mientras robaban el carroaje.

La primera parte del plan no había salido del todo bien, pero faltaba la segunda parte. Los cuatro amigos desataron los cuatro caballos del carroaje y los montaron a todo galope por unas cuantas cuadras hasta llegar a su cita.

La Siguanaba esperaba ansiosa en las puertas al barranco y vestía sus mejores galas. Por fin llegaron los cuatro muchachos en silencio; habían dejado amarrados sus caballos en la reja y caminaron unos metros hasta que vieron a la mujer que los llamaba.

Fingieron nuevamente estar encantados por ella y caminaron torpemente, pero de forma escalonada: Leonardo al frente, Carlos unos 6 metros atrás, Diego 6 metros atrás de Carlos y Renato justo con los caballos.

—¡Ahora sí! —gritó Leonardo—. Muéstranos tu rostro.

La mujer tardó unos instantes, como dudando en complacerles. Finalmente reveló su rostro, que era el de un caballo, yegua en este caso. Al instante, Renato soltó a los cuatro caballos y estos a galope abierto se abalanzaron sobre la yegua, lanzándola al barranco y cayendo ellos también con ella.

Después del ruido provocado por la caída, hubo un silencio sepulcral... Los cuatro amigos se asomaron al barranco, pero no lograron ver nada. ¿Habían acabado con las dos leyendas de un solo golpe como lo habían planeado? Era algo difícil de creer. Pero era una historia fantástica para contar el resto de sus vidas. Pero ¿qué había pasado con el hombre del más allá? ¿Ahora sí se había quedado más allá que acá? Sigue siendo un misterio. Sus ropas también desaparecieron. Cuando los muchachos volvieron a buscarlas, no encontraron nada. Desde entonces no se oyó más de estas leyendas, ¿había encontrado su fatal desenlace con la misma muerte?

El carro sigue cerca de la plaza del barrio y las personas se toman fotos en él. Algunos cuentan lo que pasó, pero no todos creen.

FIN



Antología



Esta Antología es una colección de 3 obras escritas por dos estudiantes y un docente de la Universidad del Valle de Guatemala. Durante el 2022, la Editorial Universitaria lanzó una convocatoria concurso para publicar un libro y, debido a la calidad de las propuestas de Ángela, Fredy y Jimmy, el comité de selección decidió ofrecerles la oportunidad de sobrelevar un proceso de coaching literario con la M.A. Alejandra Osorio, docente del Departamento de Comunicación y Letras de la Universidad. Presentamos acá una antología que permite dar a conocer su talento y el resultado del proceso de coaching.

UVG
UNIVERSIDAD
DEL VALLE
DE GUATEMALA

**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

ISBN: 978-9929-8202-3-4

9 789929 820234